Una casa es un cuerpo

Shruti Swamy

cuentos edhasa

UNA CASA ES UN CUERPO

SHRUTI ANNA SWAMY

Traducción de Pablo Ingberg

edhasa

“Shruti Swamy es un talento poco común: *Una casa es un cuerpo* es un magnífico debut".
LAURAFURMAN

“Una colección de relatos deslumbrante, exquisitamente elaborada”.
KIRKUS REVIEW

Desde la primera página de *Una casa es un cuerpo*, uno comprende que está frente a una escritora inusual. Dos veces ganadora del Premio O Henry, Shruti Swamy escribe como si lo más normal fuera extraño, y lo extraordinario algo natural. En sus cuentos vibra una cotidianeidad misteriosa, poblada de personas que gravitan entre la deriva y una tímida esperanza. Una víctima de violencia doméstica confiesa su padecimiento a una vecina que también lo sufre y le responden con indiferencia y negación: una joven india visita al viudo de su hermana, que ha muerto dejando a una bebita, y es arrastrada por una extraña pasión; una madre paralizada se enfrenta a un incendio forestal que amenaza su casa, mientras lidia con una crisis febril tal vez grave de su pequeña hija.

Shruti Swamy se acerca a sus personajes con cautela y va develando sus secretos sin pudor aunque compasivamente. Su prosa clara y sencilla, capaz de sorprendentes y variados registros, es el arma perfecta para sacar a luz la perturbadora intimidad; su mirada distante, la mejor manera de narrar enigmáticos sentimientos. *Una casa es un cuerpo* es un debut estelar.

Swamy, Shruti Anna
Una casa es un cuerpo *I* Shruti Anna Swamy. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2021.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Pablo Marcelo Ingberg.
ISBN 978-987-628-654-1
1. Narrativa. 2. Novelas. I. Ingberg, Pablo Marcelo, trad. II. Título.
CDD 823

Título original: *A House is a Body*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: octubre 2021
Edición en formato digital: diciembre de 2021

First published in the United States under the title: A HOUSE IS A BODY: *Stories*
© Shruti Anna Swamy,
2020 Grateful acknowledgment is made to the editors of the following journals, where these stories first appeared: *Black Warrior Review*, for “Blindness"; the *Kenyon Review Online*, for “The Laughter Artist’; West Branch for “Wedding Season"; AGNI for “A Simple Composition"; the *Boston Review tor* “The Siege"; the *Paris Review tor* “A House Is a Body"; *McSweeney’s Quarterly Concern* for “Mourners"; Joyland for “Didi"; and *Prairie Schooner tor* “Night Garden.” Additional thanks to Laura Furman for her inclusion of “A Simple Composition" in the O *Henry Prize Stories* 2016. and “Night Garden” in the 2017 collection.
Published by arrangement with Algonquin Books of Chapel Hill, a division of Workman Publishing Co., Inc., New York.

© de la traducción Pablo Ingberg. 2021

© de la presente edición Edhasa. 2021
Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar
http://www.edhasa.com.ar
Diputación, 262, 2º1ª, 08007, Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
http://www.edhasa.es

ISBN 978-987-628-654-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Conversión a formato digital: Libresque

Para Abe.
Con un amor tan vasto, no veo la otra orilla

CEGUERA

Sudha y Vinod tuvieron un casamiento modesto. Por insistencia de los padres de los dos, Vinod había entrado a caballo. Era la temporada de los casamientos en Delhi y todas las noches las calles se llenaban de ruidosos bailes de las familias de los novios, clima suave, todavía a unas semanas del calor feroz. A Sudha le habían cubierto el cuerpo de cúrcuma la noche anterior. No creyó que fuera a disfrutarlo, pero el placer de ser tocada por tantas manos amorosas era innegable. La cúrcuma era fresca, y en textura y consistencia se parecía al barro del río de la casa ancestral de su madre, donde ella misma había nadado de niña en los veranos. También le dieron un baño de leche. ¿Cómo te sientes?, le preguntó la madre, mientras la bañaba como cuando Sudha era una niña, y por eso Sudha no había sentido nada de vergüenza de estar desnuda.

Bien, dijo Sudha. Olía a hierbas amargas, pero le habían jurado que al día siguiente estaría hermosa. Cuando salió del baño, la madre la frotó fuerte con una toalla áspera.

¿Y tu noche de bodas?

¿Qué pasa?

¿Estás lista?

¿Para qué hay que estar lista? Pero entonces le sonrió a la madre y la madre supo que solo estaba bromeando. Una noche semanas más tarde Sudha y Vinod subieron a la azotea de su nuevo departamento a fumar un cigarrillo. Desde alguna curva de una avenida subían los sonidos de los metales de una banda de casamiento. No hablaron, solo se pasaron el cigarrillo ida y vuelta. Había una capucha de smog que hacía fulgurar de color los atardeceres pero oscurecía las estrellas. Sudha tomó la mano del marido. Era delgada y estaba seca y tibia. Había memorizado las líneas de esa palma, talladas hondo como en madera. Le escuchaba el sonido de la respiración. Una vez se había acostado encima de él, muy quieta, con la cara cerca de la suya para poder saborear el aire que salía de su boca, con un dejo a clavo de olor por las pepitas que chupaba para mejorar la digestión.

¿Me ves atractivo?

¿Y tú a mí?

Sí, dijo él, con su sonrisa amable, te veo muy atractiva.

Yo también a ti.

Vamos a tener que dejar de fumar estas cosas pronto. Nos van a matar.

¿En eso estás pensando?

No, dijo él. Estaba pensando en la vez en que trataste de enseñarme a nadar y casi me ahogo. ¿Te acuerdas?

Me acuerdo.

¿Qué edad tenías, nueve?

Ocho, tú tenías nueve.

¿Me veías atractivo en ese entonces?

No. No pensaba en esas cosas.

La música de la calle se desvaneció. Había cometas en el aire, pero ¿quién los remontaba? Era tarde y Sudha se sentía cansada. apoyada en la baranda de concreto, con los pulmones llenos del smog de la ciudad antigua. Daba la sensación de que se acercaba el amanecer, aunque no era tan tarde como para eso: el cielo era de un morado intenso. Una vez abajo se quitó la ropa y se acostó desnuda en la cama. Su cuerpo se acoplaba al agua, mientras que los brazos flacos de Vinod la rechazaban: él agitaba los brazos delgados como loco, su boca había tragado pulmonadas de río. Ella al principio se rio, pensó que era un chiste: luego, con esfuerzo, lo sacó del agua. En su mente mientras se dormía: un cigarrillo, un río, un bebé y los ojos del marido, los mismos ojos oscuros de aquel chico que se ahogaba.

¿Me quieres?, dijo ella.

Te quiero, dijo él. La penetró. Ella se había levantado el vestido hasta arriba de los pechos y se había corrido el calzón. Cerró los ojos. Mírame, dijo él. pero no pudo mirarlo. Cuando la madre de Dhritarashtra copuló con el padre con los ojos cerrados, el hijo nació ciego. Mírame, dijo de nuevo él, pero ella siguió sin mirarlo. Miedo, un sentimiento bueno-enfermo, ternura, un terror extraño. Cállate, dijo ella, y él corcoveó contra ella, respirándole fuerte. El ruido de su respiración era como un tren que ella trataba de alcanzar. Lo corría y sabía que si lograba subirse de un salto, la llevaría lejos.

¿Paro?, dijo él. Sudha…

No pares, dijo ella, y lo hizo entrar más hondo. Él se salió y acabó sobre el vientre de ella. Se quedaron acostados codo con codo sin tocarse. Ella no se movió para quitarse el semen del vientre. Era cálido, el aire estaba cálido, el sudor de la espalda de él se secaba contra las sábanas y se espesaba en la tela. Cosas que al parecer resultarían repugnantes de repente no eran repugnantes. Eso la asombró.

En julio le volvió una sensación oscura y se retiró del trabajo temprano, fue en metro hasta la casa y se sentó en el diván duro delante del televisor, sin volumen, sin mirar absolutamente nada en realidad, sentada en la sala y viendo cómo los labios de los actores formaban palabras mudas. Vinod la encontró así y trató de hablarle, pero ella lo sentía muy lejano. Estaba toda borrosa, traslúcida, inalcanzable, y observaba caminar a Vinod con mucha agitación de un lado a otro de la sala. ¿Qué pasa?, dijo él.

No sé, dijo ella. Sentía la voz en su propia garganta, pero no le sonaba suya.

¿Habría que llamar a alguien?

¿A quién?

¿A un doctor? ¿A tu madre?

Ella meneó la cabeza. Estoy bien, dijo. Cuando era chica, se quedaba dormida sobre el brazo y al darse vuelta durante la noche se despertaba y se daba cuenta de que la presión del cuerpo encima se lo había dejando sin sangre y pesado, se convertía en el brazo de otra persona. En los instantes previos a que llegara el dolor de las agujas, se lo tocaba con la otra mano, pasando la yema de un dedo por la piel del antebrazo, el vello fino, el nudo del codo. Era entonces que llegaba la sensación, pero en aquellas noches solo había sentido los primeros pinchazos, del modo en que una persona aplastada por piedras podría disfrutar de las primeras que le cayeran en el pecho, su peso placentero, el modo en que hacían sentir el cuerpo más pequeño o estrechado en un abrazo.

No sabía cómo explicarlo, así que se quedó en silencio hasta que se le pasó y luego se dio un atracón con la cena fría que había preparado Vinod. sentada a su lado en la cama, observando cómo se le crispaban los dedos mientras dormía.

Tres noches más tarde durante la cena Sudha se preguntó qué pasaría si muriera Vinod. La idea le vino de repente y después se sorprendió de no haberla tenido antes en cuenta. Era una pelota dura que le rebotaba en la boca del estómago: *no va a morirse* y luego *sí* y luego *no por ahora* y luego *qué voy a hacer* y luego *no tendré a nadie*, y él abrió la boca, y el rosado por dentro, el color apagado de la sangre, pero ahora estaba vacía, labios formaban palabras, lo veía en la calle, muriendo en un choque, y saltó de la silla y se fue al baño y gritó contra una toalla hecha una bola.

Él entró en el baño y le tocó el brazo. Había embaldosado y concreto lisos allí dentro y el anochecer venía fresco después de mucho calor. Dijo el nombre de ella. La hizo sentir bien oír su nombre

en esa boca, en esa voz. Había estado trabajando muchas horas, lo cual a veces mantenía a raya la sensación. La arquitectura era un culto de la lógica y de las líneas nítidas; trabajaba durante horas sin parar. Entonces vino el peso. Él volvió a decir su nombre. Él tenía catorce años, ella trece, estaban fumando su primer cigarrillo juntos en una playa de Bombay, lejos de los padres. Él ya había tenido una novia, no Sudha. otra chica. Sudha estaba enamorada de Amitabh Bachchan. Había elefantes en la playa y hacía calor pero no mucho, el puente a medio construir colgaba en el aire sobre el agua, un puente a ninguna parte. Trece años no eran demasiado pocos para saber que una era feliz y ahora le daba consuelo saber con certeza, por un momento, que había sido feliz. Más tarde esa noche él lloró en sus brazos en el dormitorio y ella supo que había decidido dejarla, pero no dijo nada, se limitó a mantener la cara de él entre sus manos y dejarlo llorar, enjugándole las lágrimas con el camisón. Él se fue tres días más tarde y ella, mientras lo observaba, con la oscuridad del cabello planeando sobre el torso encamisado de blanco al llamar a un bicitaxi, sintió por un minuto que no sería capaz de soportarlo sola. Pero pronto la sensación fue apagándose en cansancio. El calor secó a todo el mundo. Al final del día una sentía que iba a desmenuzarse como papel viejo. Si se cortaba las venas, saldría sangre seca semejante a arena.

A últimas horas de la mañana, Sudha se despertó, embarazada. Lo sintió de repente, lo supo, a pesar de lo que habían dicho los doctores. Tenía una delgada película de sudor sobre el pecho. Bajó a la estación de tren, peleando contra la muchedumbre en la boletería. Su cuerpo tomaba decisiones por sí mismo, abriéndose paso a codazos hasta llegar al mostrador y deslizarle el dinero, húmedo de sudor, al hombre soñoliento situado del otro lado del vidrio. Luego fue a buscar el andén correspondiente. El día no había llegado aún a su cima, el sol no había llegado todavía a calentar lo suficiente para hacerla transpirar, incluso protegida como estaba por las marquesinas de chapa acanalada. A todo su alrededor los changadores, con sus uniformes rojos y su postura perfecta, subían y bajaban los extensos tramos de escaleras de acceso a los andenes con valijas en equilibrio sobre la cabeza, seguidos por viajeros, semejantes a niños. Se enjugó la frente con el dorso de la palma. Sentía los pechos sensibles y repletos.

Encontró su andén y esperó. El tren debía llegar pronto. Un niño se acercó, descalzo y vestido con una camisa que en un tiempo había sido blanca pero ahora era marrón. Tenía los ojos brillantes y bordeados de una costra amarilla, los dientes amontonados en la boca. Tendía las manos. Señora, dijo, por favor, señora, tengo hambre. Mucho hambre. Hizo un gesto hacia la boca. Ella alcanzó a percibir la

presencia de una chica, la hermana menor, detrás en algún lado, una chica con un vestido sucio y los mismos ojos relucientes, amarillentos. Por favor, señora, comida, señora, tengo mucho hambre. Sudha se había olvidado de sus ojos de ciudad. Se dirigió hasta el puesto donde vendían sarnosas y le compró cinco y fue a encajárselas en las manos. Y entonces él desapareció; la muchedumbre se lo había tragado. Se inclinó sobre las vías y vomitó un líquido claro y cuando se le pasó la náusea cerró los ojos.

¿Dónde estás?

En el tren.

¿Qué tren? ¿Estás loca? El señor Malhotra está preguntando por ti. En quince minutos llegan los clientes.

Tengo que ir a Rishikesh.

Pero ¿por qué? ¿Dónde estás?

En el tren.

Bueno, bájate del tren.

Ahora no puedo. Dile que es una emergencia. Por favor.

No te oigo. Hay mala conexión.

Digo si puedes decirle que es una emergencia.

De acuerdo. Se lo digo. ¿Estás bien?

Sí, todo bien, dijo Sudha. El tren traqueteaba contra las vías. Al otro lado de la ventanilla, los vastos campos verdes estaban llenos del sol de la tarde, de ciudades sin nombre, de pueblitos repletos de niños sin madre. El tren avanzaba paralelo a una ribera vacía y el cielo estaba repleto de pájaros y cometas vueltos diminutos por la distancia. Voy a estar bien, dijo al teléfono, y volvió a decirlo después que cortó su colega.

Llegó a Haridwar al atardecer. Su bolso era pequeño, pero de todas maneras tuvo que luchar para recuperarlo de manos de un changador, que se lo había quitado en cuanto se bajó. Aquí en el norte estaba más fresco. Se sintió arrastrada hacia el río, no atestado de peregrinos como estaría en Haridwar, sino suave y vacío a la luz del atardecer, sin la adoración de los sacerdotes zumbadores y sus estrictos adeptos. En Rishikesh, un recodo del río. Pájaros, animales adorados allí, peces, serpientes, cenizas. Rishikesh, hasta el nombre le daba una sensación de frescura en la boca, como agua corriente contra una gran sed. Consiguió un taxi. Haridwar iba iluminándose en el anochecer y el cielo iba oscureciéndose a medida que avanzaban por el camino, las luces en Mussoorie como estrellas bajas contra las colinas negras. Haría frío en Mussoorie en esta época del año. La ciudad estaba hecha para parejas en luna de miel. Ella había estado con Vinod antes de

casarse. Habían fingido estar casados para conseguir una habitación. Ella había ido vestida con un sari para tener más aspecto de esposa. Vinod llevó brandy y tomaron de la botella: después ella se había descompuesto.

Cuando Sudha llegó al ashram de Rishikesh, le mostraron una habitación pequeña y limpia con paredes de ladrillo y una ventana con vista al río dormido. Se quedó dormida y tuvo un sueño. Era una mujer con dos hijos. El marido había muerto en un accidente al borde del camino. Ella vivía ahora con las criaturas en la casa del hermano del marido, en una habitación pequeña al lado de la cocina que había sido pensada para sirvientes. Alimentaba a las criaturas lo mejor que podía, pero a la noche solo recordaba la parte más triste del cuento de hadas para contarles. La madre de ese cuento era tan pobre que después de terminar de cocinar para su cuñada rica guardaba el agua con la que se lavaba las manos para darles de tomar a las criaturas. Las partículas de *atta* adheridas a sus manos le daban al agua un color blanco lechoso y eso era todo lo que podía ofrecerle al hambre de sus criaturas. En el cuento la madre era una buena mujer y su cuñada era una mala mujer y Dios las trataba en consecuencia: castigando a la cuñada con la vergüenza o la muerte y recompensando a la madre con riquezas…; no lograba recordar eso ahora. Todo lo que lograba recordar era el cuenco con agua que la madre les daba a sus criaturas, cómo las observaba llevarse el cuenco a los labios y beber, cómo obligaba a sus labios a esbozar una falsa sonrisa. Cómo por la noche, mientras los tres dormían en la misma cama, no una cama sino una estera estrecha tendida en el piso, respiraban fuerte en un dormir hambriento, liviano. Interrumpía el relato al ver dormidas a las criaturas. Necesitaban ropa nueva. La pequeña, a punto de cumplir seis años, tenía la piel color río del padre y el pelo oscuro tupido que la madre le había enseñado a peinarse sola. El hermano, de diez años, se parecía a la madre. Alguien le había regalado un reloj de bolsillo. Ella se lo había quitado porque pensaba que se le iba a romper, pero él se puso entonces tan furioso que no quiso hablarle durante días y el tío -el hermano del marido de ella- la había convencido de que se lo devolviera. Eran criaturas amorosas. Iban a la escuela, la acompañaban por la tarde a las casas que ella limpiaba y se quedaban sentados quietos y hacían las tareas escolares y a veces la buena mujer para la que trabajaba les daba un vaso de leche a cada uno. Trabajaba para la buena mujer algunos días, pero las otras mujeres cuyas casas limpiaba ni siquiera le permitían entrar con los niños, de modo que tenía que mandarlos de vuelta a la casa del hermano del marido, reprimiendo, al hacerlo, una mala sensación, parecida a la vergüenza.

La mujer del sueño recordaba cuando había nacido el hijo. Eran pobres pero el marido estaba vivo todavía. Ella tenía a su bebé reciente en brazos y sentía amor y terror en partes iguales. Era diminuto, había nacido unas semanas prematuro. Una criatura tibia, que respiraba en sus brazos, pero era como si fuera de cristal. ¿Y si se le caía o llegaba a pasarle algo malo?

¿Me quieres?, dijo el hermano del marido.

Te quiero, dijo ella. Él la penetró. Ella no se había sacado el sari, solo se lo había arremangado hasta la cintura. Cerró los ojos. Tantas veces había hecho eso a altas horas de la noche, noche tras noche, que ya no sentía ganas de llorar. Apenas si sentía algo. Su mente se elevaba de su cuerpo y observaba la escena desde el punto panorámico del ventilador de techo. Con los ojos cerrados alcanzaba a ver a dos personas moviéndose juntas, solo dos cuerpos oscuros. Mírame, decía él. Ella no lo miraba. Cuando la madre de Dhritarashtra se sometió al padre de él con los ojos cerrados, el hijo nació ciego. Dije que me miraras, gruñó él, pero ella siguió sin mirarlo. Cállate, dijo ella, y él corcoveó contra ella, respirándole fuerte.

¿Quieres que pare?, dijo él, burlón.

No, dijo ella. Él se salió y acabó sobre el vientre de ella. Se quedaron acostados codo con codo sin tocarse. Ella no se movió para quitarse el semen del vientre. Era cálido y todo en la habitación parecía simple y muy real: la silla de ratán, el piso limpio. Cosas que al parecer no resultarían repugnantes de repente eran repugnantes. Eso la asombró.

¿Quién le había regalado un reloj de bolsillo al niño?

Algunas noches no se dormía. Los cuerpos de las criaturas a su lado, con olor a sudor gomoso y jabón y cuero cabelludo. Les tocaba apenas la espalda con las palmas. No se despertaban. Ojalá hubiera un modo de quedarse así para siempre, los tres durmiendo en grupo en la misma estera, las criaturas felices en sus sueños y el hambre olvidada, seguras y quietas. Ojalá hubiera un modo de retenerlos para siempre, sin que se volvieran mayores o ingratos o avinagrados o furiosos. Cada momento se hacía insoportable. Ojalá pudiera tejerles con su propia piel y pelo una armadura. Conocía la dureza del mundo, la vileza. Cargaría con eso siempre ella si pudiera, cargaría con eso ella sola.

Una tarde se miró la cara en el espejo que estaba limpiando. Las criaturas no estaban con ella. El baño estaba vacío. Era uno lujoso con inodoro occidental; lo limpió también. Luego se dio vuelta y allí

estaba su cara. Se la miró un rato largo; sintió tanta sorpresa como si estuviera mirando la cara de una extraña. Parecía mayor de lo que era. con canas incipientes en las sienes y pliegues en la piel de las esquinas de los ojos. Ya no era una chiquilla, pero veía allí a la chica de su cara, en los labios llenos, en los iris oscuros, en los pliegues suaves de los párpados, y la cara de esa chica estaba impresa sobre la suya como un fantasma, la cara de su hija no crecida todavía o tal vez una hija todavía no nacida, o simplemente la cara de cualquier chica joven, una chica tranquila que absorbe todo lo que ve. todo le sienta bien, una chica repleta de un amor ansioso por el mundo que le desborda. Y entonces pasó otro instante y la cara era de nuevo la suya y se sintió aliviada.

La chiquilla estaba llorando cuando ella llegó a la casa, pero el chico no estaba por ninguna parte. ¿Dónde está tu hermano?, le preguntó a la chica. La chiquilla moqueó y se enjugó la cara. Señaló hacia el dormitorio, el que compartían el tío y la tía. Me dijo que yo no podía entrar, dijo la chica, pero me siento muy triste y sola sentada afuera esperándolo. Pero no me deja entrar, nunca me deja entrar.

La madre fue hasta la puerta y la abrió. Ya sabía lo que estaba a punto de ver antes de verlo: el tío sorprendido, el chico mudo. Lo sabía, tal vez lo supo todo el tiempo. Pero no tenía ningún otro lugar adonde ir.

Sudha se despertó. La luz brillaba sobre el río, brillaba fuerte a través de la ventana. Estaba apenas amaneciendo. Se vistió y fue hasta el río. Se encontró las estribaciones de las colinas y estaban verdes. Subió los estrechos escalones de concreto del *ghat* hasta llegar al último que se mantenía por encima del agua. Allí había siempre tranquilidad, una quietud de la madrugada que duraba hasta el anochecer. Durante un rato se quedó al borde del agua. No había nadie alrededor. Solía haber elefantes en la selva del otro lado del río, los había visto de niña con binoculares. Ya no había más. La selva estaba reduciéndose, incluso mientras el río crecía.

Cuando miró al río vio una cara. Esa cara en el agua era de piel oscura como la de ella pero tenía arrugas en torno a los ojos y la boca. Parecía cansada y triste, algo de los ojos se lo decía, oscuros pero no apagados, el leve frunce de la boca, y vio formarse un suspiro en los labios de la cara. La cara parecía la cara de su madre o la cara de su abuela, y sin embargo podía encontrar en ella la suya también. Hubo un momento en que las dos caras estuvieron totalmente inmóviles una encima de la otra, y luego el reflejo fue de nuevo la suya.

Dejó que todas las sensaciones se precipitaran a su vientre y quedaran allí. Allí estaba él, anudado dentro de ella y creciendo,

dentro de un mes la piel de ella empezaría a estirarse para darle cabida mientras desarrollaba uñas y pulmones, con su pequeño corazón latiendo como una mariposa nocturna. Dejó que el pavor la inundara, y el amor, y el miedo, y la furia, empezó a reírse aunque no había motivo, y pensó *no tengo que asustarme ahora*. Recordó al bebé de su sueño, el bebé que tenía en brazos, recordó a su propia madre. Las sensaciones eran un tren, que avanzaba fuerte por el medio de ella, y cuando salieron todas por el otro lado, se sintió vacía de todo, excepto de él.

DE LUTO

—No comiste nada —dice Reggie. Oyen a Maya con la bebé en la otra habitación; la bebé está llorando, luego va callándose.

—No tengo hambre —dice Mark.

—¿Cómo es eso, gentil primo? —dice Reggie. Le apoya la mano en la mejilla áspera. En la cara de ella hay sarcasmo como siempre, pero también bondad. Luego entra Maya con la bebé, cuyas pequeñas mejillas están empapadas de lágrimas. Al ver a su padre, la bebé le tiende las manos. Maya tiene puesto un vestido sin mangas. Sus ojos, de párpados gruesos, normalmente lánguidos, ahora están rojos y cansados.

—¿No quieres tenerla en brazos? —dice Maya.

—No —dice Mark.

Maya mira a Reggie, que abre los brazos.

Cuando se enteró de que Chariya había muerto, Maya salió de inmediato de su pequeño departamento. Había viento en Nueva York; iba con tapado y guantes y bufanda y sombrero. La luz diurna había desaparecido. Caminó junto a hombres y mujeres y los miraba con nada más que la cara expuesta. Pero a partir de esa pequeña extensión de piel podían captarla a la perfección. Su mente estaba aturdida, su cuerpo hambriento, un hambre que la asustaba. Se quedó dormida en el asiento con una mano sobre la boca mientras su cuerpo volaba hacia el oeste: soñaba que la cogían. Fue Reggie la que se presentó en el aeropuerto a buscarla, con el aspecto tosco que le daba la ropa sencilla de esposa de granjero y la bebé de Chariya en un carrito. De pie bajo el cartel de llegadas, Maya obligaba a sus lágrimas a volver a los ojos con los talones de las manos.

Maya se queda sentada en la bañera un rato largo antes de abrir la canilla. Era el espacio de Chariya. su espacio de maniobras. donde había tomado largos baños y donde había dado a luz. Baldosas azules, paredes azules, toallas azules y una luz plana y gris que entraba por la ventana. Con el pie se las arregla para abrir la canilla, que desborda calor. Se mira el cuerpo, oscilante bajo el agua. ¿Para qué sirve un

cuerpo? No hay leche en sus pechos.

—Maya. —La voz de Mark. Viene de lejos y ella alza la cabeza por encima de la superficie traslúcida y cierra la canilla. Entonces la casa queda en silencio. Él vuelve a decir—: Maya.

—¿Qué?

—Dejé…, dejé algo ahí dentro.

—¿Qué?

—Mis anteojos de leer. ¿Los ves?

—No. —Todavía lo siente allí, apretado contra la puerta abierta. Dice—: Hoy encontré siete canas.

—¿Dónde?

—En mi sien izquierda.

—Eres joven todavía.

—Chariya está encaneciendo.

—Estaba. —A lo lejos alcanzan a oír a Reggie con la bebé, haciendo gorgoritos, un sonido de un animal. El sonido de la risa de una bebé. Ha estado quisquillosa, le están saliendo los dientes. Pero en los últimos días ha sentido el cambio en la casa y se tranquilizó.

—Maya.

—No —dice ella.

Cinco o seis, la oscuridad aumenta tranquilamente afuera hasta llenar la habitación. Mariposas blancas extienden las alas contra las ventanas, pero desde el interior son solo formas: negras. Cuando llora la bebé. Maya la levanta y la mece contra su cuerpo. Pronto la bebé se queda dormida. Maya y Reggie empiezan a hablar de Chariya. Desde la otra habitación, Mark escucha el descenso de sus voces. Son tiernas mientras hablan de Chariya.

—Acababa de cortarse el pelo. ¿Te fijaste?

—No —dice Maya.

—Corto como un varón. Como una chica francesa. Le quedaba bien.

—La gente a veces pensaba que éramos gemelas. Pero ella era mayor.

—No sería por mucho.

—Cinco años.

—¿Cinco? No puedo creerlo. Pensé que tendrían menos de un año de diferencia a lo sumo.

Mark piensa en las hermanas juntas. Las dos están a orillas del lago. Chariya no está embarazada todavía. Una entra en el agua y la otra se queda en la costa: una morena, la otra más morena. Entonces son una el reflejo de la otra. Es Chariya la que sale a flote, con los

brazos y el pelo extendidos, en el agua verde. Lleva puesto un traje de baño azul que hace parecer dorada la piel del lado interno de sus brazos y muslos. Cuando quiere, puede parecer sublime, muy feliz. Desde alguna parte a él le llega la risa de Chariya y el corazón le da un vuelco. Pero entonces se da cuenta de que es Maya. Maya que empieza a tararearle una canción a la criatura dormida, una canción de cuna que Chariya también cantaba. Una canción de cuna para la hija de él, pero él la acepta como suya. Y se duerme.

Las mujeres están en la cocina a la mañana cuando se despierta Mark. Reggie tiene el pelo húmedo y Maya está sentada muy tranquila a la mesa, con la bebé en brazos. La bebé examina una manzana pequeña que le ha dado Reggie. Todavía no tiene dientes para morderla. Se la lleva una y otra vez a la boca.

—¿Tienes hambre? —dice Reggie. Le da una taza de café.

—Sí —dice él.

Maya se puso un suéter amarillo que había sido de Chariya y una falda azul claro. Reggie está de vaqueros.

—Estabas tan profundamente dormido que pensamos que te habías muerto —dice Maya.

Mark se sienta a la mesa, enfrente de Maya. Ella tiene los dientes de abajo torcidos. Nunca tuvo aparatos, como su hermana mayor.

—No me mires así.

—Tienes un claro problema con las avispas —dice Reggie. Señala a la ventana.

—Pensé que las había agarrado a todas.

—Bueno, no.

—Las va a agarrar el frío.

—El frío no va a hacer nada. Voy a llamar a alguien. —Reggie está examinando la cara de él. Él se ve sentado descalzo en pantalones cortos en su cocina con esas mujeres y se siente ridículo.

—No, llamo yo a alguien —dice— Llamo yo.

Es una tarea para más tarde, para el anochecer. Reggie prepara huevos. Se sientan a la mesa a comer. La bebé ha dejado la manzana y descontenta se tira de la oreja. Tiene puesto un austero jumper blanco, y con la gorra de su pelo oscuro parece un monje en miniatura. Mark vio una vez un cráneo infantil, en un museo médico, con todos los dientes definitivos listos bajo los de leche. El cráneo que vio era mayor, de una criatura de cuatro o cinco años. Pero Mark ve allí el cráneo de su hija. Hueso tranquilo, y en crecimiento, los dientes en expansión, crujientes como madera hinchada cuando empujan hacia fuera, cortando las encías. La doble sonrisa burlona que perdura en la muerte, mientras que los ojos y la nariz y las orejas se deshacen, se

convierten en agujeros oscuros. Alza la vista en dirección a Maya, cuyo mentón está apoyado en la cabeza de la bebé. Cuando ella da vuelta la cara para mirar por la ventana, él contiene la respiración. Por un simple momento, brillante, ella es Chariya. la curva de la mandíbula de color chocolate, los ojos feroces, con pestañas rizadas. Se queda muy quieto y la mira.

—Basta —dice ella, sintiéndolo, enfrentándolo, y empieza a llorar —. Basta, por favor.

¿Lloverá? La lluvia tiembla en las nubes, pero las nubes no se rompen. Mark está cansado, Maya está cansada. Reggie está cansada, incansablemente. Está arreglando la costura reventada de un tapado, de Chariya. Reggie con los ojos entrecerrados a la luz de la lámpara para enhebrar la aguja. ¿Por qué molestarse?

Pero debe molestarse. Ha visto a Chariya con ese tapado una y otra vez. Es la costura que une el pecho con el brazo, bajo la axila izquierda, su brazo de saludar. Chariya está de pie junto al portón y saluda, con el suéter asomándose amarillo en la abertura. La cara morena de Chariya en el portón mientras Reggie da vuelta el coche y retrocede por el acceso. Y Reggie gritó:

—Cuidado, vas a arrancarte la manga entera.

Pero Chariya no tenía tiempo de arreglarse el tapado: ¿por qué si no se cortaba el pelo tan corto? Chariya no tenía tiempo de peinarse. Chariya no tenía tiempo de leer un libro que le gustara. Chariya no tenía tiempo de ir a París. Chariya no tenía tiempo para echarse una siesta.

La casa es vieja y se mueve sobre sus estribos, para asentarse. A Reggie no la sobresaltan los ruidos de la casa, vive calle abajo en una casa vieja que es suya, pero duerme aquí desde que llegó la muerte. Sin dormir, sino acostada insomne en la habitación intermedia entre la de su primo y la de la bebé, siempre en alerta por los lloriqueos cuando se despierta con hambre, y en alerta por Mark. que gime en sueños, nunca palabras, solo resoplidos y gruñidos. Ve en los ojos de él despierto la confusión aturdida de una criatura muy pequeña. Las mejillas secas y cetrinas como un papel, las mismas mejillas que besó ella con bendiciones cuando él se casó, y besó con suaves bendiciones las mejillas suaves de la novia.

Reggie arrastra el hilo a través de la tela. Hace su trabajo al tacto, no con la vista, siguiendo por instinto la curva de la tela. Qué violento el arreglo, la aguja perfora y perfora. Es un buen tapado, un tapado fino, que ha contenido el cuerpo de Chariya durante años, incluso cuando el vientre estaba hinchado de bebé y el botón no llegaba al ojal. Una vez que termina, corta el hilo con los dientes y se cubre los hombros con el tapado.

Cuando llega la nochecita, Mark se ata una bufanda para taparse la boca y saca el veneno. El cielo está hermoso, pende muy bajo, cargado de nubes, y todos los árboles se oscurecen en formas grandes en el patio, el manzano y el limonero y el roble. Él sigue el canal de avispas hasta su fuente. Aun con la escasa luz alcanza a ver el nido apoyado en el espacio que queda entre el techo y la pared de la casa. Parece irradiar luz, aunque pálida, como una luna. A las avispas hay que matarlas al anochecer, una vez que han terminado su trabajo diario y están volviendo a casa. Pero la vez anterior no había sido implacable. El olor del producto químico lo había descompuesto. Las avispas no hacían ruido, drogadas por los vapores. Estaban mareadas y asustadas y no trataban de picar. Le dieron pena y volvió adentro.

Ahora, observa entrar volando a las últimas avispas. Hay una oscuridad total, pero sus ojos se han acostumbrado. Tiene las manos frías. Antes que el producto químico cubra el nido y se seque, salen algunas, vuelan raro, casi como borrachas, luego caen. Él rocía una y otra vez. El resto queda atrapado en esa casa suya. Mueren tranquilas. El olor acre lo circunda, aunque trata de no inhalarlo.

Mark se aleja del nido y aspira una bocanada de nochecita, se la traga. El aire está fragante y fresco y están saliendo las estrellas. Son solo las cinco y media. Adentro, han encendido las luces. La casa se ve alegre. Nunca ha estado parado fuera de su casa, así como ahora, en la oscuridad, solo, mirando hacia dentro. Es una sensación agradable y cómoda estar afuera con frío, espiando hacia dentro como un ladrón, o como un niño que mira la casa del vecino. Alcanza a ver a Reggie que se mueve por la cocina, pero no a Maya. Se quita la bufanda y el aire frío le entra en los pulmones. Lo siente en el pecho. Por un momento se despierta gracias a eso. por fin se ha despertado. Contiene la respiración. Está tan cerca, de sentir goce, el goce el cuerpo. Pero se le va. No puede alcanzarlo. Veneno en mano, lo muerto está muerto. La respiración contenida le sale en un estallido, y desaparece.

La punta de un diminuto diente blanco aparece en la mandíbula inferior de la bebé, como la punta de la luna poniendo a prueba el horizonte. No está centrado sino dispuesto ligeramente hacia la derecha La bebé se toca el diente con los dedos. Un sabor familiar, casi feo. sabor a rojo. Al principio está la pura sorpresa de la novedad, donde no hay miedo. Pero el miedo llega. Antes era suave, toda suave. Ahora tiene hincada una dureza, que empuja para salir. Siente una voz que crece en sus pulmones como un calor, una voz que crece y crece hasta brotar a chorros por su boca. El sonido es un alivio a su alrededor, la aureola anaranjada amarillenta que ella hace crecer. El diente en la boca y ¿adonde se fue mamá? Mamá y no mamá. Mamá

vino cuando ella la llamó, y la alzó. Mamá acarició y lloró. Mamá rio. Y papá besaba dulce pero raspando. Ahora no la besa. Ella tiende los brazos y él se da vuelta. La voz de ella crece y crece y entonces le entra una frescura en la garganta, y se tranquiliza. Levanta los puños y los pies y patea, sintiendo que abajo las extremidades funcionan. Hay silencio en el centro. Es coraje, la bebé. Es el coraje de vivir en un cuerpo en expansión, con extremidades que se elevan hacia fuera, con dientes que empujan hacia arriba, con manos y mente que se vuelven más finas, con ojos que deciden color, con un cuerpo que se endereza de la tierra y se yergue, en peligroso equilibrio sobre dos piernas, y luego avanza, caminando, corriendo, perdiendo dientes, reponiéndolos, rodillas raspadas y sanándose, voz ganando profundidad y seguridad, caderas y pechos en aumento, piel oscureciéndose, estirándose, sangre que se escurre entre los muslos y la muerte siempre, siempre, a las espaldas.

Brazos rodean, brazos alzan. Cuando la mujer mira a la bebé que tiene en brazos, la bebé a su vez la mira con sus ojos de color cambiante, ahora grises, a la luz de la cocina. Los iris son inmensos, como ojos de gato, con casi nada de blanco, la boca imposiblemente dulce. Reggie no quiere bendecir a la bebé porque ¿qué han hecho de bueno sus bendiciones'? Le pasa hielo por las encías calientes. Chasquea contra el pedazo de diente. Están en calma, la mujer y la bebé. Su silencio es mamífero y tibio. La mujer puede oler la piel lechosa de la bebé, la bebé puede oler el humilde jabón y el bálsamo para manos de la mujer. Es ella, quizá, la que debería pedir bendiciones de esta criatura, que vendrán a ella, Reggie. cuando esté vieja, con los brazos cargados de lilas fragantes. Poniendo las lilas en un florero, mientras la vieja se mueve por la cocina preparando el té. Y la vieja saca fuerzas y placer, sí, del espectáculo fragante de las flores, pero más todavía del cuerpo fuerte, feliz de la joven, la extensión y dulzura de sus extremidades, el brillo de su cara morena.

Esa noche comen todos sentados a la mesa, toman vino. No es un vino bueno, pero no importa. Empiezan a tomarse el pelo, a contarse chistes, chistes para hacerse reír entre sí. La risa tiene gusto gracioso en sus bocas, mezclado con el gusto amargo del vino, entonces se entusiasman. Cuentan historias de antiguos amantes. Maya tiene los pies descalzos apoyados en las patas de su silla, Mark mira esos pies: le gustaría convertirse en perro y lamerlos, y los huesos gordos de ese tobillo. Amante que solo quería tener sexo en los baños de trenes en movimiento, amante que llamaba a la madre mientras acababa, amante que se excitaba con el ruido del agua corriente. Una amante que siempre se dejaba las medias puestas. Chariya: Mark jamás lo diría. Llanto después de hacer el amor, lágrimas en las comisuras de

los párpados. Pero no por tristeza, decía ella, enjugándose la cara y riéndose. No por tristeza.

—Yo dormí con un blanco que se la pasaba pidiéndome que le hablara en hindi.

—¿Y le hablaste?

—Bueno, no sé hindi. Así que empecé a decir nombres de platos de los restaurantes indios.

—¡Qué mal! —dice Reggie—. ¿Y él qué hizo?

—Acabó.

La bebé se cansa. Maya la agarra y la cambia y la acuesta a dormir. Se queda achispada en la habitación a oscuras mirando a la criatura con ojos aguzados por la noche. La criatura está enrollada, con los puños, los pies, apretados contra sí misma, impenetrable en el sueño. Parece feroz en su cuna, da una profunda ilusión de autosuficiencia. Sin pedir nada a la joven que la mira y sin embargo, con la pregunta de todas formas planteada. ¿Va a quedarse ella a hacerles compañía a estas personas de luto, mientras la criatura se hace cada vez más sustancial y encantadora, y se entera de la amplitud y la profundidad de su pérdida? No puede enfrentar esa pregunta. Quiere despertarse en su departamento y sacarse de encima ese sueño como un perro mojado, darse una ducha, tomarse un café bien fuerte y sentarse en la luminosa posibilidad de la mañana. Pero la mañana nunca más volverá a ella de ese modo. Cada mañana va a despertarse con la mancha metálica de la ausencia en la lengua.

En la cocina Reggie ayuda a Mark a guardar la vajilla. Pero ella de repente está exhausta y de pronto la luz de la estancia se vuelve blanca en el centro y se expande.

La mano aferrada al plato se afloja y el plato se hace añicos contra la baldosa azul. Ella se apoya contra la mesada, hasta que los brazos de Mark la rodean y se desploma en esa masa corpulenta, medio despierta, medio en sueños, que pide disculpas a través de labios peludos. Ella puede olerle las lágrimas tragadas pero no tiene fuerzas para sentir lástima. Tiene en el cuerpo un zumbido vivido, el ruido de un tren. Él la alza por encima de los pedazos de plato, pisando con cuidado a los costados con los pies solo en medias, con calma, murmurándole como a una criatura, diciéndole que está muy cansada, que necesita descansar. No la han llevado alzada desde que era una niña, Mark lo hace con facilidad. Pese a su solidez y altura, ella es liviana en brazos de él mientras la lleva a la cama. Él inspecciona ambos pies encallecidos en busca de astillas de loza incrustadas y, cuando no encuentra ninguna, le pregunta si quiere agua. No, dice ella, haciéndole señas de que se vaya. Dice que lo lamenta.

“¿Lamentas qué?” Ella no contesta. El dormir se cierne sobre sus ojos con espesor lechoso. Luego lo ha atravesado, sin un sueño que lo suavizara.

—¿Tomó mucho? —Maya de pie en el vano de la puerta.

—Apenas un poquito. Está cansada, nomás, me parece.

—¿Llamamos a un médico?

—Está bien. Dejémosla dormir.

Regresan a la cocina y recogen el plato roto: Maya junta los pedazos grandes en una bolsa. Mark pasa la aspiradora por los rincones de la cocina. Una vez terminada la tarea, dejan la vajilla donde está y abren otra botella de vino. Esta botella es mejor que la primera, es interesante retener el amargor en la lengua. Los dientes de Maya adquieren por el vino un tinte azul, Mark se lo ve cuando ella sonríe.

—Recuerdo cuando nos conocimos. No me gustaste.

Él está cansado por demás para tomárselo con el mejor de los ánimos.

—¿Porqué?

—Parecías demasiado esplendoroso. Un poco arrogante.

—Nunca me habían herido.

—Pero no es mejor así. No estás mejor. Desearía que no te hubieran herido.

Él dice simplemente:

—No tiene sentido desear.

—Fuiste bueno con ella.

Apoya el pie sobre el pie de él por debajo de la mesa, y está frío, él lo siente a través de la media. Luego ella baja la vista. Con mano ausente frota la base de la copa vacía. Es un hombre distinto del que conoció, hace seis años, con un traje elegante. Así como no ha hecho ningún esfuerzo por vestirse en los últimos días, no ha hecho ningún esfuerzo por cuidar y serenar su cara. Sin afeitarse, la piel áspera de un hombre, con pecas y arrugas. Le ve los poros en las mejillas. Le mira la cara como una quiromante mira una mano, y ve el futuro de la cara, con la conmoción profundizada en amarga furia. Ve expandirse espeso por la frente el amor por la criatura. La posibilidad de la crueldad temblando en las tensas comisuras de los labios. Se inclina por encima de la mesa y le besa con suavidad la boca. Por favor no seas cruel. La boca es carne viva, como besar una herida abierta. Por un segundo sus caras se ciernen separadas entre sí, sus cuerpos están quietos, como reflexionando. Luego ella se trepa a él, con las rodillas sobre la mesa para apretarse contra su cuerpo. Los brazos que la abrazan irradian de un cuerpo desesperado. Van a la habitación de Maya, no a la de Mark, y cierran la puerta. Ella se saca el suéter que

era de Chariya y la falda y se acuesta sobre el cubrecama. Mark de pie arriba, con aspecto tierno y hostil: un extraño. Ella siente locura en el cuerpo. Por favor no seas cruel. Está mirándola, y ella lo deja, pero se cubre la cara con la almohada. Él la atrae hacia sí y le baja el calzón, libera los pechos del corpiño, los pezones morenos se abultan al encontrarse con el aire azul. Él entonces le introduce la tersa cosa tibia, resbaladiza en la humedad interior, y ella lo aferra con las piernas. Él la alza hacia sí, sus cuerpos apretados, sin espacio, al fin, entre ambos cuerpos, excepto la diminuta, infinita ausencia que permanece entre ellos. El espacio es una pregunta que hace el cuerpo y no encuentra respuesta. ¿Por qué? y ¿Dónde? y ¿Chariya?

Los ojos de Maya están abiertos. Ve la oreja de él, la curva de su cabeza, la puerta cerrada. Siente acabar su furia a través de ella como veneno. Pero va a recibirla, a esa furia, y va a agregarla a la suya. Y la tibieza se le congrega en el centro. Cierra los ojos. Descubre la comodidad del cuerpo en otro cuerpo, el sudor que se junta donde se tocan. Le apoya una mano en la nuca, entierra los dedos en el pelo mullido. ¿La siente él, esa tibieza en el centro, apaciguadora? Él se calma, incluso en el momento en que su cuerpo alcanza el frenesí. La sensación es casi sagrada. El pelo de ella, suelto, el olor a miel en torno a él, cayéndole por los hombros. La voz de ella mordiéndole la nuca, construyendo, construyendo, luego tranquilizándose. El goce del cuerpo sale tambaleante. Están anonadados, asustados por ese goce. Pero ambos lo aferran, reteniéndolo en brazos como a un gato montés hasta que se libera y huye.

Él la baja a la cama. Ella, jadeante, lo mira. Lo ve más humilde que nunca.

—¿Quieres un cigarrillo?

—No sabía que fumabas.

—Chariya me hizo dejar. Tenemos que ir afuera.

Maya se detiene ante la puerta de la bebé para comprobar cómo duerme. Tiene la boca abierta, chupando. Mark y Maya se ponen bufandas y gorras y abrigos y salen por la puerta corrediza al porche trasero. Él saca del bolsillo del abrigo un paquete de cigarrillos y enciende uno con destreza Ella se mete en la boca un bastón no encendido y finge fumar. Todavía borracha.

—¿La sientes aquí?

—¿Y tú?

Ella menea la cabeza. El frío le quema las yemas de los dedos. Se quedan un rato en silencio.

—Ahí está —dice él y señala el nido. Todavía abultado en los pliegues de la casa como un tumor— ¿Vas a volver?

—No me lo preguntes todavía.

—Ah, toma —dice él, encendiendo llama en el encendedor y ofreciéndoselo. Ella lo cubre con las manos. Aspira hondo la nicotina, el alquitrán. No hay luna, pero sí estrellas. Fumaba cigarrillos con Chariya. De vuelta en casa desde la universidad para el Día de Acción de Gracias, y Chariya ya trabajando. Colar bebidas y cigarrillos en la prístina casa de los padres y reírse como niñas picaras. Un ruido animal perfora la oscuridad: la bebé. Es Mark quien apaga en el suelo su colilla y entra. Sin encender la luz, la alza. Es un peso extraño en sus brazos, sus brazos que echaban en falta esa carga. Chariya lo regañaba, diciendo que la bebé jamás aprendería a caminar si él la llevaba alzada a todas partes.

—¿Qué pasa, mi amor?

La bebé se tranquiliza, vigila. Le huele los cigarrillos, pero lo perdona.

—Tiene un diente nuevo —dice Maya, desenrollándose del cuello la bufanda.

—¿Qué tal esto? —le dice él a la criatura, meciéndola, mientras el alcohol abandona su cuerpo. Pronto se queda dormida. La casa está empapada de noche: la noche se ha contraído como un puño en torno a la casa. No importa. Pueden encender todas las lámparas de la casa hasta que arda la mañana.

MI HERMANO EN LA ESTACIÓN

En el porche delantero, mi hermanito estaba sentado con el gato del vecindario. Lo miraba fijo con mucha atención. Se había agachado, hasta tenerlo frente a frente casi a la altura de los ojos. Al principio el gato siseó y alzó el pellejo como si estuviera asustado. Luego se calmó y se quedó muy quieto. Estaba parado en cuatro patas muy parejas y miraba fijo a mi hermano con sus ojos amarillos brillantes.

—¿Qué estás haciendo? —Me crucé de brazos. ¿A quién le gusta ser hermana mayor?

—Nada —dijo él. No alzó la vista para mirarme. Cuatro años y apenas empezó a perder la gordura de bebé, pero sigue teniendo las manos y los codos blandos como el queso. El pelo estaba creciéndole de nuevo desde la ceremonia de corte que le habían hecho mis padres, con retraso, uno o dos meses atrás. Tenía una mirada seria.

—Ese es mi gato —dije yo.

—No, no es cierto. Es de los Epstein.

—Es *mi* gato —dije yo de nuevo. No era cierto. Yo a veces atrapaba al gato entre mis rodillas y enseguida le apoyaba la nariz en la panza polvorienta, para absorberle el olor tibio, a pasto. Pero ahora la mirada entre ambos era tan densa que se había vuelto casi física, una cuerda atada entre los dos.

—No le gusta cuando lo aprietas tan fuerte —dijo mi hermano.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Me lo dijo él.

—Qué mentiroso.

—Yo no soy mentiroso —dijo él.

—Demuéstralo —dije yo.

—Demuéstralo tú.

—Dile que haga algo.

Mi hermano hizo una pausa, frunció las cejas.

—No quiere.

—Sí, claro. Ya sabía que eras un mentiroso.

Dirigió de nuevo la atención al gato. Tenía en la cara una expresión muy decidida. Se quedaron tranquilos un rato.

—Está bien.

—Hazlo saltar hasta mi mano. —Estiré el brazo a la altura del hombro. El gato me miró a mí, a mi hermano, de nuevo a mí. Luego saltó a mi mano, acometió con la cabeza contra las yemas de mis dedos. Por un segundo me quedé tan anonadada que casi creí que iba a largarme a llorar. Pero no quería que mi hermanito me viera llorar, así que no lloré. Me apreté como un nudo negro— ¿Me quiere más a mí que a ti?

Mi hermano se encogió de hombros.

—Pregúntale —dije.

—No se puede decir —dijo él.

—¿Porqué?

—Eso dice Ishi.

—¿Quién es Ishi?

No dijo nada. Ni siquiera tenía una expresión maligna en la cara. Sus ojos eran tan oscuros que era imposible distinguir la pupila del iris. Tres semanas antes, cuando murió nuestra abuela, él había dicho que la veía de pie a mi lado. Pero yo pensé que estaba mintiendo o imaginándose cosas como los bebés.

—Ishi dice que tienes una cosa negra mala que te come la parte buena.

—¿Quién es Ishi? —dije yo—, ¿Quién es Ishi?

Esa noche me despertó mi padre sacudiéndome el hombro en la habitación vacía.

—Querida, tenemos que irnos —dijo.

—¿Adonde?

Vino luz desde la sala y cuando mis ojos se acostumbraron vi que estaba vestido. Afuera, una hilera de arbustos perennes que bordeaban la cerca divisoria entre nuestra casa y la de los vecinos rayaba la hierba de sombras tupidas. Vi las sillas playeras y el triciclo de mi hermano solitarios en el patio.

—Tenemos que irnos al hospital —dijo—. Volvemos pronto.

—¿Qué pasa?

—No te asustes —dijo él— Está todo bien.

Salí de la cama y seguí a papá hasta la sala. Mi madre tenía en brazos a mi hermano, dormido, al parecer, pero no del todo, pues tenía los ojos vidriosos y abiertos. De la boca de mi hermano salía un extraño sonido a chupeteo. En los pies tenía puestas las medias pero no los zapatos, que le colgaban flojos de los tobillos.

—Vuelve a la cama —dijo mi madre.

—¿Puedo ir con ustedes?

—No, querida —dijo papá. Estaba poniéndose la chaqueta—. Si no estamos de vuelta durante la mañana, va a venir la señora Epstein. ¿Está bien? —Y—: ¿Tienes la información del seguro? —le preguntó a mi madre.

Mi madre dijo que sí.

Me trepé a la mesada de la cocina y por la ventana los observé salir. Una vez que salieron, encendí todas las luces de la casa. Traté de entusiasmarme con que me dejaran sola. Encendí el televisor. Pero no había nada para chicos a esa hora. Y mami no tenía nada de comida chatarra en casa. No había nada malo que se me ocurriera hacer. Mis padres ya me dejaban saltar en la cama.

La casa pareció, de repente, aterradoramente vacía. De afuera llegaban los gemidos de un perro, o tal vez fuera un lobo, aunque yo sabía que eso era una estupidez. Me veía reflejada en la ventana, una chiquilla en una cama solitaria y más allá los árboles se convertían en los dedos de una criatura monstruosa. ¿Iban a volver mami y papi? Salí afuera y llamé al gato, y al rato vino. El gato estaba tenso en mis brazos y aunque se retorcía no lo solté.

Poco a poco empecé a cobrar conciencia de los muertos, congregados en los rincones de la casa. No los veía, pero los sentía de la manera en que una sabe que tiene detrás a alguien antes de darse vuelta para mirar. Si hubiera sido mi hermano, él los habría visto, pero refulgirían para él, bellos y benévolos como lunas. Para mí, estaban desangrados de color, sus caras y manos blanco hueso y sus bocas con olor a hojas y madera podridas. En mi mente los veía rodeando mi cama, con las manos tendidas, tendidas. Estaban diciendo ¿qué? La boca no les funcionaba. Estaban tratando de contarme algo, solo que yo no los oía. ¿Qué quería decir mi hermano con lo de la parte mala que se comía a la parte buena? Bajo las mantas puse la cabeza cerca de la del gato, para sentir su respiración en mi oído.

Cuando me desperté, el gato había hecho pis en la alfombra y mami estaba haciendo panqueques. Papá estaba tomando té indio en la cocina.

—¿Cómo pudo saber eso? —decía papá.

—No sé —dijo mi madre. Estaba revolviendo la masa muy fuerte, lo que me hizo pensar que estaba enojada.

—Oírle decir eso. nunca se lo he contado a nadie, y mi madre, bueno, yo no estaba ahí cuando murió…

Mi madre dejó el cuenco y empezó a llorar.

—¿Qué vamos a hacer?

—No tenemos que hacer nada. —Le puso una mano en el hombro —. Está todo bien.

—Me siento tan loca… —Me vio, de pie en el vano de la puerta, y se enjugó la cara—. Buen día —dijo.

—Buen día —dije yo.

—¿Ese que está ahí es el gato de los vecinos? —dijo mi madre.

Asentí.

—Ve a sacarlo —dijo ella, pero no me regañó. Cuando volví, me había puesto un plato en la mesa. Había hecho un panqueque con la forma del ratón Mickey.

—¿Está bien él? —pregunté.

—Sí. Está durmiendo.

Me senté y empecé a comer. Tenía mucha hambre.

—¿Quieres otro? —dijo mi madre.

—Sí —dije yo.

—Este no tiene la forma de Mickey.

—Está bien, no importa.

Terminé la comida y fui a la habitación de mi hermano. Estaba durmiendo de costado con las manos enrolladas en puños tensos. Dormía con los ojos medio abiertos de modo que nunca se sabía. Pero su respiración era lenta y profunda y a veces se le crispaba la boca. Así quieto y sonriente, yo podía fingir que él me quería. Puse mi cara cerca de su cara y puse mi boca al lado de su boca, de modo de poder respirar su respiración. Su boca estaba amarga y erizada, con el gusto feo de la medicina. Me puse muy furiosa. Tenía fuerza suficiente para levantarlo y aplastarlo. Habría podido de veras. Parecía engreído. Él podría haberlos mantenido lejos de mí para siempre si hubiera querido. Soltó un ruidito semejante al maullido de un gatito. Lo escupí. Un globo de saliva le tembló en la mejilla, pero no se despertó.

En estos días, cuando duermo de costado, tengo que ponerme una almohada debajo de la panza para mantenerla en alto. Tenía problemas para dormir incluso desde antes de estar embarazada, a diferencia de mi marido, que no dejaba de dormir ni durante un terremoto si no estaba yo para despertarlo, cosa que una vez le sucedió. En la universidad, cuando dormía sola, la noche era densa, insoportable. Pero ahora, con un cuerpo a mi lado, la noche se convierte en algo que puedo tolerar. Me levanto y voy a la cocina y me permito comer algo, lo que quiera. Últimamente, de lo que vengo teniendo antojo es de suero de manteca, frío y espeso de la heladera. Otras veces voy a tomar leche caliente con un poco de miel. Con frecuencia me pregunto qué clase de madre voy a ser. Mi madre rezaba un montón cuando estaba embarazada de mi hermano. Pero yo no puedo susurrar como ella con las cuentas. Me da pena.

Hace cinco semanas me afeité la cabeza. Hice eso porque los niños

de la escuela primaria donde trabajo media jornada me contagiaron piojos y ya me molestaban demasiado. No sabía con certeza si mi cabeza se vería irregular o lisa: mis padres nunca me hicieron a mí la ceremonia del corte de pelo, solo a mi hermano. Recuerdo qué él ni se inmutó cuando el sacerdote sacó la navaja. Mi marido acomodó la palma de la mano en la base de mi cráneo.

—Tus ojos parecen enormes.

—Tal vez debería afeitarme las cejas para realzarlos.

—No te afeites las cejas.

—¿Te parezco rara, acaso?

Él pensó un momento. Estábamos en la cocina, yo en un banco alto y él al lado, de pie. con la mano en mi cabeza.

—Rara no —dijo—, Pero sí peculiar. Las caras más hermosas son peculiares. Un poco descentradas.

—Ah. bueno. Descentrada es lo que me hacía falta.

—No, no lo digo tal cual —dijo él. Me pasó la mano por el cuero cabelludo, áspero para un lado, suave para el otro. El aire se me posaba en la coronilla de una manera nueva, y me sentía trémula y liviana—. Estás… hermosa, por supuesto. Medio brujesca. Ve a mirarte.

Me di vuelta para verme reflejada en la ventana oscura. Como un fantasma nacarado al otro lado del vidrio, mi reflejo me devolvía la mirada. Me pareció más viejo, de repente, de lo que recordaba. Tenía ojos grandes y amoratados, el cuello expuesto, las orejas desnudas. ¿Era la cara de una mala mujer? Al otro lado del vidrio, un gato caminaba por encima de la cerca, una pata delicada delante de la otra. Me llevé las manos a ambos lados de la cara y me estiré la boca en una mueca.

Al día siguiente vi a mi hermano en la estación de trenes, por la que normalmente paso caminando cuando voy al almacén. Iba a buscar leche. Al principio no tenía la certeza de que fuera él, pues justo lo había tenido en mi pensamiento y por unos instantes sentí que ese pensamiento mío había investido de un deseo a un desconocido y le había prestado temporariamente la cara de mi hermano. Pero no era así: era mi hermano. Aunque no lo veía desde hacía muchos años —de hecho, en el lapso de muchos años en que no lo había visto, había pasado de adolescente a hombre—, sus facciones habían viajado con él hasta el presente, la nariz y los labios orgullosos que tenía mi madre y los extraños ojos clarividentes que él siempre había tenido. Parecía tosco. Tenía una barba despareja y las uñas largas, los pantalones, vaqueros, gastados y una chaqueta camuflada varios talles más grande; de todas maneras, lo vi mejor de lo que me esperaba. En

realidad no me esperaba gran cosa. Algunos días hasta me había esperado que estuviera muerto.

Me detuve en el andén y lo observé. Estuvo sentado en un banco en una intensa quietud hasta que el tren llegó. No parecía muy consciente de mi presencia. A ojos de otra persona, ¿parecería un estudiante universitario o alguien en situación de calle? Cuando el tren llegó, abandoné mi leche en el andén y me subí. Entré en el mismo vagón por la puerta trasera y me senté unos pocos asientos detrás de él para alcanzar a verle la coronilla. El tren pasó por las partes indeseables de las ciudades, contrafrentes de talleres mecánicos, bordes de pequeñas playas de estacionamiento, basureros, fachadas impasibles de edificios de departamentos que albergaban pobres. Aun sentada, me dolía la espalda, me dolían los pies, sentía la cadera floja y cansada. Si no me hubiera subido al tren, ya habría estado de vuelta en casa, acostada en la cama tomando leche y leyendo un libro. Como sintiendo mi agitación, la bebé empezó a moverse dentro de mí, una especie de giro que me resultó a la vez tranquilizador y no muy agradable: era la misma sensación que una tenía cuando la montaña rusa se inclinaba para el primer descenso o un ascensor empezaba a bajar muy de repente. En esa época de mi embarazo, nos aguantábamos como una especie de clima entre nosotras, la criatura y yo, con mis estados de ánimo, me imaginaba, pasando a ella como un viento o una lluvia y sus movimientos alocados dentro de mí algunas madrugadas como una tormenta eléctrica.

Si llamaba en ese momento a mis padres, ellos me alentarían a hablarle, se olvidarían de lo que se habían jurado entre sí y me pedirían que le ofreciera dinero, lo que tuviese, que le pidiera que volviera a casa. Así que apagué el teléfono. Cuando paramos en la estación final, lo seguí fuera del tren hasta la calle, por el simple placer de observarlo caminar. La manera en que se movía contrastaba con la manera en que me movía yo en cualquier época pero en especial en esa, cuando el embarazo me modulaba cada movimiento, volviéndome más torpe y sin gracia. Ni siquiera de chico mi hermano se encorvaba, caminaba con una confianza inconsciente tanto en su cuerpo como en el mundo circundante. Jamás ocultaba los puños en los bolsillos o los pliegues del abrigo, cada mano con la huesuda elegancia de los gatos. Los pies tampoco, los llevaba metidos en zapatillas rotas cuyas suelas estaban empezando a separarse en las puntas. El pelo lo tenía emplumado de grasa y largo, por debajo de las orejas; los hombros parecían estrechos como los de un niño dentro de la chaqueta. Caminamos por la vereda de una calle ancha, luego por el apiñamiento de Market, luego por Eddy, donde las fachadas de los edificios estaban avergonzadas y tristes. Yo tenía dificultades para seguirle el paso, por lo lenta que estaba, y cansada y sedienta. Estaba

ventoso pero despejado en el centro con una luz invernal escasa. Me imaginé que estábamos corriendo una carrera, como cuando éramos pequeños, y que en cualquier momento se daría vuelta para sonreírme: mira, te voy ganando. Conmigo apenas unos pasos detrás, parecía imposible que no sintiera mi presencia, pero no se dio vuelta para mirar. Quizá ya no me reconocía, recordaba, pensaba en mí. Pero no estaba tan apenada por mí misma como para permitirme mucho tiempo ese pensamiento.

Llegamos a un pequeño parque, se sentó, luego me senté yo también, eligiendo un banco no muy lejano. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Yo quería un cigarrillo: ese cigarrillo, el que tenía él. para apretarlo entre mis labios. ¿Iba a querer yo a mi criatura de la misma manera en que mis padres lo querían a él, o de la manera en que me querían a mí? Era igual, decían ellos, uno no quiere a su mano derecha más que a la izquierda. Pero ya entonces yo sabía que no era cierto. Una puede querer menos su mano derecha que la emocionante evanescencia del relámpago. ¿Cuál sería mi criatura, la mano o el relámpago? ¿Cuál sería más fácil de querer, de aguantar?

Mi hermano se quedó mirando el humo que producía, o a través, a la gente que habitaba la calle sucia. Su cara tenía el tono penetrante de una persona que está leyendo un libro, es decir que no parecía aburrida, ni tampoco ocupada en sus propios pensamientos, sino más bien totalmente presente en la dirección adonde apuntaba. Si yo hubiera estado apenas un poco más cerca, habría podido recibir el humo en mis pulmones. Pero no sabía cómo estar en las proximidades de animales o fantasmas. Los agarraba demasiado fuerte. El truco, pienso, es mostrar algo de interés, pero no demasiadas ganas. Pero ¿qué hacía una con todas esas ganas?

Llegó una chica, una chica blanca, avanzando por la calle. Parecía joven, muy furiosa, cuando se detuvo delante de él, le arrancó de los labios el cigarrillo y lo apagó con la punta del pie. Dónde has estado, le preguntaba, en una voz lo bastante alta como para que yo la oyera. Tenía pelo largo, castaño claro, que parecía muy bien cuidado, levemente ondulado y suelto, y también su piel parecía bien cuidada, enrojecida por el frío. Mi hermano alzó la vista para mirarla, sereno. No alcancé a oír su respuesta. Ella se sentó a su lado y le apoyó una mano en la mejilla áspera. ¿Tienes hambre?, le preguntó. Sí, lo vi responder. Vamos, dijo ella, voy a prepararte algo. Sentí pena por ella entonces. No. Solo sentí envidia.

Se levantaron juntos. Caminamos un rato juntos, la chica y mi hermano del brazo de un lado de la calle, yo, unos pasos atrás, del otro. Luego llegaron a un edificio de departamentos y no pude seguirlos más. Los observé desaparecer tras las puertas de vidrio.

¿Qué aspecto tienen los muertos? Cada mes la luna va creciendo, y

ayer la vi pender dura y madura en el negro como una manzana. No puedo imaginármelo. Justo antes que mi hermano y la mujer entraran en ese edificio, él se dio vuelta. Se dio vuelta para mirarme. Abrió la puerta y se dio vuelta hacia mí y pienso que sonrió. ¿Me miraba a mí, o más allá? Pienso en ese momento muchas veces. Me imagino la vida anidada luminosa en mi interior, él podría haber visto eso. como podía ver las caras de los muertos. Podía haber visto a una mujer calva de ojos rojos. Una desconocida, o una hermana o nada de nada. *¿Qué ves?*, debería haberle preguntado. Haberle interrogado esto: *¿Qué es lo que ves. que yo no puedo?*

EL ASEDIO

Fue el sacerdote el que asfixió al caballo. Las patas del caballo estaban atadas con cuerdas lo bastante fuertes para resistir a su pánico, mientras el sacerdote aferraba la cabeza del caballo con los brazos. Casi con ternura. El cuerpo enloqueció cada vez más y trató de liberarse a corcóveos. Una vez muerto, padrillo, negro, sudoroso, acostaron el cuerpo y yo me acosté al lado como me instruyeron. Ya había visto a otras reinas celebrar la ceremonia del caballo, ahora era reina yo. Estaba recién casada, y era joven. Me embadurnaron la frente con sándalo, mi frente, la frente del caballo. Yo estaba acostada cara a cara con el caballo y miraba sus ojos abiertos.

Durante semanas, durante años, habían estado preparándome para este momento, los hombres, los sacerdotes, confiriéndome los *shlokas* que yo recitaría, mentalmente o en voz alta, durante todo el transcurso de la noche. Las mujeres también me habían preparado, me habían contado una verdad conocida tan solo por ellas: que soñaría un sueño elegido para mí por los dioses, que el sueño, si le prestaba atención, me pondría a prueba. Viejas reinas me contaron viejos sueños, el sueño que revirtió una sequía, trajo hijos (trillizos), curó a un rey enfermo. Sin embargo, cuando los mantras empezaron a lentificarse a través de mis labios y el sueño se apoderó de mí, no vi detrás de mis ojos nada parecido a los sueños que otras habían descrito. No vi vacas mágicas, ni sabios arrugados, ni mujeres que brotaban de la tierra. Vi a mi ciudad en llamas. Cuando me desperté, todavía era noche profunda. Los ojos abiertos del caballo tenían un destello y pude percibir su olor seco, polvoriento, que empezaba a agriarse. Lo toqué. Su cuerpo se había enfriado. Pude sentir los músculos de su cuello. Se suponía que no debía tocarlo, solo decir mis mantras. Pero me había olvidado aunque hubiera practicado durante semanas y me quedé acostada allí con la mano en la criatura. Era como si esa noche nunca fuera a terminar. Empecé a susurrarle al caballo, a tocarlo, las orejas sedosas. A los dos nos habían criado y preparado para esa noche. Él había cumplido con su deber mientras que yo había fallado en cuanto al mío. Se había juntado rocío en el campo y me había empapado, empecé a temblar. Y despacio, despacio, llegó el amanecer, el más hermoso que yo hubiera visto. Di a

luz a tres hijos que vivieron, y dos que murieron, y un pececito que se salió demasiado pronto y que yo sabía niña. Luego dejé de ser joven y disfruté de mi jardín.

Cuando fui a ver a la mujer que estaba en mi jardín, ella tenía puesto un sari de algodón que había sido amarillo, pero estaba rasgado y sucio como el de una mendiga, allí sentada bajo el árbol. También la cara la tenía sucia, aunque ilesa de las manos de mi marido. Era delgada y simétrica, su cara, pero tenía algo intenso, ojos penetrantes como los de un pájaro, y no era del todo bonita. Se asustó al verme y empezó a lloriquear, pero yo le apoyé una mano en la mejilla y se calmó al sentirla y empezó a llorar. Le pregunté si tenía hambre y meneó la cabeza. Su aliento era seco y horrible, su cuerpo tenía olores humanos achaparrados: sudor, orina, mierda. Les pedí a mis sirvientas que le llevaran un plato de nueces y frutas y un cacharro de arcilla con agua fresca. Hacía calor ese día. un calor gordo siniestro, y yo transpiraba bajo mis sedas Ella también estaba transpirando, a lo ancho de la frente y sobre el labio superior. Yo tenía ganas de pasar el día tendida en el placer, con una mano sumergida en agua fría. Pero verla me dio un susto serio. No habría ningún placer, lo sabía, mientras siguiera esa mujer allí.

Mi asistente me vertió un torrente de agua en las palmas ahuecadas. Bebí. La arcilla le daba un gusto dulce, como el agua del río de mi infancia, donde nadaba en libertad, como un pequeño ayudante de cocina. La vi observándome beber con resolución de rehusarse. Pero me resultaba claro su deseo de agua. De nuevo mi sirvienta vertió y de nuevo bebí, con lujuria, mojándome los labios. La tercera vez le tendí las manos. Después de un momento de vacilación, zambulló la cara entre mis palmas y sorbió el líquido, se enjugó la cara y escupió, y luego tendió las manos con hambre, y bebió, y bebió y bebió. Cuando estuvo saciada, le lavé la cara y pelé y fui dándole trozos de un mango brillante, dulce, del que yo también comí. Había dejado de llorar. Le pregunté si quería bañarse y dijo que sí, de modo que hice que mis sirvientas le trajeran una tina con agua. Cuando emergió, tenía puesta la ropa limpia de algodón que yo le había traído y olía solo a flores, a rosa. Sonreía con alivio de estar libre de su hedor animal. Luminosamente hermosa, como es la juventud, traída a ella de vuelta: por un instante me pregunté si había cometido un error. Pero hice a un lado ese pensamiento. Los huéspedes necesitaban bondad, esta huésped sobre todo. Cuando llegó la hora de irse, me pidió quedarse y los ojos empezaron a llenársele otra vez de lágrimas. Como a una criatura la tomé en mis brazos y le dije que no iba a sufrir ningún daño, que podía tener lo que deseara, comida o bebida, ropa, o joyas, o sirvientes. ¿Qué quería? Ir a su casa, me dijo. Solo quería ir a

su casa. Entonces se estabilizó, se enjugó la cara acalorada con la cola de su sari y partió.

Esa noche en la cama le pedí a mi marido lisa y llanamente que a esa mujer le permitiera irse. Al principio pareció irritarle que yo sacara el tema, pero logró imponerse paciencia y escuchó mis recelos. Él seguía siendo mi viejo amigo. Había un conflicto limítrofe. explicó. El marido de la mujer, ese rey en el exilio, estaba movilizando un alzamiento en los territorios exteriores. Había que sofocar las rebeliones despiadadamente, tan despiadadamente como habían tratado esos hombres a la hermana de él, soberana de los bosques oscuros.

¿Qué lograría un acto malvado como este sino atizar el fuego de esas rebeliones?

¿Malvado? ¿Quién era el que le había rebanado la nariz a la hermana de él?

Sí, yo había visto ese horror. Y había llorado de pena al verle la cara arruinada, a esa mujer que había bailado en mi procesión nupcial con goce ilimitado. Y sin embargo, ¿un acto malvado engendra otro? ¿Y otra vez y otra vez y otra vez y otra vez? Él sin duda es el más honorable, justo y razonable y no se deja gobernar por la emoción.

Perdió la paciencia y exclamó que una mujer no podía entender la complejidad política de la situación. Eso me hirió y se lo dije: él nunca había recurrido a esa táctica en ninguna de nuestras discusiones. Se recuperó, recuperó la calma, no me pidió disculpas, pero su tono era de disculpa, elogió mi sabiduría en muchas cuestiones, en todas las cuestiones, y me hociqueó, raspado de barba contra un hombro desnudo, y dijo: Corazón, ahora hablemos de otras cosas. O mejor todavía, no hablemos de nada.

Al borde del sueño medité. Yo no era la única esposa de mi marido, pero hacía tiempo que había hecho las paces con mis celos: mi inquietud tenía otro origen. Algo dentro de él temblaba frente a ella. ¿Su hermosura? He visto más hermosas dentro de los muros de nuestro palacio. Tal vez fuera simple orgullo. Yo lo conocía tan bien que muchas veces le adivinaba los pensamientos antes que los expresara. Pero esto, esto no lo entendía. Era el acto de un hombre débil, un hombre desesperado, quitarle la esposa a otro hombre. Me quedé dormida y tuve una pesadilla, me desperté sola, ya de mañana, y me bañé y llevé a cabo mi *puya* en el templo. Luego fui a ver a mi hijo menor. Los dos mayores eran hijos del padre, el mío era este pequeño: trece, y desgarbado, y dulce, y en crecimiento, y de piel oscura, como el padre, pero con mis facciones, la nariz orgullosa, los labios gruesos, los ojos grandes. Ya era demasiado mayor para permitirme alzarlo en brazos y mimarlo, pero me permitía apartarle el

pelo de la cara, y conmigo rompía el ayuno, con la comida de mi plato, después que terminaban sus lecciones. Cuando era pequeño y me preguntaba cómo había nacido, yo le contaba que en un tiempo había sido un conejito y yo lo llevaba en un pliegue de mi sari. ¿Antes que conejo? Un ratón. ¿Antes que ratón? Una mariposita que se posaba en mi hombro. ¿Antes que mariposa? Un susurro. Era una criatura mofletuda, tímida con los varones, los hermanos, incluso el padre, pero animado conmigo. Una pregunta tras otra: ¿Cuál era la forma del mundo? Un huevo. ¿Qué había fuera del huevo? Pura nada. ¿Por qué él era príncipe mientras que su maestro, maestro, el barrendero, barrendero, la niñera, niñera? Avanzamos de ese modo, le dije yo, a través de muchas vidas, pasando de una cosa a la siguiente, quemando nuestras malas acciones, acumulando méritos, ascendiendo hacia el nivel más alto a través del esfuerzo y la disciplina. Como tu padre. Una vez trepó a la cima del mundo, donde había dos lagos, uno de agua dulce y otro de salada, y se sentó entre medio de los dos durante siglos a orar. Era azul, azul, azul allí, cielo y montaña y aguas, ultramundano, mientras el tiempo se acumulaba alrededor de su cuerpo pero no se atrevía a tocarlo. Ahora tu padre es poderoso. Como un día serás tú. ¿Y qué si yo no? ¿Y si los dioses cometieron un error? Los dioses son demasiado poderosos para cometer errores. ¿Más poderosos que mi padre?

No.

Lo dejo con su maestro de tiro con arco. Los observo salir juntos a zancadas hacia el campo de tiro, con sus arcos, hasta que se convierten en pequeñas figuras en movimiento a través de la amplia llanura verde. Debe de haberse dado vuelta para mirarme con una expresión de angustia: él no era un guerrero, mi hijo menor, aunque intentaba: era demasiado dulce, y yo empezaba a avergonzarme de eso.

Comí la comida de la tarde con las mujeres. Las dos esposas jóvenes de mi marido eran tímidas conmigo: una embarazada, la otra había dado a luz unas semanas antes a una niña, que nació prematura y estuvo un tiempo en la puerta de entrada entre la vida y la muerte. La madre estaba preocupada y avergonzada. Yo le dije que era una alegría tener una niña en el palacio después de tantos chiquillos belicosos (segunda esposa, sus hijos nunca serían reyes, lo sabíamos todas). Fuimos a ver juntas a la niña después de la comida. En el cuarto de la bebé, una enorme mujer demonio tenía a la niña en brazos, dándole el pecho y acariciándole la cabecita con sus manos morenas. Tomé a la niña en mis brazos y la besé, la bendecí. Tenía olor a leche, una boca muy diminuta y tierna y los ojos cerrados.

Cuando yo era chica, no sabía que era princesa. Pensaba quizá que yo era un chico. Aprendí astronomía y las ciencias de las plantas y leí

las escrituras, y corría como loca cuando terminaban las clases. Nunca conocí a mi madre. Se había unido a un dios y su celoso consorte la había convertido en rana, según me contó mi niñera. Mi padre no decía nada acerca de ella. Como una rana, yo me sentía cómoda en el agua y en la tierra, y tenía en la piel ese cierto frescor que tienen los anfibios. ¿Era feliz? Se me desdibuja. He vivido tantos años ya que solo recuerdo el color: amarillo, amarillo, oro, el color regio, y los tonos de gemas del jardín palaciego. Un día alguien me dio una bofetada y me recordó que era una niña, una mujer; no sé quién se atrevió, debe de haber sido mi padre. Sangré y tuve hijos, sí, era mujer. La niña que tenía en brazos crecería, aprendería palabras, se estiraría, un día la dejarían en las escalinatas de otro palacio, un hermoso regalo, y luego la instruirían en no pensar más en sí misma. Se desenrolló en un grito: viva, diminuta, balbuceante. Se la devolví a la niñera.

Durante unos días hubo en el aire un peso que se me asentaba en los oídos. Luego vino una tormenta: vi correr a las lavanderas a sacar la ropa de las sogas. Fue una lluvia cálida y ligera, y no hizo más que humedecer la tierra reseca. Mi marido no vino a visitarme en mis aposentos por unos días. Y cuando vino, tenía una mirada febril y agitada y dio cien vueltas por la habitación, caminando millas y millas dentro de la misma habitación mientras me hablaba casi sin cesar. Era una charla sobre la terquedad de la muchacha, que esa perra orgullosa no se rendía ni a las amenazas de violencia ni al amor, que el marido estaba reuniendo un ejército lleno de niños indisciplinados, que él lo había despistado, a ese marido, que vagaba por la tierra en busca de su esposa perdida, que él iba a quebrarla, a esa perra orgullosa…

No hables así.

… esa perra orgullosa, que un día iba a encontrarse con el marido en las puertas del Capitolio y le diría que se buscara otra esposa porque el corazón de ella pertenecía a otro. Que eso iba a quebrarlo. Que eso iba a aplastar la rebelión antes incluso que empezara.

Siéntate.

No quiso. Discutimos. Por primera vez me dio una bofetada, fuerte en la boca. Luego se calmó y nos llegó el ruido del mar azotando la costa. Yo tenía la boca caliente y húmeda, me la toqué con la mano y salió roja. Me había dado una bofetada porque no se permitía tocarla a ella, entendí, y entendí también que se había olvidado de sí mismo, se había olvidado de todo, por un instante. excepto de su propia frustración. Dijo mi nombre, tranquilo, pero me daba miedo mirarlo. Al poco rato salió de la habitación.

La muchacha me dio cierto consuelo. Ahora comía, tomaba agua, pero seguía rechazando las joyas que le mandaba mi marido. Había

instalado su pequeña esterilla bajo el árbol de asoca y se pasaba el calor brutal de la tarde dormitando allí a la sombra. Algunas tardecitas yo le llevaba frutos amarillos, maduros, del árbol del pan para que comiera, parecía encantarle, ese fruto, y le hacía preguntas sobre su exilio. Dijo que era más feliz afuera, comiendo frutos, vestida con ropa sencilla, libre de las restricciones de la vida cortesana. El marido estaba enseñándole a nadar, a usar el arco. Los dos hombres, el marido y el hermano, se ponían juguetones lejos de los ojos del reino, peleaban y bromeaban como adolescentes. De su vida regia, no extrañaba a la servidumbre, al padre, la cama de seda: nada. Nunca había sido tan feliz.

A su voz le había vuelto el color, y con el color, el porte: ahora no me dejaba ver su miedo. Su miedo se lo guardaba para sí en las largas horas de vigilia entre la noche y la mañana cuando todos los sonidos que oía eran ese demonio de mi marido, que venía a tomar lo que sentía suyo por derecho. Ella apenas dormía, me contó su acompañante, cada noche, cantaba y hablaba para sí misma en voz baja durante horas, hasta quedarse sin voz. Incluso entonces se quedaba sentada mascullando para sí misma algún disparate tranquilizador. Su lengua materna.

Si hubiera sido hombre, me dijo, habría sido cazador.

Yo habría sido un estudioso, le dije yo.

¿Porqué no rey?

Ser rey significa que no puedes ser ninguna otra cosa: ni amante, ni padre, ni hijo. Te olvidas.

No de mi marido.

Sonreí. La desgracia se acumulaba en torno a esta desafortunada muchacha. Yo no podía ver lo que se le venía, pero sí podía ver eso. Muy bien, no de tu marido, le dije.

Hizo calor, demasiado calor, durante semanas, los cultivos empezaban a amarillear y encresparse. En lugar de nubes de lluvia. el cielo centelleaba de tupidas bandadas de cuervos. Se celebró otro sacrificio de un caballo con una reina más joven, transpiramos. todos, a través de los ritos del fuego, con los ojos escocidos por ese humo sagrado. En su sueño ella cosió con la seda de su propio cabello un sudario para nuestro marido.

Mi hijo menor murió primero. Me dijeron que combatió con valentía. Con honor o no. murió, combatiendo en el jardín que refugiaba a la muchacha robada, murió combatiendo no contra un ejército sino contra una criatura sola, el Emisario, que lo derribó al fin con un solo golpe decisivo. Cómo se las ingenió el Emisario para

infiltrarse en el jardín no se sabía aún. lo habían enviado a llevar la advertencia de guerra y mató a mi niño, y a varios de nuestros hombres, combatiendo con un genio espeluznante, hasta que mi hijo mayor le doblegó las rodillas y le ató las muñecas. Cuando me trajeron la noticia, yo estaba en el templo, rezando mis oraciones nocturnas, arrodillada en el frío piso de mármol. Por un momento pensé muy sencillamente: voy a morirme. Podía sentir cómo mi cuerpo tendía hacia la muerte por propia voluntad. ¿Quién manda a la batalla a un chiquillo? Me quedé sentada tan inmóvil que podía oír cómo mi pulso empezaba a lentificarse, luego a detenerse. Sentí que mis pulmones se cerraban, se enfriaba mi sangre. Morí durante un largo rato. Pero abrí los ojos y descubrí que seguía con vida.

Era de noche. Fui a ver a la muchacha. El jardín estaba en ruinas, de modo que la habían trasladado a una celda apropiada. Estaba pulcramente recogida junto a la ventana y, cubierta de luz de luna, parecía tan inmóvil y fría como una escultura de un templo. Pero me acerqué a ella y vi que estaba temblando. Había visto morir a mi hijo. Cuando me vio, me tuvo miedo y trató de escudarse con los brazos. De hecho, se puso casi histérica. Yo me acerqué como a una cervatilla, caminando despacio, hablando en una voz apenas más alta que un susurro, hasta estar lo bastante cerca como para poder tocarle el cabello. Ella se sobresaltó ante el contacto y luego se calmó, y le acaricié el cabello. Le pregunté si lo había visto asustado. A mi hijo, ¿lo viste asustado? Pude verla considerando si mentir y luego dijo: sí. Dijo pensé que ibas a matarme. Era demasiado delgada esta muchacha. Le tomé una mano frágil. Las venas le sobresalían de la carne como un bordado. Me rodeó el cuello con los brazos y lloró en mi hombro, y yo me quedé quieta, animándola. Calla, pequeña. Sentí sus dedos en mi pelo.

Permanecí en mi habitación varios días, mirando el mar por la ventana. Al otro lado del mar, nos contó el Emisario, se estaba reuniendo un ejército. La costa estaba tan lejos que la vista no la alcanzaba. Pero el ejército si la alcanzaría y reclamaría todo lo que era nuestro. Que era de ellos, había dicho el Emisario, pero yo sabía que se detendrían ante la muchacha.

Pensé en todos los momentos de mi hijo, todos los momentos que él había tenido. Sostuve allí mi mente como una mano introducida en el fuego. Caminé de la ventana a la cama a la ventana, una y otra vez, no rápido como mi marido, sino despacio, pensando en la curiosidad de mi hijo muerto, y en su miedo. Yo creía que el dolor me daría coraje frente al resto de mis miedos: si lo peor había llegado, no quedaba nada que temer. Pero seguía teniendo miedo. Olía humo, aunque mi ventana no me mostraba otra cosa que la costa y el agua iluminada por la luna. Miré salir el sol amarillo a través de una bruma

estremecedora. mi doncella me contó que ya habían apagado el fuego pero había causado algunos daños. El aire olía a carne y a pelo chamuscado.

Cuando mi marido vino a mí, cinco días después de la muerte de nuestro hijo, estaba vestido con las túnicas blancas del luto. Yo no quería hablarle y di vuelta la cara. Temblaba por la fuerza de mis lágrimas reprimidas, que al fin de todas maneras llegaron, brotaron de mis ojos. Yo no quería ser su mujercita blanda. Dijo mi nombre. En su voz había una pena pura que yo nunca había oído, reflejaba la mía a la perfección. Lo miré. Su cara, sin edad durante siglos, estaba más vieja de lo que yo la hubiera visto alguna vez. Dijo que era demasiado tarde. Incluso si devolvía a la muchacha, era demasiado tarde.

Yo le dije que todavía teníamos otros dos hijos.

Él dijo que esos hijos vengarían la muerte de su hermano. O yo, dijo, y la rabia entró en su voz. Se golpeó fuerte el pecho con las manos. Dijo que mataría a la criatura él en persona.

¿Por qué lo mandaste a él? Era apenas un niño.

Quiso darle al niño una oportunidad de gloria, derrotando a un adversario fácil. No era una batalla, y él no era demasiado chico, mi marido había combatido y vencido a una edad menor.

Él no era como tú.

Era hijo mío tanto como tuyo.

¿Por qué, por qué? ¿Lascivia? ¿Todo esto por un polvo?

Dijo que no. Dijo que no me debía ninguna explicación.

Pensé en una vez en que mi marido y yo habíamos corrido a través de un prado. Yo corrí lo más rápido que podía y él corría apenas unos pasos por delante, girando la cabeza para mirarme, incitándome a avanzar, riéndose. Éramos mucho más jóvenes en ese entonces. Yo me había sentido como si hubiera sido yo la que corría delante de mí en mi marido. Sentí que corría adelante y me miraba a mí misma detrás y era también la que iba atrás mirando adelante a mi marido. Paramos de correr y nos miramos fijo sin hablar. Nos veíamos a nosotros mismos dentro de la otra persona, sintiendo el núcleo resonante que había perseguido a su pareja a través de varios nacimientos y renacimientos. La parte que decía: sí, tú. Yo no sentía como una suerte sino como un derecho de nacimiento el haber encontrado a mi marido. A la manera en que una podría entrar en la casa donde pasó la primera infancia pero a la que nunca había regresado desde entonces. El recuerdo de la habitación tenía el mismo peso y borrosidad de un sueño, aunque existía fuera de la mente. La mano se apretaba contra las frías paredes de aquella casa.

Estábamos en lados contrarios de la habitación y paramos y nos

miramos. Mi marido era enorme y apuesto, y tenía la cara morena. Me sentí impactada dentro de mi propio cuerpo y mente; no podía entrar en el suyo. No podía alcanzarlo y no estaba segura de querer. ¿Regresaría a mí? Había sido un buen rey en otros tiempos, y, aún más improbable, un buen marido. Pero ahora no era ninguna de las dos cosas.

Durante las semanas siguientes, la vida estuvo raramente tranquila. Yo no tenía ni interés ni permiso de participar en el planeamiento estratégico, la reunión de tropas, la fortificación de los muros del Capitolio. En cambio, trabajaba en mi jardín en ruinas. Llevó una semana despejar los escombros. Árboles centenarios habían resultado arrancados de raíz, los hice acarrear fuera de allí. En un tiempo de paz. a esa madera, apreciada por encima de todas, la habrían tallado en forma de fragantes sillones y camas; ahora cortaron los troncos y los quemaron como leña barata. Cuando terminaron, la tierra estaba picada de hoyos. El suelo rico, margoso, aparecía, a través de la piel de hierba arrancada, húmedo y negro. Tenía un olor agradable. Reuní un puñado y lo estrujé entre mis dedos. Cuando llegue el ejército, pensé, va a encontrarme aquí. Voy a quedarme aquí a aferrar la tierra de mi hijo con mis manos. Estaba asustada. Seguí estrujando el puñado de polvo. Se me metió en las uñas. Solo quería quedarme allí, y me quedé un rato largo, muy quieta.

Al día siguiente planté nuevos brotes y semillas. Llamé a la muchacha y ella vino de buena gana. Parecía aliviada de estar afuera. Nos arrodillamos juntas sobre la tierra. Le conté que su marido venía en su busca. Ella dijo que sabía. Unas semanas más, le dije. Asintió. Tenía los brazos punteados de rojo, donde la habían picado los mosquitos. Dijo que se pasaba la mayor parte del día durmiendo o mirando por la ventana. Pero sus sueños eran a menudo de que estaba durmiendo o mirando por la ventana, así que nunca sabía cuándo había estado soñando y cuándo había estado despierta. Se ponía muy oscura su celda en las noches sin luna, y abría los ojos y pensaba que se había quedado ciega: era una especie de oscuridad que no refluía cuando la vista se acostumbraba. Entonces me miró y dijo que le parecía asustada. Triste, le dije, con aspereza, pero insistió: asustada. Su marido era bueno y justo y clemente y me perdonaría la vida cuando viniera. ¿El justo y clemente que observó cómo su hermano le rebanaba la nariz a una mujer? Entonces se enfureció y apartó la mirada.

Empezamos nuestro trabajo. Era un espectáculo extraño para asistentes y guardias, dos reinas haciendo trabajo de sirvientas. Con una pala pequeña hice hoyos en el suelo y coloqué tres o cuatro semillas con cuidado. Luego tapé el hoyo que había hecho y le di a la

tierra un poco de agua, vertida de una vasija de cobre. La muchacha no necesitaba instrucciones. Parecía cómoda con los dedos en el polvo y los brazos cubiertos de tierra. Parecía muy joven y feliz, transpirando un poco cuando el sol caía a plomo, igual que sobre mí, oscureciéndonos la piel. Vamos a trasladarte de nuevo afuera, ahora que todo quedó despejado. Asintió. Le dije que mi marido era un buen hombre. No dijo nada. Le pregunté si me había oído. Me preguntó qué esperaba que dijera. Nada, le contesté. Quería que supieras que era un buen hombre, eso es todo. Había sido un buen hombre.

Cuéntame, ¿te acuerdas de tu madre?

Dijo que sí, que por supuesto se acordaba.

No en abstracto, del concepto de madre, sino ahora mismo, ¿te acuerdas de ella?

Dijo que sí.

Cuéntame cómo era.

Era como oír tus propios latidos. Si te detienes un minuto y te quedas quieta por completo, puedes oírlos. Todo el tiempo está contigo ella, pero nunca te das cuenta hasta que piensas que te das cuenta.

¿Así son las madres?, le pregunté. ¿O solo su madre?

Solo la suya, pensaba ella, aunque no sabía. Su madre era la única que había conocido. Quizá todas las madres fueran así. Yo no estuve con mi hijo en el jardín. Me enjugué de nuevo la cara.

Tal vez no.

Cuando la miré, había bondad en sus ojos y su boca. Fue suficiente para que por un solo instante disminuyera mi dolor y, a pesar de todo, la alegría entrara corriendo en el espacio que eso había abierto.

Mi marido continuó visitándome por la noche. Tenía una energía maníaca. Parecía casi feliz. Era terrible mirarlo. Tuve sueños donde le rebanaban la cabeza. En mi angustia encontraba a mis hijos, fumando con los soldados, bebiendo y charlando, o planeando estrategias a altas horas de la noche. En voz baja les pedía que se rindieran al enemigo y se ahorraran lo que se venía. Por supuesto, se negaban. Una vez, el mayor se puso furioso y me dijo traidora. Podía verlo tendido en el piso del palacio con moscas arrastrándose por sus mejillas y sus ojos. Y recordar la dulzura de su primera palabra, mamá, brotando gozosa de sus labios. Él moría primero en mis sueños, con una flecha en el ombligo, como el padre. El hermano moría por la espada. Yo los sostenía. Tomaba sus manos en mis manos y las besaba. Les rodeaba con los brazos los anchos hombros y no me rechazaban, más bien se ablandaban por una gracia misteriosa y me dejaban hacer. Reuní y guardé todo eso, sus voces y sus olores y el sonido de su risa ronca, y

sus manos, cortadas y magulladas y fuertes y rematadas en uñas amarillas duras. Mi marido me dijo que si yo no paraba con la histeria, me haría encerrar en mi habitación. Me encerraron en mi habitación durante varios días. Me pasé la mayor parte de esos días despierta pero en un extraño estado que no era ni de vigilia ni de sueño. No tenía hambre y solo comía frutos, que me traía la muchacha. Se la veía limpia y saludable y bien alimentada incluso sin mis cuidados. O tal vez fuera mi madre quien me apoyaba la mano en la frente. ¿Mi madre, una rana? Tenía ojos brillantes, anfibios. Yo estaba de pie en medio de un fuego. Sentía arder mi piel y el dolor era un alivio. Me llegaban las voces de los muertos, mi hijo y los que no habían muerto todavía. Tuve tanto miedo que empecé a llorar. Las lágrimas se me evaporaban antes de formarse. El fuego solo dejó mis huesos. Hubo un ruido potente como ninguno que yo hubiera oído antes, el chillido de algo metálico. Entonces salí del fuego.

Estaba en calma y en silencio la noche. Yo estaba sola en mi habitación. Miré mi cuerpo, acostado en la cama, entero, vestido todavía del blanco del luto. Mareada cuando me incorporé. Sola. Aspiré hasta llenarme de aire los pulmones. Busqué a tientas el lugar donde había estado el miedo y no lo encontré. ¿Dónde estaba mi rabia? Al cabo de un rato entró una asistente y me dio agua para tomar. El combate había empezado, dijo. ¿Mis hijos? Habían ido a la batalla ¿Mi marido? Conducía el ataque. Me dijo que yo ya había superado la fiebre. ¿Había estado soñando? Sí. ¿Estaba soñando ahora?

No, dijo. No, yo no estaba soñando.

Me bañé y me vestí y fui al jardín. La muchacha estaba durmiendo liviano bajo el árbol y se despertó antes que la tocara. ¿Es la hora?

Todavía no.

Dijo que yo ya no parecía asustada.

No, dije. No estaba asustada.

Dijo que sentía vergüenza.

¿Por qué? Esto no tiene nada que ver contigo. Oímos a lo lejos gritos, y metal contra metal, y un ruido como a fuego. Tomé su cara entre mis manos. Voy a echarte de menos.

Me besó las manos. Pequeños brotes, noté, pinchaban la tierra, creciendo imperceptiblemente de las semillas que habíamos plantado. Incluso esta noche. Arranqué uno del suelo y me lo llevé a la boca, un verde amargo. Nos quedamos sentadas juntas un largo rato y esperamos el amanecer.

PLACERES TERRENALES

Conocí a Krishna en una fiesta. Es difícil creer que me hayan invitado a un lugar tan glamoroso. Pero en aquellos tiempos tenía una amiga que tenía una amiga a la que la invitaban a esas cosas, y de vez en cuando me pedía que la acompañara. Yo tenía un solo vestido para ponerme todas las veces y unos zapatitos de terciopelo. Era joven y pobre, y a menudo sentía una especie de agradable anhelo de riqueza que sabía no se haría nunca realidad. Iba caminando hasta el centro y miraba con la misma hambre las delicadas sedas que cubrían los maniquíes de las vidrieras y a las mujeres de elegante osamenta que las llevaban puestas en su carne viviente y se pintaban la boca en forma de rojos corazones y los ojos en forma de cuchillos o agujeros negros donde poner el deseo. Esas mujeres también estaban en la fiesta donde conocí a Krishna.

En el mito, tenía piel azul, y en la vida, también tenía piel azul. Había visto fotos de él en revistas de celebridades, pero no era fotogénico y muchas veces sostenía algo con lo que se cubría la cara. Su piel en esas fotos era a veces de un extraño negro azulado y otras veces de un matiz más pálido, un cielo de las cinco y media en verano, cuando el sol empezaba a pensar en ponerse. En exteriores siempre llevaba puestos anteojos de sol, de modo que la gente no podía vede nunca los ojos. Yo había mirado muchas veces esas fotos desde niña, y compraba las revistas nada más que para seguir mirándolo. Había en él algo feo que se me imponía. Feo, o lastimado, o una especie de anhelo que parecía difícil de articular. No era que sintiese pena por él, más bien podía imaginarme manteniendo con él una conversación. Sentía que él podía percibir en mí algo secreto; su mirada, filtrada por los anteojos de sol. el libro o la chaqueta que sostenía en alto para bloquear su cara, parecían sin embargo tangibles y me llamaban. Sentía que debía de estar imaginándome esa conexión, pero no pretendía mentir. Para mí, allí estaba.

El departamento era tan grande que era una sorpresa que estuviera en una ciudad; daba la sensación de ser la mansión campestre de alguien. Los colores estaban amortiguados. La gente relucía allí, hablando en voz baja con tragos en la mano. Yo, la amiga de la amiga

y la amiga entregamos nuestros abrigos. No sentía ninguna vergüenza por mi vestido, que era negro, comprado de segunda mano, de modo que estaba un poco raído: le había cambiado un botón perdido en la cintura por un pequeño imperdible de bronce. Estaba perversamente orgullosa de mi vestido y mis manos grandes de campesina con las uñas sin pintar. Me agarré un trago de una bandeja y miré por la ventana, donde la ciudad espejeaba como si la hubieran adquirido para ese preciso fin. Luego paseé la vista por toda la habitación y vi a Krishna. No tenía puestos anteojos de sol. Cuando levantó la vista hacia mí, por un momento sentí que me faltaba el aire: yo era una campana y él me había tocado. Jamás sentí la mirada de otra persona como una fuerza física. Nos preguntamos: ¿era un dios? Sus ojos brillantes no revelaban nada. Él era más brillante de lo que me esperaba, azul como el cuello de un pavo real. De traje sencillo, camisa blanca, chaqueta azul marino y sin corbata. Llevaba el pelo oscuro largo atado en la coronilla.

Francamente, estaba rodeado. La fiesta entera giraba a su alrededor, como sin saberlo. Hasta la gente de los bordes externos volvía inconscientemente el cuerpo en su dirección. La amiga de la amiga le susurró a la amiga:

—No pensé que fuera a estar aquí.

—¿Lo conoces?

—Claro. Nos encontramos algunas veces. Viaja un montón.

—¿Qué tal es? —pregunté yo.

La amiga de la amiga sonrió con su hermosa boca pintada:

—Ca-ris-má-ti-co.

Podía llamar a casa y contarle a mi madre: esta era mi vida glamorosa en la ciudad. Ella me había contado historias de él a la hora de ir a la cama, de modo que yo me había dormido y había soñado con él. Contarle que lo habían seguido al baño, habían salido al balcón y le habían ofrecido cigarrillos, se habían tropezado entre sí para conseguirle un trago y lo había observado bajar y llamar un taxi y desaparecer en su interior, sin ser capaz de decir una sola palabra. ¿Qué habría dicho yo? Por la mañana, tomé una taza de café negro y dibujé su cara en el periódico. Mi mano parecía moverse por sí misma. Era una mañana fría con una bruma espesa proveniente de la bahía, una mañana sombría que hacía parecer a la ciudad construida tan sólo de ceniza, niebla y hierro. Tenía una resaca que me hacía sentir sequedad en la boca y en torno a mis sienes se edificaba una jaqueca. Precisaba ese aire frío en la cara.

Afuera, las calles estaban vacías: era demasiado temprano para un desayuno—almuerzo. La mayor parte de la gente no se había

despertado todavía. Me calcé el abrigo, sumergiendo la mitad inferior de mi cara en la bufanda. Me sentía como si estuviera buscando algo, a alguien: sí, a él. Me lo imaginaba, solo en su hotel de cinco estrellas donde podía observar la ciudad desde una altura magnífica sin salir de la cama. Era un misterio lo que hacía, cómo pasaba el tiempo. No afirmaba ser nada. A veces negociaba tratados entre países y daba clases de filosofía en universidades de Delhi y París. Se rumoreaba que había bailado con Baryshnikov en Nueva York en una temporada de verano sorpresa El día en que murió mi padre, vi en el periódico un artículo sobre conversaciones de paz de Krishna en Medio Oriente, que no habían terminado en nada definitivo, pero habían establecido un rumbo nuevo para la diplomacia. Me lo figuré en el desierto, con los ojos protegidos del resplandor por sus anteojos de estrella de cine. No se ponía pantalla solar yo sabía que su piel, como la mía, era demasiado oscura para quemarse.

Cuando regresé a mi departamento, sentí que la piel me ardía. Me quité todas las capas y me quedé parada en ropa interior frente al lavabo, tomando agua fría de la canilla con un vaso de metal. Debía de ser así: su presencia la infectaba a una como un virus. ¿O era únicamente a mí? Me sentí sola.

Era mi infancia la que había sido solitaria. Vivíamos lejos de la gente y no tenía hermanos. Leía libros a montones. Había un gato montés que domestiqué dejándole afuera pequeños cuencos con leche, y le hablaba en voz suave mientras él la lamía hasta que se acostumbró a mí. La primera vez que traté de acanelado, me rasguñó el dorso de la mano y me hizo salir sangre; la herida se infectó. Todavía se ven rastros en el dorso de mi mano, la izquierda, tres líneas pálidas. Como sea, no me desalenté y seguí dejándole leche afuera, hasta que me dejó tocarle el cuello y el lomo, frotarle la cara entre mis manos y rascarle las paletas de los hombros, finalmente alzarlo. Le hablaba. Salíamos a caminar juntos por el bosque y yo le contaba todas las cosas que me preocupaban. En voz baja, porque no quería que oyera nadie. Tenía la sensación, ya entonces, de que la mayoría de las cosas eran secretas. Mi familia era así. A todos nos habían entrenado desde el nacimiento para guardar secretos, y los guardábamos muy bien. Mientras fui pequeña y todavía necesitaba hablar, podía metérselos al gato en los oídos. Más adelante, y durante muchos años, practiqué el silencio. La parte complicada del silencio es su peso, la carga que le impone a una palabra o un nombre en particular que se queda sobre la lengua sin decir. Esa palabra o nombre puede crecer con el tiempo, hasta llenarte la boca, los pulmones, la panza, de lo malo y lo bello de su ausencia. Jamás conocí a una persona capaz de soportar un peso como el que yo tenía. Por lo

menos, nadie que pudiera soportar *mi* peso, *mi* silencio. Las relaciones con frecuencia terminaban antes de empezar. O a veces el medio duraba meses, pero siempre llegaba el final. No era una cuestión de falla o culpa. Era peso nomás. Estaba todo bien, excepto las veces en que no.

Pero yo era joven. A veces me creía hermosa. Me gastaba todo mi dinero en pinturas y lienzos. Vivía en el mismo lugar diminuto donde pintaba y aspiraba el olor atroz incluso mientras dormía. Aunque nunca fumé, me encantaba tomar. Me quedaba delante del espejo con un vaso de ginebra pura en la mano y la boca abierta, practicando una risa de cóctel. Practicaba pararme sobre los pulpejos de los pies en tacos altos, caminando de una punta de la habitación a la otra. ¿Para quién o para qué practicaba? Vagamente, me imaginaba algún momento, alguna fiesta, donde giraría la cabeza en el ángulo perfecto y me reiría perfecto. En realidad, no tenía ningún fin. Tomaba hasta que los ojos se me ponían borrosos y sentía el cuerpo pesado y me acostaba en el medio del piso. Así era como tomaba sola. En público, me ceñía a vino blanco, o cerveza, y solo tomaba lo suficiente para sentir que empezaba. Quizá volvía después a casa y tomaba un poco más. O ponía una canción que me gustaba y la bailaba, o me comía una tostada. Era un placer volver a casa después de una fiesta y encender todas las luces y sacarme los zapatos y bailar. O verter miel en un trozo de pan untado con una gruesa capa de manteca, para tener comida en la boca. O probar un primer sorbo picante de alcohol auténtico, ginebra o vodka. Esos eran los placeres secretos del cuerpo que los animales también deben sentir. Dormir era un placer, quedarse dormida en la cama o en el piso. Dejar que alguien me metiera adentro los dedos o la verga, moverme tibia contra su piel. Estaba sola, a veces solitaria, tenía jaquecas; sí. a veces me sentía desesperada. Pero no podía negar que mi vida contenía todos los placeres terrenales que cualquier persona pudiera esperar.

Sonó el teléfono, no era Krishna. Era mi madre, o el propietario, o un amigo o la compañía telefónica para hacerme una oferta exclusiva en las tarifas de larga distancia. ¿Por qué pensaba, todas las veces, que sería él? ¿Por qué me aclaraba la garganta y exhalaba con un leve resoplido antes de decir hola?

Llovió semanas y semanas sin parar. Mi departamento se volvió muy caluroso y yo tenía un dilema con las ventanas: cerradas, el olor de mis óleos era demasiado intenso y me mareaba; abiertas, podía entrar agua y arruinar mis pinturas. Estaba haciendo bocetos para una obra nueva que tenía que ver con el sonido. Tenía interés en hacer algo visual que remedara la experiencia elemental de escuchar música.

Tenía interés en las afinidades entre luz y ruido y me sentía muy segura, por alguna razón, de que podía crear algo nuevo. En realidad, lo que buscaba era el momento en que mi vista se encontró con la de Kríshna en aquella fiesta, que fue físico y tenía peso y sonido.

Una de esas mañanas me desperté con un antojo de arte y fui corriendo al museo a sentarme frente al Rothko que tienen ahí. La sala que contiene la pintura no tiene ventanas, solo una luz constante sin origen que parecía negar la existencia del día. la noche, la nube. Me quedé sentada un rato, quién sabe cuánto. Tenía una manera de meterse en mí, esa pintura. La sala se llenó y se vació varias veces. Hubo momentos en los que sentí que iba a derrumbarme. El rojo y el azul tintineaban uno contra el otro. Luego el banco se inclinó con un peso nuevo, y miré a mi lado y vi a Krishna. Estaba muy pulcramente sentado como un gato que ha recogido sus garras, y vestido con ropa discreta: una camisa azul a cuadros y vaqueros gastados y botas de cuero blando. Su piel parecía acallada. Estaba azul tormenta, casi gris. Tenía el pelo recogido en una trenza que le caía por la espalda, un entramado complejo que yo había intentado una vez y no había logrado dominar.

—¿Qué le ves? —Tenía una voz normal, suave, aunque, una vez que la oí, me pregunté qué me esperaba. El acento que matizaba sus vocales era inubicable.

—Nada —dije—. Lo que es, nomás. Solo colores.

—A mí me pareció como una magdalena.

—Tal vez tengas hambre.

Eso le divirtió.

—Sí, tal vez.

El espacio entre nosotros se había abierto, pero en el pequeño silencio que siguió, pude sentir que volvía a cerrarse.

—¿Fumas? —dije.

—No; no puedo.

—¿No puedes?

—No debería.

—No deberías. Bueno, ¿quién debería?

Se tocó los labios con un dedo.

—Tú tampoco fumas.

—¿Cómo sabes?

—Lo huelo. ¿Ibas a ofrecerme un cigarrillo?

—Sí.

—¿Qué habrías hecho si aceptaba?

—Bueno, habría salido y me habría palpado todos los bolsillos y habría fingido que me había olvidado de que se me había terminado el paquete.

—¿Y luego?

—No pensé tan lejos. Tal vez hubiera ido a la tienda de la esquina a comprar un paquete.

—¿Y hubieras fumado uno?

—Sí. Si encontrábamos un encendedor.

Tenía miedo de mirarlo. Tan cerca, podía oler con nitidez el sándalo y algo parecido a enebro. Miraba el Rothko y sus zapatos. Eran de color marrón oscuro, gastados, y tenían hebillas en vez de cordones. Pero lo sentía tranquilo, sonriente. Era fácil. Era un sueño de amigo.

—Tú estabas en aquella fiesta.

—¿Te acuerdas?

—Soy bueno para las caras.

—¿Te divertiste?

—Bueno, esas fiestas…: no. Estoy cansado de esas fiestas.

—¿Por qué vas?

—La gente se ofende mucho. No sé. No debería ir. —Entonces suspiró y se puso de pie— Voy a buscarme una magdalena, ¿te gustaría venir?

—Sí —dije yo.

Krishna nunca salía con nadie; por lo menos, los tabloides nunca pudieron pescarlo en medio de un romance. Todo el mundo tenía preguntas acerca de su cuerpo. Lady Baby afirmó en una entrevista que había dormido con él y Krishna nunca dignificó esa aserción con una respuesta. Pero la mayoría de los rumores se concentraban en torno a mujeres de la máxima élite mundial, no a estrellas populares de oropel: actrices y princesas, mujeres que jamás se jactarían de sus conquistas o desamores. En mi caluroso. diminuto departamento, Krishna tocó todas mis plantas, y después que sus dedos pasaron por allí, las hojas parecían más verdes. Algo de agua de la lluvia exterior le había quedado en el pelo y a mí me moqueaba la nariz. Nos habíamos comprado las magdalenas y las habíamos comido mojadas en la calle, bajo la lluvia. Nos sacamos los zapatos mojados, las medias mojadas. Las uñas de los pies de Krishna eran igual de rosadas que las mías.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café?

—¿Café de filtro?

Sonreí.

—Puedo hacer de filtro si te gusta.

Me gustó observarlo moverse por mi departamento aunque estaba desordenado, con ropa y libros y zapatos desparramados por el piso. Había bocetos por todas partes y muchos libros semiabiertos, y platos

con mendrugos de tostadas y saquitos de té posados en un círculo sucio de color.

—¿Dibujas?

—Pinto.

—¿Qué pintas?

—Nada. Formas.

—¿Puedo ver?

—De ninguna manera.

Parado cerca del lienzo, que yo giraba hacia la pared cuando no estaba trabajando, me di cuenta por primera vez de lo pequeño que era él, para nada más alto que yo los dos descalzos. Hasta ese momento el glamour de su presencia lo amplificaba, pero de repente, por un único instante, la magia menguó y pareció pequeño y común. Hasta el color de su piel, que pareció ahora próximo a un color humano, como marrón.

—¿No las muestras nunca?

—Solo cuando están listas.

—¿Este soy yo? —Había levantado el periódico donde estaba dibujada su cara, que yo no había tirado. Me dio placer mirar sus ojos, sus labios, aunque también vergüenza. Podía cerrar los ojos por la noche y superponer su cara en la cara que yo había dibujado, moviéndose por propia voluntad, según se movía mi mente, volviendo a él.

—Sí.

—¿Estás enamorada de mí?

Tanto me sobresalté que no pude mentir.

—Sí.

—Yo no puedo amarte.

—¿No puedes, no deberías, no vas a?

Él meneó la cabeza y recibió el café cuando se lo di, lo enfrió pasándolo entre dos vasos. Luego fue a pararse junto a la ventana. a tomárselo en pulcros sorbos. La ciudad, bajo la lluvia, parecía insustancial, el paisaje urbano semibrumoso de un sueño. Pero él parecía bien real. Seguí comparando su realidad con las cosas, él con las plantas, él con el vaso, él con el póster colgado en la pared.

—Oí hablar de que tú también pintas.

—¿A quién se lo oíste?

—Lo leí. En los tabloides.

—No deberías leer esa basura.

—Bueno, ¿pintas?

—Picoteo en montones de cosas. No diría que soy pintor.

—Estudiaste con Keró.

—¿Eso dicen en los tabloides?

—No. En algún otro lado, tal vez. tal vez en una revista de arte. Tal vez alguien me lo contó.

—¿Qué quieres preguntarme, en realidad?

La pregunta me dio permiso para mirarlo a la cara, directo a los ojos. Eran ojos, nomás. ojos castaños, como los que podría tener cualquiera, orlados por las pestañas tupidas, onduladas, de un chiquillo. Con todo, cuando mi vista se encontró con la suya, otra vez pasó a través de mí el sonido. Y lo susurré:

—¿Me conoces?

No bien lo dije, sentí susto por la respuesta. Él me tocó la mejilla con los dedos, frescos y secos como hojas.

—No —dijo— ¿Cómo podría conocerte? Acabamos de encontrarnos.

Esa nochecita me senté con mi copa en la mano frente al espejo y me forcé a llorar. Nunca me había visto llorar y tenía curiosidad de ver qué parecía. Solo había visto los efectos posteriores —la nariz y los ojos rojos, el rosado extraño de la boca— mientras me lavaba la cara con agua fría, tratando de borrar las señales de la angustia. Normalmente, cuando lloraba, era firme contra la almohada, sin ningún sonido, casi sin respirar. Lo que ahora quería era la cosa entera: la formación de la lágrima, el calor en ascenso, la respiración que se hacía irregular. Quería la cara cubierta por el lustre de las lágrimas y el moco, como una especie de óleo. ¿Cómo empezar?

Tomé un sorbo de mi trago. Me calentó la garganta y luego el estómago. Tomé otro sorbo. Pensé en mi padre, la distancia, mi madre, mi casa de la infancia. Pero muy pronto vi que pensar en esas cosas taponaba todo, las lágrimas y los pensamientos. No sentía tanto tristeza como vacío de cara a los recuerdos. Herméticamente sellados, sellados de mí misma. Intenté otra vez.

Pensé en que un verano una chica de mi edad se había mudado con su familia a una casa de mi misma calle. Corrie. Tenía mejillas tibias y brillantes y una mirada penetrante que confiaba en una; era tres meses mayor que yo, nacida en invierno. Me encontré con ella una tarde cuando mi madre me mandó a buscar la correspondencia. Estaba parada en botas de goma calle abajo, tan diminuta que pensé que me la había imaginado. Pero ella me había visto, porque gritó algo: “¡Ey!”, y yo, con un susto tremendo, dejé la correspondencia en el buzón y entré de vuelta en casa a la carrera. Fue igual durante otros tres o cuatro días, y cada día ella se acercaba un poco más, hasta que, para el quinto día, estaba parada junto a mi buzón con una manzana en la mano.

Yo había visto niños antes, por supuesto. A veces iba a la ciudad con mi madre a comprar comestibles o a ver al doctor o a hacer un examen. Me asombraba que parecieran charlar más o menos de nada, que preguntaran cosas con énfasis, lo cómodos que parecían en su entorno, comiendo golosinas, hablando entre sí, tan seguros del mundo y su funcionamiento. Me parecía absurdo pedir lo que quería, y sentía por ellos una especie de desdén, por lo menos desde lejos. Pero Corrie era real. Estaba parada junto al buzón, casi igual de alto que ella, igual de alta que yo, pelirroja y con unos graciosos ojos amarillos que podían pasar por castaños bajo cierta luz.

—¿Vives aquí?

—Sí.

—Nosotros acabamos de mudamos allá —señaló. Su casa estaba retirada del camino, los costados azules aparecían en los pequeños huecos de entre los árboles. Habíamos observado su construcción durante casi un año, con nerviosa curiosidad, a la espera del día en que llegaran camiones de mudanza—. ¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—Yo tengo ocho y tres cuartos. ¿Quieres saber por qué soy tan pequeña?

—¿Porqué?

—Mi madre dijo que nací prematura. Eso quiere decir antes de tiempo. Cuando era bebé, tuvieron que guardarme en una cajita de vidrio como una princesa en el hospital. ¿Cuándo cumples años?

—El 15 de agosto.

—¿No vas a preguntarme cuándo cumplo yo?

—No.

—¿Porqué?

—No sé. ¿Qué importa?

—Es educado.

—¿Por qué hablas tanto?

Se encogió de hombros.

—Es normal —dijo—. Así habla la gente.

Recuerdo su cuerpo diminuto, sus no pechos. Le veo las costillas a través de la piel como a un caballo. Dormimos en la misma cama, mi cama, que era alta y estaba muy cerca del cielorraso. Por un rato, sin hablar, respirando. Hablando a través de la respiración. Ella tenía un lunar en cada mejilla que la hacían parecer adulta. A la luz. su cara era azul, su piel.

—¿De qué color es tu vagina?

—¿Qué?

—Tu vagina.

—¿Qué es eso?

Señaló.

—¿Tú cómo la llamas?

—Nada.

—Tal vez sea de distinto color.

—Nunca miré. ¿De qué color es la tuya?

—Rosa, supongo. No veo si miro yo misma.

—¿Debería mirar yo?

—Bueno.

Tuve la sensación de que íbamos a entrar en un lugar secreto, y esa idea me alarmó y me alivió al mismo tiempo. Yo sabía lengüetear secretos en silencio durante horas, arrancándoles el acidulzor como a un caramelo duro. Ella se incorporó, con la cabeza casi tocando el cielorraso, y encendió la linterna que nos habíamos llevado a la cama, para leer bajo las mantas. Dejó colgando las piernas por el costado de la cama mientras se bajaba los pantalones cortos, luego el calzón, y se quitó la falda con torpeza por arriba, luchando para liberarse la cabeza, luego se sentó, pequeña y pálida y desnuda en mi cama, balanceando las piernas, justo al lado del haz de luz de la linterna, que formaba un círculo amarillo frío detrás en la pared.

—Acuéstate —dije.

Se acostó.

—Hazte la muerta.

—Bueno.

Cerró los ojos. Yo acerqué la cara a su panza y le olí la piel: como pan antes del horno. Y el olor que busco ahora en mis amantes, a tientas con apenas una semisensación de estar buscando algo: el suave olor humano a piel, sudor, cuero cabelludo, rastros del funcionamiento y el movimiento del cuerpo a lo largo del día. ese olor que es el rastro del tiempo acumulado en la piel, que no se puede borrar con un baño o una ducha caliente.

La piel se encontró con la piel y presioné con los dedos para abrirla. Bajo la luz era un rosado puro, apagado, como el interior de una caracola. Sentí un pico de sensación, que creí repugnancia, y retiré rápido la mano. Ella había soltado un suspiro.

—Tu turno.

—Estás muerta.

—Ahora estás muerta tú. ¿De qué color era?

—Como dijiste. Rosa.

Me acosté de espaldas para sentirlo, el frío de la muerte viniendo a mí como aire helado. Ella tironeó de un labio con dos dedos sin delicadeza, como si lo inspeccionara en busca de defectos, y la sensación hizo pico otra vez, más secreta. Esta vez era física, la

sensación. Su peso me hizo jadear. Me sentía tan feliz y asustada como podría estarlo un fuego artificial. Sus dedos estaban fríos.

Se le sobresaltó la voz:

—Ay, es fea —dijo—. Es morada.

—¿Morada?

—Marrón. Marrón o morada.

Me apoyé en los codos y ella me alumbró la cara.

—Como tus labios.

—Mentira —dije.

—No. es cierto —dijo ella, manteniendo la luz en mi cara, donde me encandilaba los ojos. Alcanzaba a verla a ella a través de esa película de luz. solo en un esbozo. Pero su voz no era cruel, solo táctica—. Tus labios no son feos, pero tu vagina sí.

—La tuya también —le espeté y me choqué la cabeza con el cielorraso al incorporarme, porque no tuve cuidado.

Ahora, en el espejo, me examiné. Tenía los ojos secos, pero mi cara tenía un aspecto algo feroz. Tomé un hermoso sorbo del trago, hasta terminarlo, luego me serví otro. La memoria evidentemente no ayudaría. Pero recordé una escena que había tenido lugar frente a mi ventana tres días antes, de un hombre en el cruce peatonal al que se le había caído un fajo de papeles y tuvo que arrodillarse para recogerlos, con desesperación en aumento cuando la luz cambiaba de verde a amarillo, sin saber si quedarse en el cruce peatonal y seguir juntando sus papeles o retirarse a la vereda y observarlos desparramarse con el viento a lo largo de la calle ajetreada, donde sería imposible recuperarlos. Recordé la expresión de su cara en el momento del verde al amarillo. Y al fin en el ultimísimo segundo se levantó y caminó hasta el cordón, meneando la cabeza.

Sentí el comienzo de las lágrimas segundos antes de que aparecieran, pinchándome los rabillos internos de los ojos. Luego toda la orilla de mis ojos se llenó y desbordó, como un exceso de agua servida en una copa, pero de manera despareja, con el ojo izquierdo llenándose más rápido que el derecho. Observé el enrojecimiento de mis ojos. Los labios estaban ondulados, casi enredados, mostrando dientes. El calor en mi cara. Bebiendo, me amé a mí misma, esa cara que nunca había visto. Bebiendo, y llorando en mi bebida, no con tristeza. De que no era con tristeza estaba segura. O no tenía el vocabulario para expresar lo que sentía. o bien no existía la palabra: era un color, azul. Pero una dice la palabra azul y todo el mundo piensa en algo distinto. Fui al baño y me soné la nariz con una toalla azul.

—¡Madre, conocí a Krishna!

Pero nunca hice esa llamada. Pensé en eso todo el tiempo. No se lo conté a nadie.

Cuando empecé a pintar el nuevo lienzo, mis días adquirieron un ritmo particular y constante. Me despertaba a la mañana con una jaqueca horrible y me hacía una taza de café de filtro con un montón de azúcar. Mientras esperaba que se enfriase, me comía un bol de cereales, me ponía la ropa de trabajo y me sentaba un rato frente al lienzo, pintando mentalmente lo que pintaría físicamente durante el día. Trabajaba a partir de un boceto elaborado que había hecho unas semanas antes. Esbozaba campos de color en el lienzo; dentro de esos campos, veía las líneas con tanta precisión como un trabajo de hormiga y al poco rato estaba buscando mis pinceles más pequeños, examinando con los ojos entrecerrados los movimientos diminutos del color. Alrededor de la una o dos sentía mucha hambre y comía todos los días el mismo sándwich de queso y luego trabajaba hasta el anochecer. A veces me salteaba la cena remplazándola con unos tragos y encendía el televisor, no para entretenerme, sino más bien para tener algo que ignorar. Me quedaban pocos meses hasta que se me acabara la beca y me gastaba el dinero en alquiler, pinturas y bebidas, saliendo poco de la casa excepto para reponer mis provisiones de las últimas dos cosas.

Durante ese tiempo, me invitaron a tres fiestas y fui a todas. Una la organizaban unas personas a las que había conocido en la escuela de arte y que tenían los tatuajes más hermosos del mundo, donde tomé más de lo que tenía pensado y besé a más personas de las que recuerdo, y me llevé a uno a casa y lo dejé acabar dentro de mí sin preservativo, porque en ese momento, inconteniblemente, quise eso, más que nada que hubiera querido alguna vez. Por la mañana fui a la farmacia con una jaqueca enceguecedora a conseguir la píldora que necesitaba tomar y luego la tomé, tragándola con mi propia saliva allí mismo en la farmacia porque no quería perder tiempo. La segunda fiesta y la tercera las organizaron amistades de la amiga de una amiga, en casas increíblemente hermosas, con alfombras que daban la sensación, si una caminaba descalza sobre ellas, de que estuviera caminando sobre una hierba fina y suave. En esas dos fiestas no tomé mucho y miré a cada persona con desesperada esperanza cuando pasaban por la puerta, pero nunca eran Krishna. No estaba en ninguna parte. En los periódicos hubo un repentino silencio sobre él, incluso en los tabloides.

—Estás delgada —dijo Krishna. sentado en el exacto escalón del medio de la escalera alfombrada por la que se subía a mi departamento. El séptimo. Me sorprendió tanto verlo que casi se me cae la bolsa que traía, llena de cosas frágiles. Era marzo, hacía frío

para la época y mi abrigo estaba sucio y yo hedía. El viento había cerrado de golpe la puerta de entrada a mis espaldas.

—Gracias.

—No te estoy alentando. —Azul como higos en una naturaleza muerta, en camiseta y vaqueros y zapatillas de lona como un veinteañero y con una enorme gorra blanda que le ocultaba todo el pelo— ¿Necesitas ayuda?

—No —dije. Me intercambié de brazos las bolsas—. Pasa.

Al entrar con él, noté el olor de mi departamento, el denso olor fuerte del color que a mí me consolaba pero a él podría asfixiarlo. Afuera estaba despejado pero hacía frío: abrí las ventanas y encendí la calefacción sin preguntarle y empecé a hacerle café. Él se sacó las zapatillas y los anteojos de sol y examinó, como había hecho la primera vez, recogiendo los bocetos que yo había dejado tirados por ahí. Era demasiado tarde para intentar juntar la ropa sucia que estaba por todas partes, de modo que lo dejé mirar.

—¿Has estado trabajando?

—Sí.

—¿Puedo ver?

—No.

Se quitó la gorra. Debajo el cabello había desaparecido; solo un pelaje ralo, de aspecto suave, sobresalía apenas del cuero cabelludo.

—¿Qué pasó?

—Nada. Me lo corté.

—Era hermoso.

Se encogió de hombros.

—Crece.

—¿Dónde has estado?

—¿Qué dicen tus tabloides?

—No han dicho nada de ti. —Entonces me sonrojé, sabía que no debía seguir leyendo esas cosas. Pero ¿de qué otro modo iba a saber?

—Te traje un regalo.

—¿De veras?

La mano se sumergió en el bolsillo del pantalón y reapareció con un abalorio chato de color azul. Extendida, su palma era rosa durazno, y tenía una línea en los costados que delimitaba con claridad el rosa del azul.

—Es vidrio marino.

Lo agarré y me lo apreté contra la mejilla. Era frío y extrañamente tierno.

—¿Dónde estuviste?

—En varias partes. Fui a casa por un tiempo.

—¿Mathura?

—No, ahí es donde nací. Vivo en Kerala Bueno, tengo allá una casa.

—¿Qué haces cuando estás allá?

—Nada. Estuve tranquilo. Me quedé tranquilo un tiempo, nomás.

—Una vez estuve en Mathura.

—Ah, ¿sí?

—Sí, cuando era más jovencita. Hacía frío allá. Todo el mundo en la estación de tren tenía chales enrollados en la cabeza.

—¿No vas a guardar tus provisiones?

—Más tarde.

—Guárdalas ahora.

—¿Porqué?

Se sentó en mi mesita.

—¿Estás avergonzada de algo?

—Todo el mundo está avergonzado de algo.

Le serví el café. Sus rectos dedos azules tamborileaban sobre la mesa blanca.

—Yo no.

—¿De nada[7]?

—No.

—Debe de ser bueno para ti.

—Es una elección.

—No pedí consejo.

—No estoy dándolo.

Me senté con él a la mesa, en el otro lado de la misma esquina, para mirarlo sin mirarlo demasiado abiertamente, con la posibilidad de por lo menos verle la barba incipiente que parecía de un día o dos, centelleante a la luz que entraba por la ventana. Alzó el vaso y vertió el café de uno a otro, de una manera que se me ocurrió ostentosa. alejando cada vez más los vasos mientras que la cinta marrón del café se adelgazaba sin llegar a romperse.

—¿Cómo es Kerala?

—¿Nunca has estado?

—No.

—Deberías ir a visitarme.

—¿Cómo es?

—Es muy hermosa, muy verde. Es bueno respirar esa clase de aire. Denso, caliente. Es tan denso que parece líquido: está lleno de olor. En verano es casi insoportable. Pero durante el invierno…

Se detuvo un momento.

—¿Qué pasa?

—Estás distraída. No estás aquí.

—Estoy aquí. Verano… invierno…

—Puedo ver tus pensamientos a la deriva.

—¿Puedes ver mis pensamientos?

—No literalmente.

—Figuradamente.

—Sí.

—¿Cómo son mis pensamientos? ¿Figuradamente?

Se frotó la cabeza con las manos. El cabello estaba tan plumosamente corto que alcancé a verle a través una mancha de nacimiento de color negro azulado detrás de la oreja izquierda, con forma de riñón. Tenía bordes lisos, bien formados, con una curva en eco de la curva mayor de la oreja, como si alguien la hubiera dibujado ahí, ubicada ahí a propósito, para hacer levemente imperfecta su lisa cabeza. Pero era una imperfección perfecta. Me enfureció.

—Pálidos, delgados, uno tras otro, de aspecto anémico. Borrosos.

—¿Mis pensamientos son anémicos?

—No te confundas con las palabras —dijo amable—. Ya sabes a qué me refiero, ¿no? Cierra los ojos.

Los cerré.

—¿En qué estás pensando?

—No sé.

—Bueno, no los digas en voz alta. Solo nómbralos mientras pasan.

La mancha de nacimiento de Krishna. ginebra, ginebra, la cara de mi madre cuando cocinaba. Las muñecas delgadas de Krishna. Mis pinturas, esas caritas, los ojitos. Ginebra. El primer sorbo de ginebra que tomé, a los trece, lo escupí en el piso de la cocina. El olor a alcohol es similar al olor a pintura. La palabra pintar se parece a la palabra penar y al rato de estar pintando te duelen los brazos, las muñecas. Las muñecas de él parecen tan delicadas como para partirse en dos.

—¿Ves ahora?

—Pero yo pinto.

—Pintas.

—Pintar requiere fuerza, pensamientos fuertes.

—Los usas todos para el arte y luego no queda nada.

—Bien. Quiero pasar toda mi vida en el arte.

—No es necesario, y de todas maneras no puedes.

—¿Tú qué sabes de eso?

—Nada —dijo él. Su cara se mantenía muy tranquila, aunque en la mía estaba filtrándose la furia—. No me prestes atención si crees que estoy equivocado.

—Los pensamientos de las personas no se parecen a nada. Es un truco para fiestas.

—¿Qué hay en la bolsa?

—Cuéntame tú. Pareces saber de todas maneras.

—Ginebra —dijo—. Tres botellas de ginebra y una botella de vodka. Quieres que me vaya así puedes tomar un poco.

—No.

—¿No? ¿Tres botellas de vodka, una botella de ginebra?

—No. No quiero que te vayas.

Volvió a ponerse la gorra.

—Pobre criaturita humana —dijo.

En un sueño, Krishna me convocaba a Kerala. En su casa penetraba el exterior y la llenaba de aire denso y animales errantes. Pavos reales con sus gritos gatunos, y leopardos, y culebras e insectos iridiscentes y chacales y mangostas, yo pasaba de habitación en habitación, cada espacio humilde recubierto del algodón blanco limpio del luto. En medio de una amplia cama blanca estaba acostado Krishna tapado a medias con una sábana de algodón, un mármol azul que desaparecía en un vaso de leche. Tenía el pecho desnudo y liso como la superficie inmóvil de un lago.

—¿Krishna?

Sus ojos se abrían. Los mismos ojos castaños que había visto yo en la vida de la vigilia, sin alteraciones por el estado de sueño.

—Me alegra que vinieras.

Estaba en la cama con él. Estábamos acostados, sin tocarnos, los dos desnudos, bajo la sábana. Levanté la sábana y agaché la cabeza para mirarle la bonita cosa, fuerte y compacta como un luchador.

—¿Es cierto que tienes mil esposas?

—¿Eso también te cuentan tus tabloides?

—No. Mi madre me contó. Dijo que con tu más amada nunca te casaste. Y con el resto tuviste que casarte por razones políticas.

—¿Tú qué piensas?

—Pienso que, si es cierto, tienes problemas para decir no.

Se rio.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Claro.

—¿Puedo mirarte el interior de la boca?

Se acercó. Pude sentir su calor muy cerca. Muy cerca pero todavía sin tocarme. Podía olerlo, el sándalo, el enebro, la ausencia de ese olor mortal que siempre encontraba en la piel de mis amantes.

—Por favor —dije. Y luego agregué, con desesperada tristeza— Ya

sé que esto es solo un sueño.

Me agarró, sentí su piel a mi alrededor, extrañamente fresca al tacto como agua abrazadora, mientras él empujaba dentro de mí, como agua desbordada a través del meollo, la extraña flotabilidad del agua del mar Muerto, fresco-seco, clamoroso, en movimiento a través de mí otra vez y otra vez. Tenía la cara plegada en concentración, dócil, como si estuviera rezando. Tenía un feo nido de cicatrices pegado en el hombro derecho, una herida en forma de palma que parecía nunca curada del todo. La rocé con los dedos. La sangre de él estaba allí mismo, separada de la mía por apenas dos delgadas capas de piel. Cuando nuestras caras quedaron alineadas, la suya arriba de la mía. él cerró los ojos y, como si estuviera a punto de cantar o chillar, abrió la boca.

Sí, allí vi lo que sabía que vería: los tres mundos suspendidos en la oscuridad, cada uno resplandeciente como una estrella.

Vi a una chica parecida a Corrie en el almacén lejano que tenía el alcohol más barato y la seguí de una góndola a la otra. Era un jueves a la tardecita. Al principio la seguí para estar segura de que era ella, pero en la góndola de los *snacks* resolví que era por la manera en que se movía, con la misma torpeza amistosa con la que se había acercado a mí tantos años antes, aunque había adelgazado y solo me atreví a mirarle la cara de perfil, de modo que solo podía verle uno de los dos lunares simétricos. La última vez que la había visto era en la escuela secundaria. Su familia se había mudado de vuelta a la ciudad y la mía había decidido mandarme a la escuela mis últimos tres años porque estaban cansados de que estudiara en casa, tal vez. o tal vez porque mi papá cambió de trabajo y tenía que ir a una oficina en vez de trabajar desde casa, así que podía llevarme en auto a la pasada. Nada bueno vino de esa decisión, por supuesto. A una chica urbana aerotransportada a la naturaleza de Alaska no podría haberle ido peor que a mí en el almuerzo, o en la clase de gimnasia, con aquellos horribles pantalones cortos. Corrie ya no me conocía: me borró, y no la culpo. Cuando la miraba, ella siempre miraba para otro lado. Parecía como si, cuando nos juntábamos de niñas en aquellos actos vespertinos, hubiéramos comprobado nuestras respectivas naturalezas esenciales: una especie de radiante plenitud en Corrie, impecablemente rechoncha de adolescencia, y una fea desalineación en mí, mi cuerpo adolescente un revoltijo de ángulos tétricos.

—¿Corrie? —Tuve que repetir el nombre para que la chica se diera vuelta. Vaqueros ajustados, chaqueta ajustada, zapatillas, todo negro. Y ella era delgada, marcadamente delgada, y bonita, de piel clara, inmaculada. Pero no había lunar al juego en la otra mejilla y los elementos de su cara se resolvieron de una manera por completo

distinta cuando la miré de lleno.

—Lo siento, creí que eras esa chica con la que fui a la escuela secundaria.

Se encogió de hombros.

—Tal vez soy. Fui a una escuela grande.

—Pero no te llamas Corrie.

—No.

—¿Cómo te llamas, entonces?

—Athalie.

—Jamás había oído ese nombre.

—Es francés. Mi madre es francesa.

—Es curioso, tienes un lunar… justo en el mismo lugar donde tenía ella. Justo aquí. —Me toqué la mejilla izquierda en espejo con la derecha de ella.

—Ah, ¿este? —Sonrió—, Me lo dibujé.

—¿De veras? ¿Porqué?

—Y…, una marca de belleza. Te pones una imperfección en la cara para hacerla parecer más perfecta. Mi madre… —Se detuvo, sonrojada —. Bueno.

—Es perfecta. Tu cara. Tiene todo simétrico. Está perfectamente alineada.

—Son los genes, nomás —dijo ella—, ¿Estás tratando de seducirme?

—Creo que sí —dije.

Eran las siete, nochecita, pero, al igual que el museo, el almacén no tenía ventanas y estaba iluminado por su propia luz blanca azulada. Y yo había encontrado a Corrie. Sus caderas esbeltas de niña y su cara ahora flaca. Quería ponerle las manos encima. Era más baja que yo ahora y parecía más frágil. Me había cepillado los dientes antes de salir, así que mi aliento no estaría demasiado alcohólico, aunque mi única expectativa había sido hablar con un cajero.

—¿Vas a hacer una fiesta? —dijo Athalie, mirando mi canasto lleno de botellas.

—Sí, ¿quieres venir?

—¿Cuándo es?

—Este fin de semana.

—Bueno —dijo. No me quedó claro si me creía.

—¿Puedo acompañarte hasta tu casa?

—… me levantó en un almacén, quiero decir, yo nunca había hecho algo así, te juro…

Oí que mi voz decía, muy bajo:

—¿Corrie?

Luego su cara estaba allí, encima de la mía, casi, casi su cara. El lunar de la mejilla izquierda estaba borroneado, no, derecha mía entonces izquierda de ella, borroneado, y su cuello de cisne, desnudo, sus pechos desnudos, al descubierto, toda ella, sus pies descalzos. Corrie no. ¿Por qué seguía pensando en Corrie?

—Corrie no. Corrie ni siquiera me gustaba. Athalie.

—No sé cómo te llamas.

—Radika.

—Radika. Suena a con hipo.

Sentí el gusto a cigarrillo en su boca. Me senté en un sillón azul. Desnuda en un sillón azul. Caliente—frío. Muslos abiertos contra la tela áspera, mi extraña barriguita y mis pechos, el abalorio azul que me regaló Krishna suspendido entre medio, colgado con un lazo de hilo dental de sabor a menta. Corrie era más hermosa. La lujuria le abría los labios. Gusto húmedo a cigarrillo.

—¿Puedo ponerte el lunar en la otra mejilla?

—Sí, ¿te molesta?

—¿Te parezco bonita?

—¿Bonita? No, no. Esa palabra no significa nada cuando te miro. Tu forma, y tu color…: como si una flor fuera una criatura, eso eres tú. Athalie. Suave y brillante y amor—osa.

Corrie con un lunar en cada mejilla. Esos ojos color miel que te hacen tener ganas de lengüetear el iris. Regresando a los lugares que ella ha tocado. Sus pezones y su lengua rosa caracola. Indefensa en mi vergonzoso placer: *Corrie, lo siento…*

¿Dónde estuve? ¿Qué había pasado? Me pareció haber visto a Krishna, pero al rato me di cuenta de que no, como en un deseo con forma momentánea, había sido otra persona que llevaba, por un único instante, su cuerpo. Dormí y me desperté y me levanté con mi ropa, hedionda, y la habitación se ladeó y se enderezó varias veces. Era como caminar en un terremoto, o sobre el agua. Me dirigí al baño y vomité en el inodoro.

No era mi inodoro. Las baldosas de este baño eran azules. Las toallas estaban limpias y eran hermosas. En el lavamanos había un jabón en forma de caracola. El espejo contenía una cara sorprendida. La piel se veía cetrina bajo el reflejo de la luz azul, mis ojos inyectados en sangre.

Era un departamento hermoso, lleno de sol. Por un momento casi no podía ver por el dolor que me causaba la luz. Luego, mis ojos se enfocaron, un sillón, una puerta abierta, una cama deshecha, una nota en la mesa de la cocina, al lado de un cuenco de madera lleno de

limones. Agarré uno y me lo acerqué a la cara, para olerlo, saboreando el color brillante con los ojos, como si eso fuera a despertarme. Luego me vestí y me lavé la cara en el lavamanos y me fui del departamento. Oí el cierre de la puerta a mis espaldas. Me paré delante del edificio solo para orientarme.

¿Qué calle, qué día, cómo me llamaba? Eso vino primero. Cuando tuve las sílabas en la boca, pude repasar mentalmente las calles de la ciudad y ubicarme. Empecé a caminar. Tenía la boca seca. ¿Qué había pasado? Presioné mi mente contra el recuerdo de la noche anterior. Luz, luz, luz caía a mi alrededor como lluvia. Saqué un nombre: Corrie. Fui bien hasta el borde del recuerdo. Entonces decidí que no quería recordar y aparté la mente.

En casa, me quité la ropa y me tomé una pura ducha caliente y sentí que volvía. Para cuando terminé, estaba casi curada. Me hice y tomé una taza de café negro, en ropa interior, me atraqué con un cuenco de cereales y me vestí con la ropa de trabajo. Era buena en ignorar jaquecas. De hecho, muchas veces las cosas que detestaba de estar con resaca eran las cosas que también me gustaban: el recordatorio constante de que una está viva, en posesión de un cuerpo. Tu cabeza dice: ‘cabeza". Tu panza dice: ‘panza ’. Y tu mente se sale de ahí.

Tomar puede ayudarte, por supuesto, pero yo nunca tomé en un día de trabajo, una mañana cuando estaba pintando, que era todas las mañanas, incluso los domingos: había sido muy estricta en esa regla. Porque el trabajo era tan minuciosamente detallado que sabía que necesitaba los dedos rápidos y ágiles. Hoy, sin embargo, no tenía nada que ver con que mi cabeza dijera "cabeza” y mi panza dijera panza'. Era solo esto: quería el gusto a eso. Por ninguna otra razón que el hecho de que sería un gusto agradable. Sería una sensación muy agradable en la lengua y bajando por la garganta. No para emborracharme, por supuesto que no. Hacía falta mucho para emborracharse, de todas maneras. Solo sentir el gusto en la boca para moverme mientras trabajaba.

Había olvidado las botellas que había comprado la noche anterior en el departamento en el que me había despertado: no importaba. Estaba proactiva. Solía tener cerveza o vino en la heladera hasta que me di cuenta de que era un derroche de dinero y después de eso solo compraba bebidas blancas. En un estante alto de la cocina guardaba una botella de vodka de reserva para emergencias, creo que como la gente guarda armas, como consuelo.

Esa mañana sabía que tenía que seguir trabajando, pero solo iba a sentir el gusto. Sabía eso cuando me subí a la mesada para llegar al estante de arriba, y la botella estaba fresca en mis manos cuando la bajé, un caballerito amistoso, ruso, con un elegante capuchón azul. Me

sentí, de golpe, muy alegre. El ruido que hizo el capuchón cuando lo giré para sacarlo fue crujiente, como el de una zanahoria fresca al partirse por la mitad. Era innecesario ensuciar un vaso, así que apliqué los labios a la botella. El instante anterior a que el líquido me pasara por los labios y me tocara la lengua no tenía ningún pensamiento. Ninguno. Mi cuerpo, hambriento, abierto, en estiramiento, era singular en su foco de atención. Era un estado como de rezo.

Cinco sorbos, luego volví a treparme y coloqué de vuelta la botella. Me sentí bien: más clara, más firme. Me paré frente a mi lienzo y lo miré. Lo sentí grande, y no había mucho trabajo que hacer. Saqué la paleta de la heladera y oscurecí un pincel con color, casi arbitrariamente. Entonces volví a pararme frente al lienzo. Tan solo lo miré. Empecé a sentir por mi proyecto esa cosa fea que de algún modo había evadido milagrosamente hasta ese momento: duda. Tanto trabajo, ¿para qué? De un lienzo de siete pies por diez, había llenado apenas un rinconcito. ¿Quién lo vería? ¿Quién lo querría? ¿A quién le importaría?

Era como estar parada en un podio aclarándose la garganta una y otra vez en lugar de hablar. Me quedé allí parada una hora, tal vez más, incapaz de trabajar, incapaz de abandonar, simplemente parada allí. Tuve que bajar directo a mi meollo y tocarlo antes de poder poner más color en ese lienzo. Y aun después de eso, el trabajo fue lento. Pero trabajé. Pude decir eso en cuanto a mí: pintar requiere fuerza, y yo era fuerte. Si mi mente vagaba, vagaba, yo la traje de vuelta, como siempre.

Esa vez perdí unas horas pero no un día entero.

Cuando viera de nuevo a Krishna. si es que volvía a verlo, se lo mostraría. No estaba terminado, pero se lo mostraría de todas maneras. Solo para demostrar que mis pensamientos eran fuertes. Si él viera mis pinturas, no cabría duda alguna. Podría amarme. Podría dejarme en paz.

Pero las mañanas. El martillo trabajó en mí y me desperté seca y frágil, o ya hecha pedazos. Requirió más tiempo juntar los pedazos. Me quedé acostada varios minutos u horas. Una parte de mí le hablaba a la otra parte, cansada, murmurándole casi con bondad, pero después de un rato cambiaba de táctica y mi mente empezaba a reprenderse. Qué increíble repertorio de insultos al que recurrir tenía. Casi podía ver la cara de mi padre cuando se desabrochaba el cinturón. Puse los pies en el piso. Bien. Fui al baño y me cepillé los dientes. Hice café negro y me lo tomé, varias tazas. Innecesario el desayuno después de eso. Me puse la ropa de trabajo.

Y entonces, el desliz. Lo vi venir antes que llegara. Pero necesitaba algo, algo de coraje. Me trepé y bajé la botella La paré sola en la mesada. La miré. Algunos días el espectáculo de la botella era lo más hermoso que miraba en todo el día. Rectangular con las esquinas redondeadas, la inscripción estaba en letras grandes, en bloque, ese desenfadado capuchón azul. Dentro el líquido era absolutamente claro, igual que cualquier pedazo de cielo, si una lo separase del resto. Primero solo un olor, vigorizante, con mi nariz sobre la boca de la botella. Luego la primera hermosa degustación, como una puerta que se abre. Luego venía una segunda degustación. Luego apoyaba la botella Podía llegar incluso tan lejos como hasta poner de vuelta la botella en su estante. Me ponía el abalorio azul en la boca y lo chupaba como si fuera un collar de caramelos. Pero pensar en Krishna muchas veces me hacía sentir vergüenza Escupía el abalorio azul y lo dejaba secarse contra mi pecho. Volvía a treparme y tomaba otros pocos tragos parada sobre la mesada. La ponía de vuelta en la alacena. Volvía a bajar. Me quedaba parada con las manos agarradas a la mesada, con los ojos cerrados. Ahí estaba el estado perfecto en el cual podía seguir pintando, que me embotaba pero no me desordenaba. Podía seguir pintando y estaba contenta. Me sentía contenta de veras. Pero sin alcohol suficiente me sentía ansiosa. físicamente ansiosa de tomar más. Y en exceso me hacía querer acostarme en el piso y observar al sol deslizarse a través del cielorraso hasta el mediodía o más tarde. Era la diferencia entre dos tragos y tres, o entre tres tragos y cuatro, o la diferencia entre nueve sorbos y diez, o entre nueve sorbitos más un sorbo grande y diez sorbos de tamaño normal. Encontraba muchas veces el estado, solo que demasiado tarde, después de ya haber tomado más, y solo era capaz de atravesarlo. Como estar en un tren que redujera la velocidad pero no se detuviera en tu estación, cuando estabas llegando tarde, y en pánico observar cómo pasa la estación. Traté de tomar nota del número mágico, pero era un objetivo cambiante: un día la cantidad que tomaba me dejaba en estupor, al día siguiente no era siquiera suficiente para emborracharme.

Perdí muchos días.

Una tarde me encontré en un parque: tenía una idea de haber tenido ganas de estar rodeada de gente, no para hablar, sino solo para estar cerca y verle la cara. Estaba templado. Me senté en la hierba. Era lindo sentir el sol en mis brazos y el picor de la hierba contra mis piernas y palmas. Había una pareja sentada en una manta y me senté detrás, solo para oírla hablar. Desde donde estaba sentada alcanzaba a verles las caras, solo de la manera en que sus cuerpos giraban uno hacia el otro, como un par de paréntesis. El hombre con la mano en el cabello negro de la mujer. Yo no quería la mano de ese hombre, ni de

ningún otro hombre, en mi cabello. Solo oír la voz de ella en movimiento por encima de los ruidos que hacían los niños con los juegos de juguetes. la música metálica proyectada desde un teléfono celular a unos pies de distancia, el parloteo de los pájaros que ascendía como una niebla del suelo de los árboles. Saber que esa tarde un hombre y una mujer estuvieron sentados en un parque hablando de la madre de ella.

Después de un rato se acostaron de espaldas en la manta y dormitaron. Tres personas emprendedoras distintas ofrecieron venderme una galleta de hierba, o un *brownie* de hierba, o un sándwich con hummus de hierba, todo lo cual rechacé. Cada vez que se acercaba a mí una persona, me resultaba impactante recordar que yo existía en el mundo humano, junto con todo el resto. No me sentía humana en absoluto. Me sentía como un perro que husmea por ahí y come cortezas de pizza que encuentra en la basura. O menos: un pajarito y su migaja. O tal vez yo fuera el gusano.

Era la nochecita cuando me desperté del frío y caminé de vuelta a casa. Estaba entrando la neblina. En mi boca, un gusto metálico canturreaba y yo sentía el cuerpo extrañamente pesado. Cuando llegué a casa, me di cuenta de que todas mis plantas estaban muertas, todas menos una: un helecho deshilachado que resistía aferrándose a la vida. Le acaricié con el pulgar las hojas que empezaban a amarillear. Lo llevé hasta el lavamanos y le abrí encima la canilla para que se mojara la tierra y el agua se escurriera por abajo. A las demás no pude mirarlas.

Tengo pensamientos fuertes.
Tengo *pensamientos fuertes.*
Tengo pensamientos fuertes.

Me temblaban las manos. Estaban con pereza, distraídas, como dos niñas en pañales que no le prestan atención a la madre. Manos grandes, cuadradas, inadecuadas para el trabajo delicado que yo les pedía. Vagaban. No eran mías.

Enfrente del Rothko estuve y estuve sentada. Nunca me había parecido tan hermoso. Existía fuera del espacio, del tiempo, del dolor y del anhelo. Era solo sí mismo, solo color. Azul y rojo, y el color que formaban al tocarse. Si pudiera entenderlo…: sentí que era mi deber. Me quedé sentada allí y traté y traté de entenderlo. Al mismo tiempo me resultaba claro que no había nada que entender. No tenía nada que debiera explicarse y no necesitaba ninguna explicación. Con todo, yo me sentía en el deber de decir algo al respecto. Mi mente se

enroscaba en torno al problema, formando un nudo cada vez más fuerte, y empecé a llorar. No estaba triste, solo cansada de no saber. Rothko había desaparecido y ya no podía decir nada, y, aun si pudiera, podía no saber él mismo la respuesta. De hecho, yo sabía incluso que él no sabría, porque no había, no había ninguna respuesta. Ni siquiera había ninguna pregunta.

Sentí una mano amable en la parte baja de la espalda y me sobresalté. Pensé que el guardia, que cuando entré en la galería me miró cansado, venía ahora a pedirme que me fuera. Pero era Krishna.

—Pensé que podría encontrarte aquí.

—¿Me estabas buscando?

—Tú me estabas buscando a mí.

Me enjugué la cara con la manga del buzo.

—No quiero acertijos en este momento.

—¿Qué quieres, Radika?

Meneé la cabeza.

—¿Fuiste alguna vez a la Capilla Rothko de Houston?

—No.

—Te gustaría muchísimo. Es un espacio muy despejado, muy sencillo. Ahí una persona puede sentirse muy tranquila.

—Sí, pero estás en Houston.

—Algunas personas pueden sentirse tranquilas incluso en Houston —dijo él. Yo no quería mirarlo: no quería verme reflejada en su cara. Quería demorar ese momento lo más posible. No sabía exactamente lo que vería allí, pero sería uno de dos colores, lástima o repugnancia, o alguna combinación. Veía ese color en tantas caras ahora, cuando pasaban junto a mí, si me veían, y no quería verlo en la de él—. Hay claraboyas que como que esparcen la luz por las pinturas. Las pinturas cambian a medida que se mueve la luz. Imagínatelo. La luz las pinta, y la nube. Existen en el mundo y fuera de él.

—Rothko murió, ¿no es cierto? Se mató antes que estuviera terminada la capilla. ¿En qué medida puede ser apacible?

—Es distinta de esta. No tiene nada de violento. Él no te distrae con el color. No te pregunta.

—He visto pinturas.

—Las pinturas a veces no alcanzan. Deberías ir.

—Bueno, voy a ir. Algún día voy a ir. ¿Contento?

Muy tranquilo, dijo mi nombre. De la misma manera en que una madre le dice a su criatura "dulzura". Pero yo no quería la ternura de él: no la necesitaba, no la pedía, no la merecía, no me servía. Era como un regalo de cumpleaños para una chica muerta. Me levanté y empecé a alejarme, y supe que él me seguía, aunque no alcanzaba a oír su pisada gatuna. Bajé por la inmensa escalinata de granito que en

mi sensación se parecía siempre a la escalinata de una tumba egipcia. Luego empecé a correr. Corrí a través del vestíbulo y abrí la puerta de un empujón. Afuera hacía frío y la calle estaba llena de gente. ¿Hacia dónde corría? Crucé la calle y me detuve. Estaba parada delante de una fuente que lanzaba un chorro de agua fría, sucia. Me senté en el borde y metí los dedos. Esperaba que llegase Krishna. y llegó, y se sentó a mi lado. Aspiré hondo, intermitente, hasta que empecé a calmarme. Luego me calmé. Lo miré. Estaba vestido de color azafrán: camiseta de algodón, vaqueros de color. Él era el azul más vivido que hubiera visto yo.

TEMPORADA DE CASAMIENTOS

El olor acre del espiral para mosquitos la despertó, justo antes del amanecer. Tejas no había dormido profundamente. Pero Al ya estaba levantada, de pie ante la ventana oscura.

—¿Qué hora es?

—Las cinco cero siete —dijo Al. Estaba en pijama de franela, que aquí parecía muy fuera de lugar. Las paredes estaban pintadas de verde asqueroso y hacía frío. Por la ventana Tejas veía los techos de la ciudad, horizontalmente iluminados por la última luna.

—¿Por qué no sonó la alarma?

—Se descompuso, tal vez.

—Deberías haberme despertado.

—Dormimos mal anoche —dijo Al y se encogió de hombros. Se sentó en la cama. Su cabello era rebelde y dorado, incluso con esa luz, cuando los ojos de Tejas se habituaron. Tenía puesto un suéter de lana gris, que a Tejas le hizo picar los brazos desnudos cuando la abrazó y le besó la coronilla.

—Se te está pegando en serio el pelo en la espalda —dijo Al, sonriente, y puso allí los dedos para alisarlo—. ¿Tienes hambre?

—Es demasiado temprano.

—Yo tampoco.

Se vistieron y salieron de la habitación. El bicitaxi las dejó en la puerta norte, desde donde tenían que caminar. El amanecer estaba levantándose sobre la ciudad y daba al cielo un color rosado a través de toda la contaminación. Olía, incluso allí, a goma quemada. Las seguía un hombre con un canasto lleno de domos de nieve, las llamaba por el largo sendero de grava aunque ellas no le prestaban atención y seguían caminando con una tranquilidad deliberada. Les tendía uno y las llamaba mientras compraban sus boletos, una cupulita de plástico con un modelo del Taj Mahal dentro, astillas de brillo arremolinado. Luego pasaron a través de la puerta y de los jardines y se libraron de él. Temprano, pero igual se había reunido ya una multitud. El sonido de la llamada a la oración matutina se extendió levemente.

—Ni siquiera nieva aquí —dijo Al.

—La gente compra cualquier cosa, supongo —dijo Tejas. Examinó a Al, de pie con una mano en la cadera. Llevaba el pelo recogido en una colita y tenía puesto un vaquero y ese suéter áspero. El color le había subido a las mejillas. Parecía una chica del campo—. Si la vendes con suficiente empeño.

Se quedaron esperando, junto a esa puerta, unos minutos, luego entraron. No era tan hermoso como recordaba Tejas. Recordaba la sensación de caminar a través de un sueño, salida de sí misma. Aquí ella se sentía común y corriente, era común y corriente. Al sacó una foto con su cámara digital, examinó la pantalla, frunció el entrecejo y la borró. Para cuando se fueron, era media mañana y la multitud había aumentado. Con todo, el mismo vendedor que las había seguido por el camino de entrada las recordó y volvió a gritarles. Agitaba un domo. Tejas quiso decirle algo feo en hindi y empezó a preparar las palabras con la lengua. Pero Al giró hacia él y tendió la mano.

—¿Cuánto? —dijo.

—Trescientos para usted, señora.

Al acudió a su riñonera y los contó.

—Te está estafando —siseó Tejas.

—Está bien —dijo Al. Le dio el dinero.

—¿Porqué alentarlo?

—Yo quería uno —dijo Al.

El hombre le entregó el domo de nieve. Tenía manos hermosas, palmas rosadas, muñecas delgadas, manos expresivas. Ella trató de mirarlo a la cara, a los ojos, en busca de una pista de cómo podía ser su vida. Agrá era una ciudad desolada, habían descubierto mientras mataban el tiempo cuando llegaron el día anterior pero no podían todavía registrarse en el hotel. El paisaje era gris y extrañamente industrial, y se habían extraviado en una parte de la ciudad que parecía mirarlas con sospecha. Mantuvieron una corriente constante de conversación banal entre ellas, que se volvía más desesperada a medida que pasaba el tiempo. Habían llegado al fin del mundo, aquí, frío y polvoriento. Tejas sentía que estaba perdiendo el hilo de sí misma.

Nada en los ojos del hombre lo delató. No sonrió, le enfrentó la mirada con serenidad, sin inmutarse, no se volvió lascivo. Era un buen hombre, pensó Tejas de repente. Al agitó el domo de nieve mientras se alejaban, y el agua hizo espuma arriba, los fragmentos de brillo giraron a lo loco, nada parecido a nieve, de todas maneras.

En Goa vivieron una semana en una cabañita. sobre la playa misma. Estaba desierta en esa época del año, cercana a las lluvias, podían sentirla acumularse. El aire a través del cual se movían era

caliente y denso, tenía un peso físico, que las empujaba como una fuerza de gravedad. Lo hermoso del asunto: podían tomarse de la mano, besarse si querían, no había nadie que las viera, y quizá nadie habría sospechado de ellas si las veían. Con todo, eran cautelosas. Tejas se metía en el agua mientras Al se quedaba en la costa. El agua era densa en sal, y suave, lujosamente suave, como sábanas de ricos. Ella tenía puesto un traje de baño enterizo, de corte modesto. Miró hacia la costa, donde estaba Al. Al tenía una falda encima del traje de baño y se había sacado los zapatos. Estaban separadas por una distancia de diez pies, tal vez quince, pero Tejas alcanzaba a verle las diez manchas de color en las puntas de los pies, anaranjadas. A unos pocos pasos había una vaca acurrucada como un perro y durmiendo en la arena. Las palmeras de la costa estaban todas inclinadas hacia el mar. Tejas le hizo señas a Al.

—¿Por qué no entras? —gritó.

—Más tarde —dijo Al. Señaló las cosas que habían comprado, las ríñoneras y los libros y la pantalla solar y las llaves de su cabañita.

—No hay nadie aquí.

—Mejor tener cuidado.

Tejas asintió. Por un minuto, de cara al mar abierto, estuvo sola por todos los costados. El océano producía una sensación distinta que el Pacífico, más compasiva, y el aire era más denso que en casa. Casi como que estaba soñando, cuando se sumergió, sintiéndose sola y con el agua contra ella. Cerró los ojos y se movió en el agua, se arrodilló en el agua, mojándose el cabello. Estaba tan hermosamente cálida que sintió como si estuviera bailando, y volvió a arrodillarse, resurgió, riéndose, sola. Como una criatura en movimiento, moviéndose por instinto. Ciega contra el agua, volvió a arrodillarse, a sumergirse, con la marea baja. El espacio de sí, puro, vacío, no estaba lleno de nada, ni siquiera de preocupación.

Se limpió la sal de los ojos y miró de nuevo a Al. Un grupo de chicos locales había aparecido a no mucha distancia, pateándose entre sí una pelota de fútbol. Al los observaba con interés. Eran todos adolescentes, los chicos, con camisetas y pantalones cortos y sin calzado, de pantorrillas flacas. Uno pateaba la pelota hacia la rompiente y las olas la devolvían lavada. Una patada sólida y salían corriendo, moviéndose con animación, saltando como perros.

Al se había levantado. Había encontrado la pelota y la pateó hacia ellos. Los chicos dieron un grito de sorpresa, y de placer, las olas se tragaron sus palabras, pero Tejas alcanzó a oír el tono, y las aristas de la risa de Al. Entonces la incorporaron al juego.

Tejas salió del agua. Se sentó en la costa y se secó, frotándose los brazos con mucha fuerza y, cuando Al regresó a su lado, riéndose y sudando, Tejas le agarró un pie lustroso y se lo apretó.

—Dejaste nuestras cosas.

—No fui muy lejos.

—Podrían habernos robado.

—No hagas eso —dijo retirando el pie.

—Mi otro primo se casó con una chica blanca.

—Pero eso es distinto, ¿no?

—Tal vez. De todas maneras, era del lado de mi papá.

Estaban acostadas en la cama, mucho después del anochecer, con el mosquitero alrededor. Se oía un perro que ladraba, el zumbido del ventilador y el reclamo en picada, estremecedor, de algún pájaro nocturno. En la oscuridad, las piernas de Al aparecían blancoazuladas.

—¿Puedo confesarte algo?

—Sí, claro.

—Yo miraba porno hétero. ¿Te da asco?

—¿Te gustaba?

—No sé —dijo Al—. Un poco, supongo.

—No me da asco —dijo Tejas—. ¿Bertie?

—¿Sí?

—¿Vas a decirme que no me quieres más?

—¿Porqué?

—No sé. Tengo esa sensación, como que quiero oírte decir eso.

—Pero no es cierto.

—Ya sé.

Se apagó el ventilador y la luz que entraba del patio delantero se oscureció. La habitación se volvió calurosa y quieta. Tejas estaba acostada de su lado, de cara a Al a la distancia. De golpe afuera los perros ladraron en un frenesí.

—¿De nuevo? —dijo Al—. Ahora nos agarran de veras.

—Tenemos la red.

—Tiene agujeros.

—Les gusto más yo —dijo Tejas— De todas maneras, ¿lo dirías?

—No sé por qué quieres que lo diga.

—Bertie —dijo Tejas—, ¿por favor?

—Bueno —dijo Al. Tejas la oyó inhalar mientras se incorporaba—. No te quiero más. ¿Está bien?

—Está bien —dijo Tejas. Lo probó otra vez. La hizo sentir peor de lo que se imaginaba—. Está bien.

—Sientes pena por ti misma —dijo Al, perpleja.

Tejas se había enamorado de Al muy de repente, y solo se dio cuenta una mañana antes de salir para el trabajo. Afuera llovía y Al

estaba tomando un tazón de mitad café mitad leche en la mesa de la cocina, leyendo un periódico tres días anterior. Se iba al trabajo más tarde que Tejas y tenía mañanas lentas, cálidas, que Tejas envidió desde un principio, aunque ella además volvía a casa más tarde y más cansada que Tejas. No fue nada, una sonrisa, cuando levantó la vista de la página.

—¿Vas en bici?

—Supongo. Si no, llego tarde.

—Ten cuidado. —Luego dijo—: ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa con qué?

—Me estás mirando de una manera graciosa.

Tejas se sintió incontrolablemente tímida y se miró los pies.

—Nada —dijo.

Dos semanas más tarde, fue Al la que la atrajo hacia sí mientras bailaban, apretando la mejilla húmeda contra la de Tejas y gritándole al oído las tres lindas sílabas. Caminar juntas se volvió normal, de la mano. Al se irguió más y avanzó a través de una multitud como una navaja, tirando de Tejas. Estaban en el parque por un concierto gratuito y Tejas se sacó los zapatos, la hierba se aplastaba fresca bajo sus pies. La música la movió. En el escenario, un hombre tocaba el raga de las noches de su primera infancia. Sostenía el largo instrumento contra el cuerpo, moviendo rápido los dedos de un lado a otro del mástil. Los dedos de Al se movían en inconsciente empatía con los del músico. Con qué solidez se plantaba en el suelo, sin resistencia.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta!

Ojos llenos de la otra. Amor, quizá, no un sentimiento, sino una manera de ver. Inundación abierta.

Bombay resultaba sofocante, densamente húmeda, polvorienta, atestada, interminable. Era imposible alcanzar una captación del tiempo y el espacio. Podías pasarte una hora abriéndote paso a través de apenas una sola milla de la ciudad, caerte del mapa y pasar horas tratando de encontrar el camino de vuelta, de repente anochecía y los perros te seguían con esperanzas, y los chiquillos también. El camino corría cada vez más hondo, hacia lo que daba la sensación de ser una aldea, donde chozas con la puerta abierta mostraban habitaciones iluminadas por fluorescentes chillones y destellos de televisor, y mezquitas derramaban rezos en la noche calurosa. La comitiva de ellas se había evaporado y no había otra salida que volver sobre sus pasos: la noche les daba una sensación de anonimato y una penetrante sensación de soledad que no era desagradable. Encontraron el camino

de vuelta a un camino transitado y detuvieron un bicitaxi, que las llevó de regreso.

Tres días hasta el casamiento del primo y toda la familia estaba demasiado ocupada para mostrarles los alrededores. Otras veces, a Tejas se la habían pasado de tía a primo a primo lejano, sin permitirle nunca manejar dinero o dirigir la jornada, a menudo dejada horas en habitaciones llenas de parientes que hablaban rápido en un idioma que no entendía. El vagabundeo con Al le daba la sensación de algo ilícito y peligroso, aunque Al no parecía tener conciencia de eso.

Por la noche, dormían en el único dormitorio del departamento de su tía y tío, mientras la tía y el tío dormían en el piso y el sofá de la sala de estar, respectivamente: no había forma de persuadirlos de lo contrario. El aire acondicionado estaba encendido y llegaban los ruidos de la calle, incluso hasta estas alturas, los interminables petardos de los actos políticos, día y noche.

—Me siento como si hubiera fumado tres paquetes de cigarrillos —dijo Al, susurrando por instinto. Tejas se sentía cansada, pero le zumbaba la mente. Tenía el cuerpo nerviosamente pegado al de Al, preguntándose qué les parecería a la familia de ella si entraran. La tenía abrazada y con la nariz y la mejilla apretadas a su pelo. ¿Dormían así las hermanas?

—Delhi es peor.

—Delhi es lo peor.

—Así es. Nosotras somos chicas de Bombay.

Eso hizo sonreír a Al.

—Así es.

—Es extraño estar contigo en esta habitación. Es extraño pensar que esta habitación no te resulta familiar.

—¿Cómo es para ti?

—Aquí es donde vivían mis abuelos. Solía haber un columpio. Y una cama rebatible. Veníamos todos los veranos cuando yo era chica. Ojalá supiera lo que se siente al verla por primera vez.

—¿Porqué?

—No puedo imaginármelo, supongo. Pero me pregunto si te asusta.

—¿No sentirla familiar? Claro que no, ¿por qué me asustaría?

—No hay nada que te asuste.

—Eso no es cierto.

—Tienes más músculo que yo.

—Pero menos tetas.

—¿Y qué? A mí me gustan así.

Al dobló los brazos hacia dentro y le atrajo la cara más cerca. Tejas le apoyó los dedos en las crestas de la columna, que sentía a través de la camiseta, e hizo sentir a Al como una criatura, una extraña. La piel

de Al se amorataba y se quemaba muy fácil, en cambio la de Tejas era gruesa y resistente y extendía el calor del sol a la sangre y los músculos. Muchas veces se preguntaba cómo sería estar en la piel de Al. en su cuerpo, usar sus brazos musculosos, mirar desde arriba sus pechos pequeños, tiernos. Esa falta de imaginación la hizo sentir muy lejos de Al. Mirar en la ducha una pierna blanca poniéndose roja con el calor del agua y pensar: yo, mi pierna. ¿Qué le parecía a Al la India? ¿Qué le parecía Tejas? Quería ver, y no podía, y nunca lo lograría.

—¿Alguna vez piensas en contarle a tu familia de aquí?

—¿Qué?

—De mí.

—No, nunca. ¿Para qué? No entenderían.

—Actúas muy distinto cuando estás con ellos.

—Todo el mundo hace eso cuando está con la familia, ¿no?

—Supongo.

—Tú nunca le contaste a tu abuela.

—Está casi muerta —dijo Al—, Solo la confundiría. Ya sabes eso.

—Sí —dijo Tejas. Apoyó la mano sobre el pecho izquierdo de Al, donde le percutía el corazón, sintiendo la vibración como propia. Los padres de Al eran profesores universitarios y habían presentado con todo gusto a Tejas como compañera de su hija a la familia extendida en el Día de Acción de Gracias antes que llegara la abuelita de Al. El papá de Tejas había requerido un poco más de explicación, pero no opuso ninguna protesta y jugó al ajedrez con Al después de la cena mientras Tejas lavaba los platos. La partida fue tranquila pero muy larga, y Tejas estuvo acostada en la cama escuchando los espejeos que los grillos producían con la noche de verano, imaginándose los golpecitos de las piezas al moverse a través del tablero. La partida fue muy disputada, pero ganó ella, informó Al mientras se escurría en la cama. Al lado de Al, Tejas podía cerrar los ojos y olvidar dónde estaba, aunque fuera por apenas un momento. Pero estaban el olor gomoso del colchón indio y el alcanfor de las sábanas. El olor de Al, el olor de su respiración, las semillas de hinojo que había mascado después de la cena. Y luego, dormir.

Salieron ocho a comer: el futuro novio, V, primo de Tejas; su madre; la tía y el tío que alojaban a Tejas y a Al; otros dos primos. Los saludos eran un asunto delicado: a quién abrazar, con quién darse la mano, los pies de quién tocar. Ella empujó a Al adelante y la hizo decir la frase practicada en hindi. Luego pareció más fácil. La madre del novio hizo un chasquido afectuoso con la lengua y palmeó a Al en la mejilla. Los primos le sonrieron, con timidez, a Al, que se había

vestido a toda velocidad y tenía el pelo todavía mojado. Tejas también y se llevaba indecisa las manos al cabello corto. Caminaron hasta un restaurante situado del otro lado de la calle, aunque les costó un rato encontrar un hueco en el tránsito. A las tías les llevó más tiempo. Tejas se sentó al lado de V para la comida y muy pronto se le agotaron las cosas para preguntarle. El trabajo estaba bien. Estaba cansado. Su novia era inteligente y trabajaba para una compañía telefónica, era tímida; la conocerían mañana, en el casamiento. ¿Cómo era la vida en los Estados Unidos? Ponerlo en palabras parecía inútil. Vivía y tenía sexo con una mujer, pasaba los fines de semana en parques y bibliotecas, leyendo novelas, trabajaba en un grupo de apoyo a jóvenes en situación de calle, tomaba cerveza las noches de los fines de semana y salía a bailar. Le contó que las cosas les iban bien, que estaban bien. El padre de ella estaba bien, lamentaba no haber podido venir. El trabajo de ella era bueno.

Del lado opuesto de la mesa, Al recibía del tío una lección de hindi improvisada, consistente en decirle frases cortas en voz muy alta y reírse de su respuesta. Al cumplió como una soldado a lo largo de toda la comida con una especie de calma decidida, terminando todo su plato como le había indicado Tejas para no resultar grosera. Sí, le gustaba la comida, picante, aunque la hacía moquear y le enrojecía la cara, sí, le gustaba la India, le parecía hermosa, aceptaba los cumplidos sobre su propia hermosura y dulzura con un sonrojo cada vez más profundo, más rojo todavía que su bronceado. Luego la conversación pasó al guyaratí y Tejas se desconectó. Estudió a V, sus manos suaves muy parecidas a las de la madre. Tenía la cara redonda perlada de sudor y una sonrisa satisfecha. La comida la llevó hasta muy al límite de la cantidad de picante que podía manejar, le dio vergüenza tanta lucha. Se enjugó la cara.

—¡Ahora, tu turno! —le dijo una tía a Tejas, de repente en inglés —. ¿Cuándo te casas?

—No muy pronto —dijo Tejas, lanzando un vistazo a sus dos primos solteros. Pero ellos eran menores y varones, de modo que podían pasar años hasta que pudieran sacarse de encima la presión.

—Tiene que ser pronto —dijo el tío—. Ya es hora.

—Vamos a encontrarte marido —dijo la otra tía.

—No —dijo Tejas. Le quemaban los oídos—. No necesito ayuda.

—¡Sí que necesitas ayuda, *Betí*! Mírate el cabello. ¿Quién te cortó el cabello así? Como un chico. —La tía. madre del novio, chasqueó la lengua. Era rellenita. la más conversadora de las dos, de piel tersa, fina, infinitamente suave al parecer, rechoncha de vejez— Díselo tú, Halberta.

—A mí tu pelo me parece precioso —dijo Al.

—No, no —dijo la tía— ¡Díselo!

—Tal vez deberías pensar en casarte —dijo Al. Parecía divertirse. El pelo se le había secado en un abrir y cerrar de ojos con el aire denso de la nochecita. Se la veía bronceada y relajada.

—*Hanh* —dijo la tía. satisfecha—, ¿Ves lo que digo?

Durmieron profundamente esa noche, cansadas por el día de caminata y la atención que requiere escuchar a los parientes, aunque una vez, en medio de la noche. Tejas se despertó desorientada y chocó con el cuerpo blando de Al mientras se levantaba para ir al baño. Al abrió la boca, soltó un breve sonido.

—¿Al? —dijo Tejas, ahora despierta.

—¿Mmm?

Tejas le besó la cara tibia. Al le tendió los brazos. Era como en casa. Se besaron, cerraron la boca, Tejas se subió encima. Los ojos de Al se abrieron, azul grisáceo a la escasa luz. Su cara en la almohada estaba inmensamente grande, blanda de sudor y sueño. Mientras más la miraba Tejas a la cara, más grande y menos familiar le parecía, como una palabra dicha una y otra vez hasta que pierde sentido. Luego fue simplemente una cosa junto a la otra, la suave curva de una nariz, toda sombra, los hoyos de sombra donde van los ojos, húmedos y reflectantes, mejillas azules, boca abierta. Tejas apoyó una mano sobre los labios de Al. Su respiración jadeó y le entibió los dedos. Se movieron una contra la otra, en silencio. Tejas cerró los ojos. Llevaban semanas de mantenerse tensas y separadas, era una dulce sensación que la noche tocara todo con olvido. Entonces Tejas empezó a olvidarse de todo. Sus ojos cerrados coloreaban todo de negro, como si estuviera consigo misma en un hoyo, o sumergida en un océano tibio, nadando contra él y tensándose, sintiendo que se levantaba y edificaba. Se edificaba a sí misma, a partir de nada, lo sentía urgente. Sus ojos se abrieron. El cuerpo era la más pura verdad, era todo. ¿Cómo se llamaba ella? El meollo cobraba vida. Alberta. Alberta.

El casamiento fue ruidoso, bailaron juntos en la procesión delante del caballo. Al aplaudía, se reía, transpiraba, con un sari dorado y joyas en el pelo, las manos manchadas de jena fresca. Todo en ella parecía pálido y fuera de lugar y Tejas, tironeando de su propio sari, verde hoja y cubierto de lentejuelas, sintió una extraña sensación saltarina de sobresalto en las entrañas y se movió hacia arriba. Había tambores, una trompeta, la música era densa y ensordecedora mientras avanzaban por la calle estrecha, apretados a ambos lados por edificios bordeados en todas partes por siglos de mugre, aunque hermosos, casi trémulos por el ruido y la multitud. A la familia le encantó ver bailar a Al; ella se lo tomó con el mejor de los ánimos, se reía con ellos. Había demasiado ruido para hablar. Llegaron a la sala y

allí estaba la novia, brillante por todas partes, resplandeciente hasta en las uñas. Tenía las mejillas pálidas y de color marrón claro, los labios maquillados con esmero, rojos. Alguien le untó la cara a V con pasta de sándalo. Fotos, fotos, fotos, luego el novio entró en la sala con la familia a esperar la llegada oficial de la novia. Se sentó en el asiento decorado delante del fuego y revisó su teléfono.

Al y Tejas observaron entrar a la novia en andas, sentada en un palanquín, roja y adornada de lentejuelas, cargada a lomos de sus primos y hermanos. El tambor daba la sensación del latir de un corazón compartido; corriendo con la excitación del momento ella saldría, con los ojos bajos, y sería mirada por todos los ojos, brillante para ellos como una criatura divina. Se la veía tan calma, cabizbaja, radiante, su timidez, daba la sensación de que le pedirían la bendición. Eso nunca sería lo suyo —de Tejas—, nada de eso. Que la familia venga y te lleve a lomos al lugar siguiente. Por un momento la hizo llorar: ella no lo había elegido. Y mientras la ceremonia avanzaba lenta, el monótono sánscrito, las mil ofrendas florales. Tejas posaba la mirada en la novia, una y otra vez. Ahora V se limpiaba la frente con un pañuelo, ahora se tocaba las manos con la novia por encima de una ofrenda, diciendo una frase con su boca y luego dándosela a ella para que la dijera. A todo su alrededor los invitados chismorreaban y se saludaban entre sí y se reían, los niños corrían alrededor de la sala, chillando, ignorados. El calor del día se mezclaba con el calor del fuego y el humo.

Al se movió en el asiento. Se limpió el ojo, tenía algo allí. Luego tomó la mano de Tejas y la besó, rápido, cuando nadie miraba.

LAS VECINAS

En esa época mi hija tenía ocho años y mi hijo acababa de nacer. Yo estaba sentada con él en el césped de adelante y lo hice parar de meterse puñados de pasto en la boca. Estábamos a fines de julio y con un calor caliente, intenso, espeso que me hacía acordar del descenso a los veranos de mi infancia en la India. Mi hijo alzaba la vista hacia los árboles con asombro. Todavía lo bastante pequeño como para parecer levemente absurdo, casi como un pez con la boca y los ojos abiertos, pero a su vez movía un poco la cabeza, agitaba los brazos y parecía, de pronto, sorprendentemente humano.

Mi hija venía corriendo por la calle sin zapatos. La había peinado esa mañana, pero no se notaba al mirarla.

—Mami. se está mudando alguien a la casa de la señora Hildebrandt.

Había un camión de mudanzas detenido en el acceso a la casa vacía situada al final de la calle. Alcanzábamos a ver a través de los árboles. Una chica, luego dos, bajaron del taxi por el lado del pasajero, por el del conductor un hombre alto, luego una mujer de pelo corto.

—¿Dónde están tus zapatos? —dije yo. Observé a la familia cuando abrían la puerta de su nueva casa. De hecho, yo había estado pendiente del lugar desde que quedó vacío. Tenía un plano similar al nuestro, todas las casas de la calle eran de Eichler, pero más sol en el patio, y la última propietaria, una mujer mayor que había muerto unos meses antes, plantaba rosas que florecían incluso en su ausencia y no uno sino dos árboles frutales, limonero y naranjo. Las chicas entraron corriendo primero. La mujer se paró a unos pasos de la puerta, y el hombre detrás de ella. Ella se volvió hacia el hombre para decirle algo. Era mucho más baja que él y tuvo que estirarse para hablarle. El hombre le apoyó la mano en la cabeza, justo en la nuca. Parecía tan vulnerable ahí, en la nuca, con el pelo tan corto, corto como el de un bebé, tan cerca del cráneo blando. Su mano ahí me era familiar, el gesto lleno de ternura brutal de los maridos. No alcancé a verle la cara como para decir si estaba contenta o triste.

Esa nochecita acosté a mi hijo en la cuna y fui al baño a peinarme. Casi enseguida de que lo acosté empezó a llorar y la puerta no amortiguaba el ruido. Yo quería peinarme. Cuando era más joven, tenía pelo tupido y abundante y perfumado, después de lavármelo solía extendérmelo sobre un cesto de mimbre bajo el cual había un pedazo de franchipán encendido. Una vez, de chica, al terminárseme el hilo que estaba usando para tejer un vestido para mi clase de manualidades domésticas, me había arrancado una hebra de mi propio pelo y había enhebrado la aguja con eso. Resultó lo bastante fuerte y resistió.

Por supuesto, perdí bastante pelo después de mis dos embarazos, lo cual según mi ginecóloga es normal. Por un tiempo pensé que el pelo volvería a crecerme, pero eso nunca sucedió. Entonces empecé a peinármelo con menor frecuencia, a veces me olvidaba durante días. Hoy me había acordado a causa de la mujer y su pelo corto, que me había impactado. Pero me había parecido hermosa, incluso a semejante distancia. Me llegaban los gritos maullados de mi hijo, en aumento de tono y de frecuencia El reflejo en el espejo me sorprendió. ¿Quién era esa mujer? Pensé en mí de joven, de chica, y casi no volví a mirarme más. Entonces empecé a peinarme, tironeando con fuerza en los enredos, con tanta fuerza que me sangró el cuero cabelludo. Cuando terminé, había quedado liso y brillante contra mi cráneo.

Fue tres días más tarde cuando le abrí la puerta a la vecina. Había hecho una horneada de galletitas pálidas y parecía estar llevándolas de regalo en una visita al vecindario entero. De cerca era mayor de lo que me esperaba, mayor que yo, su cara toda ángulos, al igual que su cuerpo, tan delgado que era huesudo. Tenía puesto un vestido azul pálido que le dejaba al descubierto los brazos pecosos y las piernas. Bajo el ojo derecho la piel estaba ligeramente oscurecida, el fantasma de un moretón. Sus dos niñas estaban detrás. La mayor era sin duda de la edad de mi hija: la menor, de no más de tres años, rolliza, de cabello dorado brillante, como una muñequita.

—Dios, qué calor hace aquí afuera —dijo la mujer, entregando las galletitas. Tenía un mechón de pelo adherido a la frente húmeda—. No me sentía con muchas ganas de encender el horno, pero cuando una se muda, siempre tiene que hacer algo al horno para los vecinos, me parece. De todas maneras, espero que no sea alérgica a nada ni vegana. son galletitas de limón, limones del árbol —señaló hacia su patio—, no quería que se echaran a perder. Con el resto estoy haciendo mermelada: las naranjas son demasiado amargas para comer. No sé nada de naranjos.

El ruido de un aspersor, dos casas más abajo, silbó entre nosotras. La mujer olía a flores, flores amarillas me imaginé. Otras vecinas se

habían acercado de manera similar a lo largo de los años. Pero al poco tiempo me dejaban en paz.

—Yo tampoco sé nada de naranjos —dije.

—Disculpa, ni siquiera dije cómo me llamo —dijo ella. Era mayor que yo. pero su cara parecía joven y estaba algo sonrojada como la de una chica—. Soy Luisa. Y estas son Camille y Geenie. Mi marido, Richard, está en el trabajo. Nos mudamos a la casa de calle abajo. Ellas son tímidas, las chicas. Digan hola, chicas.

—Hola —dijeron. La voz de la mayor sonó aburrida, la de la menor fue un susurro.

—¿Les gustaría pasar? —dije yo—. Mi marido también está en el trabajo.

Luisa miró a las dos chicas, luego me miró de nuevo a mí. Una hebra de oro. terminada en una estrella diminuta, le colgaba de cada oreja.

—Sería maravilloso.

Las hice pasar—viendo los zapatos junto a la puerta, se los sacaron por instinto—y las hice sentar en la sala, donde el bebé, en su balanceo, había empezado a arrebujar la cara, pero se relajó al verme, tendió los brazos. Lo tuve alzado tanto en esos días que mi cuerpo se había acostumbrado al peso extra. Cuando lo bajaba, me venía una sensación, casi como un vértigo, una mezcla de mareo y euforia, de terrible, tremenda liviandad. No era así con mi hija, que era siempre independiente y autosuficiente como un gato, y que había aprendido a leer a los cinco años, que fue cuando la perdí en favor del vasto interior de su mente. Era hija de su padre.

—¡Un bebé! —dijo Luisa—. Es hermoso. ¿Cuánto tiene?

—Cuatro meses —dije yo. Olía a leche, mi bebé, y se aferró de mi camisa y se limpió la nariz contra mi hombro—. Se llama Manoj. Voy a buscar a mi hija. Me parece que es de tu edad, Geenie.

Entonces fui hasta el pie de las escaleras y la llamé, con dulzura y urgencia, de modo que me creyeran una buena madre.

—¡Manisha!

Tardó un rato en aparecer. Iluminada desde atrás por la ventana de arriba de las escaleras, tenía una corona de pelo muy rizado en torno a la cabeza y no alcanzaba a verle los ojos. Las plantas de los pies también estaban fuera de mi visión, pero su estado podía imaginármelo: negras por el verano descalzo, negras y correosas, como una hija de mendigo.

—¿Qué?

Le hablé en hindi.

—Acá abajo están las vecinas. Las vecinas nuevas. ¿Quieres bajar?

Su cuerpo tenia la pesadez de una sonámbula, pero bajó y me

siguió hasta la sala. Luisa estaba sentada en el sofá con una chica a cada lado y hablaban en voz baja. Alcancé a oír el sonido inconfundible del gimoteo y el sonido igualmente inconfundible de una severa imposición de silencio.

—¿Manisha? —dijo Luisa, lo dijo como una india, con un sonido suave de *a* cerrada en vez de la dura *a* abierta que ponían los estadounidenses en la primera sílaba. Manisha, mi hija, volvió a casa llorando de rabia su primer día de clases por la crueldad de la mala pronunciación— Esta es Geenie, y aquí Camille. y yo soy Luisa. Geenie empieza quinto grado este otoño.

—Manisha también —dije yo. Geenie era un año mayor, entonces: Manisha se había salteado un grado. Había sido una inadaptada antes del cambio y era una inadaptada ahora, a causa de su edad y, sospechaba yo. su tendencia a la soledad, que surgió como orgullo frío —, Manisha, ¿quieres mostrarle tu cuarto a Geenie?

Manisha me miró, con no poco recelo. La mención de la escuela la había sacado de algo, de la densa ensoñación que le había visto en el desayuno.

—Puedes mostrarle todos tus libros —dije yo.

—Bueno —dijo ella.

La vi mirar con atención a Geenie, su ropa bonita, las horquillitas con cintas en el pelo. Los pies de ambas fueron silenciosos en las escaleras, alfombradas para acolchonar una caída infantil, oscuras para ocultar las manchas. Cambié de brazo al bebé. Estaba chupándose el talón, luego el puño.

—¿Puedo tener al bebé? —le susurró Camille a la madre.

—Los bebés no son muñecos. Cami, no son juguetes.

—Ya sé —dijo ella. Sus ojos estaban atrapados en los de mi hijo. Los de ella eran azul pálido, como el vestido de la madre—, ¿Puedo?

Iba todo dirigido a la madre, pero yo dije:

—Ve a lavarte las manos, el baño está justo ahí nomás. Luego puedes sostenerlo.

La observamos salir de la sala sin hacer ruido.

—Tienes una casa hermosa —dijo Luisa. La canilla del lavamanos se abrió. Camille estaba en puntas de pie, la veíamos a través de la puerta abierta.

—Igual la tuya —dije.

—No, quiero decir la manera en que la arreglaste. El mobiliario es muy hermoso. Es todo muy luminoso y cordial. Tienes buen ojo para las cosas; tú y tu marido, debería decir.

Por supuesto, era todo obra mía y sonreí de placer. No era habitual que tuviera visitas, aunque hacía todo lo posible por mantener la casa limpia.

—Bien, comamos unas galletitas de estas.

—No, no. Ya comí bastantes —dijo ella—. Cómanlas después.

—¿De dónde te mudaste?

—Colorado; Denver. Richard tenía allá un trabajo.

—¿Qué hace él?

—Es vendedor. Yo soy artista.

—¿Artista?

—Sí. Pinto. Acuarelas más que nada.

—¿Qué pintas?

—Montones de cosas, de veras. Pinto un montón a estas dos. si se quedan quietas. Vivimos en Arizona antes de Denver, y me gustaba vivir en el desierto. Me gustaba pintar lo seco y rojo que era todo allá, en especial a la tardecita. Richard lo llama mi período Georgia O'Keeffe, por supuesto.

—¿Cómo tienes tiempo para eso?

—Es solo cuestión de práctica. —Había deslizado las piernas a un costado sobre el sillón. Había en ella algo aviar, la elegancia y la comodidad de su pose. Con todo, también sentía en ella algo inestable.

—Pero el espacio, quiero decir.

—¿El espacio? —dijo ella—. Normalmente hacemos un poco de espacio en el garaje.

—No me refiero a esa clase de espacio —dije yo, pero no sabía cómo decir a qué me refería y lo dejé pasar. Siguió un pequeño silencio.

—Y tú, ¿qué haces?

—Cuando era joven, quería ser piloto —dije.

La canilla se cerró. Las manitos de Camille estaban coloradas.

—Ven aquí —dije. Se sentó a mi lado en el canapé. Tenía olor a mi jabón —sándalo— y a transpiración infantil, y un poco a la fragancia floral de la madre. Sentada con ella con la espalda contra el respaldo del canapé, sus pies apenas llegaban al final del almohadón—. Si llora, no tienes que alterarte, ¿de acuerdo? Es tímido, igual que tú.

Acomodé a Manoj en sus brazos.

—Mantenle la cabeza arriba, así.

Vi venir el estallido en la cara de él. Le tomé la mano y le canté el himno indio, que siempre lo calmaba. Empezó a reírse.

Tarde a la noche, me despertó un ruido a vidrio roto, o un vidrio se rompió en mi sueño y me desperté. Me vi empujada a despertarme. Mi marido estaba acostado boca arriba, durmiendo, y el bebé también dormía, en la cuna, que estaba en nuestra habitación. Padre e hijo dormían como troncos por igual, con el cuerpo engrosado y pesado y

blando, dormían sin moverse, apenas respirando hasta que se despertaban. La manera de dormir de mi hijo era particularmente desconcertante, porque dormía con los ojos semiabiertos, y, durante las semanas posteriores a su nacimiento, muchas veces le había acercado un espejo a la nariz, para ver si lo empañaba con la respiración. Fui a la habitación de mi hija y me quedé parada en el vano de la puerta, proyectando mi sombra por el piso. La habitación se había llenado de su respiración, tibia y no del todo agradable. Estaba acurrucada en la cama con todas las mantas apartadas dramáticamente. Su ventana daba a la calle, desde el punto panorámico del primer piso. Yo estaba en camisón. Abajo el césped estaba casi azul a la luz de la luna y la luz de la calle. Había alguien en la calle. Lo vi, sus hombros, el pelo rubio sensual, luego alcé la vista, hasta donde estaban todas las luces encendidas en la casa de calle abajo. Debo de haberme quedado ahí un rato largo. Sentí hormiguear mi mente como una extremidad que se ha dormido. La calle estaba vacía, luego la luz de la casa se apagó, seguí quedándome, recordando una noche de mucho tiempo atrás, cuando estaba parada frente a una ventana en otro país. No era nostalgia. Mi vida estaba atestada en ese entonces de familia y yo trabajaba mucho. Con todo, ese espacio estaba allí. Pensé en eso un rato largo. No sabría decir si estaba contenta, o triste, o apenada por mí.

Entonces mi hija gritó en su sueño y así nomás el espacio se cerró. Mi mente y mi cuerpo se volvieron hacia ella. Ella parpadeó en mi dirección, como hacía de bebé, con sus ojos negros.

—¿Mami?

¿Estaba despierta o soñando? Sentí irritación y ternura en partes iguales.

—Vuelve a dormirte —dije.

—Me estaban comiendo, alguien me estaba comiendo —dijo ella.

—Solo un sueño —dije yo. Ella estaba asustada, temblando, y la abracé, me dejó.

—Ya no me quieres —dijo.

—¿Cómo?

—Ya no me quieres.

—Estás soñando —dije yo—. A la mañana vas a sentir vergüenza por esto.

Todas las mañanas, peinaba a mi hija antes de darles a ambas criaturas el desayuno. Era un desafío, porque el bebé estaba siempre muy demandante no bien se despertaba y mi hija tenía dificultades para quedarse sentada quieta más de unos minutos cada vez. Si dejaba al bebé, empezaba a llorar y Manisha se valía de la distracción para

salir corriendo. Entonces tenía que empezar todo el proceso de nuevo.

—Dijiste que Manisha significa mente. Dijiste que la mente es lo más importante. Eso dijiste.

—La mente es importante, el pelo es importante. Ya andas corriendo por el vecindario como una criatura salvaje.

—¿Entonces mi pelo es tan importante como mi mente?

—No. —Había puesto al bebé en un portabebés contra mi pecho, de modo que tenía las manos libres. El portabebés me hacía acordar de las campesinas en los campos, que trabajaban durante horas con los bebés atados al cuerpo mediante saris viejos. Pero el mío lo compré en Target— Es importante tener buen aspecto delante de la gente.

—¿Porqué?

—No sé. No sé por qué eres tan difícil, por qué no me escuchas y listo.

—¡Porque lo que dices no tiene sentido!

Las mañanas de julio eran frescas y daban una sensación extraña en la piel al despertar; después empezó a hacer un calor brutal. El bebé todavía era lo bastante pequeño para que lo bañara en el lavamanos, y lo bañaba con mayor frecuencia y le masajeaba el cuerpo con aceite. Manisha solo entraba cuando tenía hambre, y yo limpiaba la casa y me aseguraba de que los platos no estuvieran en el lavavajillas, hacía listas de cosas que necesitaba comprar en el almacén, pagaba las cuentas y llamaba al seguro de salud por un gasto relacionado con el parto que todavía no nos habían reembolsado. Yo estaba en el proceso de solicitud de la ciudadanía, lo cual también producía una inmensa cantidad de papeleo. Alimentaba al bebé, cambiaba al bebé, acostaba al bebé y lo alzaba cuando se despertaba, le cantaba al bebé, hablaba con el bebé, le leía.

Manisha entró a informarme que Luisa estaba dándoles a sus hijas permiso de correr por entre los aspersores.

—¡Geenie tiene un bikini!

—Tú no quieres un bikini.

—Sí, quiero.

Suspiré.

—¿No eras tú la que solo se preocupaba por la mente esta mañana?

Se encogió de hombros.

—¿Quieres ir a correr con ellas entre los aspersores?

—No sé.

—Podemos encender acá los aspersores.

—Entonces estaríamos copiándonos de ellas.

—Muy bien.

Luisa estaba tendida en una silla plástica de jardín en pantalones cortos y camiseta sin mangas y un sombrero que le cubría la cara. Leía una revista gigantesca. Nos saludó agitando la mano cuando vio que nos acercábamos.

—Me alegra que estés de vuelta. Manisha. ¿Trajiste el traje de baño?

Manisha se sacó la camiseta, dejando al descubierto el traje de baño que llevaba debajo.

—Adelante, entonces.

Manisha vaciló. Geenie y Camille no le habían prestado ninguna atención. Parecían semisalvajes en el césped. Crecerían hasta ser hermosas, como la madre, con sus caras pequeñas, la de Geenie con forma de corazón, la de Camille ovalada, con ojos grandes y nariz pequeña y boca delicada, elegante. Su hermosura era llamativa porque ellas no eran conscientes de tenerla: era extraño verlas actuar con semejante abandono, como niñas, con esas caras. Como dos princesas de un libro de cuentos que yo le leía a Manisha. una morena, otra rubia, ambas con la piel reluciente por el agua. Cuando el aspersor cambiaba de dirección, formaba en su abanico un arcoíris. Manisha se quitó la camiseta y los pantalones cortos y quedó descalza con su traje de baño amarillo. La panza inflada y la manera de pararse con los pies girados hacia fuera la hacían parecer una pata.

—Chicas, acá está Manisha —dijo Luisa

Las chicas levantaron la vista de su juego. Las rodillas de Camille estaban sucias de barro. Su lengüita rosada salió de la boca y lamió la mejilla.

—Estamos jugando a ser gatas.

—No, no es cierto —dijo Geenie. Tenía puesto, como se informó, un dos piezas rosa con volados, la parte de arriba se apoyaba chata contra el pecho. Le lanzó a la hermana una mirada desdeñosa—. Los gatos odian el agua.

—No todos —dijo Camille.

—Sí, todos. Vienen del desierto.

—A mí me gustan los gatos —le oí decir a Manisha. Era alérgica y tenía una reacción instintiva de miedo frente a la mayoría de los animales, se protegía la cara con las manos cuando se le acercaban.

—Vamos a tener uno, dice mami —expuso Camille.

—Vamos a ver —dijo Luisa.

El bebé y yo estábamos transpirando, pero al menos yo estaba contenta de no estar embarazada con ese calor.

—Ya es bastante difícil ser responsable por ustedes dos. Aunque a esta altura tal vez una tercera vida no implicaría ninguna diferencia.

Había dejado la revista y se quitó el sombrero para abanicarse. En

la parte de abajo del brazo tenía una constelación de marcas amarillas.

—Cuéntame, ¿cuánto hace que vives en este vecindario?

—Bueno, veamos. Manisha tenía cuatro y medio cuando nos mudamos. Así que diría alrededor de tres años y medio.

—Espero que nos quedemos aquí todo ese tiempo.

—¿Cuánto estuvieron en Denver?

—Apenas unos meses. El trabajo de Richard. Tres escuelas en dos años.

—Eso debe de ser muy duro para ellas.

—Pero bueno, yo de chica me mudé un montón, mi papá estaba en el ejército; así que ahora me pienso como una especie de gitana. Richard dice que novelizo mi infancia, pero él no estuvo ahí, ¿no es cierto? A mí me gusta cambiar, ir de un lugar a otro.

El bebé estornudó. Fue un ruido ínfimo, pero lo sacudió. Alzó la vista hacia mí, desconcertado, y yo le acaricié la mejilla para tranquilizarlo. Con mucha ligereza, me lo cambié de brazo, para que fueran visibles los moretones en mi garganta entre la *dupatta* y el cuello de la blusa. Miré para ver si Luisa se daba cuenta; si se dio cuenta, su cara no lo manifestó.

—Mudarse tanto… debe de ser lindo, en cierto modo.

—Sí.

—Sentir…, ¿cómo te hace sentir?

—Más o menos como una se esperaba, pienso. A veces es duro, una se apega mucho a un lugar. Hay muchos lugares para echar de menos. Y tienes que empacar todo, nomás, la ropa y las ollas y el resto, empiezas a odiar tus cosas. Quieres tirar todo y empezar de nuevo en la otra punta.

Recuerdo cómo me sentía de joven, ligera como una bolsa de plástico, no enganchada en nada, a caballo del viento. Pero me habían enganchado. Otra vez. me cambié de brazo al bebé, con mayor torpeza, menor cuidado, para mostrarle a ella dónde, tres días antes, unas manos me habían apretado el cuello como si estuvieran haciendo papilla una fruta. Me quedé allí parada con ella en un silencio expectante, sintiendo el comienzo de un alivio arrollador, como una persona en un auto hecho polvo cuando ve a través del parabrisas las herramientas de rescate de las Fauces de la Vida. Hasta ese momento, yo no se lo había dicho a nadie, ni siquiera a mí misma. En cambio, había apagado cada suceso en la raíz de la vela, antes que tuviera tiempo de arder en mi mente. Entonces la miré y noté que ella se negaba. No solo a decirlo, sino a ver, tan solo verlo, verme. Sus ojos estaban serios y distantes, los ojos de una extraña; lo cual, por supuesto, ella era. Rápido me tapé las marcas del cuello y miré para

otro lado.

Hubo un grito entre las chicas y me di vuelta para ver a Manisha derribada o caída en la hierba. Ahora estaba mojada y se quedó un minuto aturdida en el suelo, boca abajo. Geenie y Camille estaban inmóviles de pie. rozadas de tanto en tanto por el aspersor, la cara de Geenie orgullosa. la de Camille llena de la inocencia que yo esperaba que tuviera siempre, que no la abandonara nunca.

—Se tropezó —dijo Geenie.

—¿Estás bien, Manisha? —dijo Luisa Se levantó de la silla de jardín pero no se acercó a mi hija. Manisha levantó la cara mojada. Tenía hierba adherida al pelo. Por un momento no pude soportar mirarla a la cara, llena de humillada furia. Se parecía demasiado a mí.

—¿Manisha? —dije.

No lloraba. Se paró sobre las manos y las rodillas, luego se levantó con cautela y, como si las piernas no fueran confiables, fue pisando el césped húmedo con cuidado. Cuando llegó a la vereda, empezó a correr.

—¡Manisha! —la llamé. No se dio vuelta. Observé las plantas de los pies negras de mi hija abofeteando el pavimento.

UNA SOLA COMPOSICIÓN

Cuando yo tenía dieciséis años, mis padres decidieron que debía dedicarme al sitar y empecé a tomar clases con un gran músico que había caído en tiempos de vacas flacas. Mi talento era escaso, y él era un profesor estricto. Con frecuencia me gritaba hasta hacerme llorar. “Esos son los dedos de una princesa", decía, examinándome la mano en busca de callosidades y soltándola con desprecio. Sentía la palma caliente al llevármela de nuevo al regazo. “Otra vez", y cuando yo empezaba a tocar, él agarraba su instrumento en un ataque de irritación apasionada y me superaba con su música. “Así.” Tenía cejas tupidas y una nariz gorda, graciosa. que parecía fuera de lugar junto al resto de sus facciones: parecía estar siempre ceñudo. Mientras tocaba el sitar, la cara se le volvía no más hermosa, pero sí tocada por la gracia de la música. Sus ojos penetrantes se cerraban y sus dedos se movían con una sutileza a la que yo no podría aspirar nunca. Una composición sencilla, como la que me elegía para mí, se convertía en otra cosa en la caja de su sitar, algo destilado hasta la esencia. La añoranza de la niñez o de la madre, la añoranza de los tiempos idos, o de un amante. Sus notas no eran nunca singulares; las inclinaba una sobre la otra, tocando igual que como pasa el tiempo, donde un instante se funde con el siguiente. Cuando terminaba, le veía lágrimas en los ojos.

Al tiempo empecé a practicar durante horas a la nochecita y las yemas de los dedos se me endurecieron. Comencé a amar el sitar del mismo modo que si fuera una criatura viva, con un sentimiento de ternura como si lo tuviera en brazos, con mis dedos moviéndose de un lado a otro de su esbelto mástil. Pero podía sentir mi falta de talento a medida que aumentaba mi destreza. Hasta a mis propios oídos la música que producía yo sonaba chata y rígida. Lograba inclinar las notas y hacerlas vibrar, pero el espíritu animador que se suponía estaba allí debajo nunca aparecía: era como manipular una marioneta. Pero sentía eso, ese dolor. Quizás ese sea el motivo por el que me enamoré.

Las clases tenían lugar en la sala de estar de mi casa, donde mi madre cosía ropa para los pobres mientras mi profesor me reprendía.

Era oscura la sala de estar —las cortinas siempre estaban corridas para proteger el mobiliario— y poco ventilada, con nada más que el ventilador de techo que giraba demasiado lento para hacer más que agitar el aire caliente, y con frecuencia se apagaba por completo con los cortes de luz. Me habían dejado sola con el profesor solo tres veces: cuando la cocinera había necesitado instrucciones especiales sobre la comida de la noche, cuando el zapatero remendón regresó con nuestros zapatos y cuando mi hermano menor se había caído de la bicicleta y llegó a casa llorando con una rodilla raspada. En los dos primeros casos estuve tensa, pero mi profesor de sitar no pareció notar ningún cambio. En el tercero, me dijo:

—Estás mejorando.

—No mucho.

—Cierto. Todavía veo en tus dedos el trabajo.

—Usted tiene un don, por eso no puede imaginarse lo que es no tenerlo.

Me miró con aspereza. No era un hombre joven. Y yo no sabía casi nada de él, dónde vivía, si estaba casado. Con todo, en esa mirada algún conocimiento pasó a mí, por inocente que yo fuera, acerca de lo que estaba pensando de mí él. Estaba considerándome del modo en que los hombres consideran a las mujeres, con un reconocimiento reticente, incluso deferencia por su hermosura. Sentí subir en mí el calor, no en la cara nomás sino en todo el cuerpo, a solas con él en esa sala cerrada.

—Así te pones una excusa. Te distraes demasiado fácil.

Recuerdo tener dieciséis años y sentir con fuerza ese amor en el pecho. Era tímida y tenía la cara sosegada y el pelo negro pulcro, y era tan morena que mis perspectivas matrimoniales habrían sido desalentadoras si mis padres no hubieran estado en situación acomodada. En la escuela las chicas me creían aburrida y me ignoraban. En casa, tenía tres hermanos, todos menores, que llenaban la casa de ruido, mientras yo, incluso con mi música, ocupaba las habitaciones de manera muy sosegada, usando muy poco espacio y sin solicitar atención. Pero la atención me importaba poco, y menos ahora que mi deseo al respecto estaba concentrado en una sola fuente.

Cuando las tardes se hicieron más calurosas, mi madre dormitaba en el asiento durante mis clases. Había una creciente conciencia entre nosotros, mi profesor de sitar y yo. Él empezó a reprenderme con mayor ferocidad todavía por mi ineptitud. Pero yo comencé a percatarme de que esas palabras cortantes eran un sustituto de otra cosa y no lloraba. De hecho, era todo lo que podía hacer para no sonreír. Un día, me preguntó si podíamos encontrarnos en el parque

esa tardecita. No tanto me preguntó como me dijo, en voz baja pero sin ninguna sensación de estar haciendo algo malo mientras mi madre dormía El parque estaba al otro lado de la ciudad, uno donde yo nunca había estado. No creí que mi madre me dejara ir, y en las horas que faltaban me agitaba cada vez más pensando en una excusa. Al final fue sencillo: le dije que iba a encontrarme a estudiar con una compañera de escuela. Como los días en verano eran largos, lo más probable es que estuviera de vuelta en casa antes que oscureciera. Ella no advirtió la mirada salvaje que tenían mis ojos. Me bañé y me puse flores en el pelo y me envolví con esmero en un sari del color azul de los envases de leche. Las manos me temblaban de la emoción mientras le pagaba al hombre del bicitaxi.

Mi profesor de sitar estaba esperándome en la entrada. No se había cambiado la ropa con que lo había visto la última vez y estaba empapado de transpiración. Estaba fumando un *bidi* y al verme lo apagó con cuidado y se lo guardó en el bolsillo. Su cara parecía áspera y sin afeitar. Me preguntó de inmediato si me estaba salteando la práctica nocturna para encontrarme con él. Le dije que practicaría al volver a casa. Empezó a caminar por el parque. Estaba exuberante, lleno de flores y árboles verdes, pero parecía raramente vacío, en especial para esa época del año. La luz de la tardecita iba volviéndose de un anaranjado denso, casi metálico. Mientras avanzábamos por el parque me di cuenta de que no estaba vacío: había enamorados escondidos en cada rincón, detrás de los arbustos y las paredes bajas y apoyados contra las columnas de los edificios ornamentales en ruinas. Sin embargo, él no me tocaba. Me contó que tenía cuatro años cuando agarró el sitar por primera vez: el del padre. Sus brazos eran apenas lo suficientemente largos para abarcar el instrumento, aunque una vez que se las ingenió para sostenerlo de un modo no muy práctico, la música le vino sin esfuerzo y lo atravesó de goce. Era el goce, dijo, de una persona amada que vuelve a ti: una a la que dabas por muerta, perdida para siempre. Sabía que solo le faltaba esperar a que la destreza del cuerpo se pusiera a la altura de la música que llevaba adentro.

Yo no sentía nada parecido a eso. No quería decírselo. Para mí, la música era la unidad y la división de los tonos, como una pintura era un arreglo de los colores. La belleza era una certeza matemática que surgía de una combinación precisamente correcta. A mí me era imposible imaginármelo a él de niño.

—¿No le dijiste a tu madre adonde ibas?

—No.

Asintió. Yo lo estudié, sus rulos, sus dedos finos, hermosos, revestidos de anillos, que se quitaba con una especie de ceremonia mientras se acomodaba para cada clase. Su mirada apuntaba directo

hacia delante, aunque yo sabía que era consciente de mí por la manera en que parecía ignorar mi presencia. En algún lugar a lo lejos hubo un ruido raro, como el de un portón oxidado al abrirse.

—¿Qué es eso?

—Un pavo real —dijo.

—No, ¿de veras? —dije. Yo conocía el grito maullado de los pavos reales.

—Algo le pasa.

El ruido volvió a sonar. Fue menos metálico que el anterior. Tenía algo de animal, irregular. Entonces apareció el pavo real, brillante y absurdo. Tenía un andar extraño, casi de borracho, y cuando se acercó, vimos nudos de carne rosa donde debían estar sus ojos. Oyó nuestros pasos arrastrados por el polvo y empezó a aterrorizarse, trazando a la carrera un arco amplio y vacilante en el polvo del sendero.

—¿Qué le pasó?

—Alguien le cortó los ojos.

—¿Crees que le hizo eso una persona?

—No fue un pavo real.

—¿Por qué haría eso alguien?

Él meneó la cabeza.

—Pobrecito.

Caminamos un rato y empezó a oscurecer. La nochecita había crecido a mi alrededor, yo había transpirado a través de la blusa. Temí resultar totalmente ordinaria. El aire tenía un denso olor a flores, y en mi desesperación se convirtió en un olor empalagoso. sofocante, y quise arrancarme del pelo el jazmín y tirarlo al suelo. Él me agarró de repente del brazo y me condujo detrás de una pared baja donde a diez o veinte pies de distancia dos personas se movían una contra la otra en la creciente penumbra. No hacían ningún ruido, pero yo alcanzaba a verlos: una blusa desabotonada, manos que se aferraban con fuerza a la carne desnuda. El cielo estaba bajo, calado. Mi profesor de sitar me besó y me apoyó las manos en los pechos. Su boca tenía gusto al *bidi* que había estado fumando y a alguna otra cosa, dulceamarga: alcohol, me di cuenta más adelante. Ese debería haber sido el momento de mi goce más auténtico, la especie de goce que él había descrito de cuando de chiquillo agarró por primera vez el sitar. Pero no sentí nada, fue incluso peor que nada. No me esperaba un dolor, pero ¿qué me esperaba? Comencé a sentir que me faltaba la voz, al principio con curiosidad, luego con frenesí, mientras él tironeaba de la tela de mi sari y apretaba su carne en la mía. Al principio no podía encontrarla. Luego allí estaba, pequeña pero allí, como una mariposita blanca. La sentí subir a mi boca mientras él se movía contra mí. Me la tragué.

De modo que ya no era virgen cuando me casé con Hritish, aunque le hice creer otra cosa. En nuestra noche de bodas nos quedamos dormidos en el lecho de rosas en cuanto nos quitamos nuestro elaborado atuendo, para consumar nuestro matrimonio cuatro días más tarde, con vergüenza, y con genuina ineptitud, durante la tarde. Todo lo que me hubiera preocupado al respecto desapareció cuando vi su inexperiencia y timidez. Me dio ternura por él, lo tuve en brazos en ese acto de amor de una manera no muy distinta que una madre con su niño en brazos: es lástima, pensé, el modo en que una madre tiene en brazos a su niño. Por la mañana me desperté antes que él y lo observé dormir, a ese semiextraño, que había crecido en mi vecindario y junto a quien había pasado a veces en camino a o de la escuela. El amor todavía no llegaba, aunque según me decían llegaría, en lento crecimiento a través de los años de nuestra vida juntos. Lo que sentía era una especie de cariño distante, que con frecuencia me extraía para sostenerlo en alto y examinarlo como una radiografía, en busca de señales de crecimiento o cambio. Una vez, cuando él me puso un caramelo en la boca, me pareció observar un cambio, un nuevo brote tierno. Él tomó mi trenza con una mano y se la enrolló alrededor del puño, maravillado de lo fuerte que era. Y lloró durante nuestra primera pelea de verdad, lágrimas que me sobresaltaron, incluso me asustaron, ya que los ojos se le pusieron muy rojos. Le toqué el cabello, diciendo: “Un marido no debería llorar'. Y entonces al poco rato paró.

—¿Me tocarías algo?

Pero yo no quería tocar mi sitar. A veces, cuando mi marido estaba en el trabajo, yo pasaba caminando por la casa de mi profesor de sitar. Él vivía en un pequeño bungalow erigido detrás de una pared coronada con fragmentos de vidrio: a través del portón alcanzaba a ver el jardín y oía voces infantiles provenientes del otro lado. Una vez vi cruzar por ahí a una mujer, una joven con flores en el pelo. Después de eso. dejé de pasar por allí. Cada día de ese verano, el calor que se juntaba en las pequeñas habitaciones de nuestro departamento era intolerable y llevábamos los colchones al techo y dormíamos sin taparnos. Luego mi marido recibió una beca y nos fuimos a Alemania. El aire en Mainz era seco y rarificado, no como el calor de nuestro país. Era más liviano y más mortífero, ese aire otoñal. Mi marido iba a la universidad, a estudiar física de partículas, y yo pasaba los días en el departamento que alquilaban a estudiantes, un departamento que. aunque no era mucho más grande que el que teníamos en nuestro país, parecía dispuesto para una clase de vida que yo no sabía cómo vivir aún. Pensaba que me sentiría una nueva persona cuando llegara a Alemania. No es que me sintiera sola, no más sola de lo que me

había sentido siempre. Pero tenía cierta dificultad para dormir. Echaba de menos aquellas noches en el techo, acostada en un delgado colchón de algodón. Echaba de menos la libertad de aquellas noches, observando las cometas atascadas en los árboles y sus movimientos con la brisa, la luna gorda anaranjada.

Una nochecita fuimos a la casa del tutor de mi marido, que era guyaratí, y su esposa alemana. Este profesor llevaba tanto tiempo viviendo en Alemania que ya comía carne y en la cena no había comida para nosotros porque hasta la ensalada tenía tocino. Yo no sabía si era más educado dejar comida sin comer en el plato o no poner nada de comida en el plato. Tenía miedo de mirar a Hritish porque estaba segura de que lo que él estuviera haciendo estaba mal, y estaría haciéndolo con una sonrisa en el medio de la cara en llamas. Estaba furiosa y observé comer al profesor y la esposa. La cara morena del profesor había adoptado un aspecto alemán, una expresión ceñuda, hacia dentro.

—¿No le gusta la comida alemana? —me dijo, al fin, la esposa a mí que estaba sentada frente a mi plato vacío.

—Somos vegetarianos —dije.

—Es pollo, nomás —dijo ella. Tenía los brazos blancos y desnudos y parecían suaves, pero era poco atractiva y tenía puesta una blusa sin forma— Tome.

Cubrí mi plato con las manos. El profesor me miró con una sonrisa, lo que podría llamarse una sonrisa. Un rato más tarde me dijo una frase en alemán, pero yo no sabía que me hablaba a mí y mantuve educadamente la vista fija en otra parte. Volvió a decirla. Esta vez mi marido dijo:

—Está preguntándote cómo va tu alemán.

Yo dije la única frase que sabía en alemán:

—Ich spreche kein Deutsch.

El profesor respondió en inglés:

—Hombre avispado su marido. Está aprendiéndolo.

—¿Le gusta esta ciudad, Mainz? —dijo la esposa.

—No he visto mucho —dije yo.

—*Sie hat immer Angst* —le dijo él a Hritish—. ¿Le cuentas a ella de tu investigación?

—No quiero aburrirla.

—No me aburres. —Y advertí, ahora, que él había adelgazado, mi marido. La cara, en especial, estaba delgada, y tenía un tono inquieto. Sus ojos estaban inusitadamente brillantes. Después de la cena, volvimos a casa caminando en medio del frío, que yo sentía glacial, aunque no era invierno todavía. A esa hora de la noche, la ciudad estaba alumbrada de amarillo, desbordada de estudiantes. que se reían

y discutían en su idioma áspero y ordenado— ¿Por qué no les dijiste que éramos vegetarianos?

—Pensé que él sabía.

—¿Es buena persona ese profesor tuyo?

—Pienso que sí. Es brillante.

—¿Qué dijo de mí en alemán?

—Dijo que estabas asustada.

—¿Asustada? ¿Asustada de qué?

Pero no sabía.

—Vamos a tener que invitarlos a cenar —dijo, con una especie de desesperación.

Mi marido miraba con frecuencia por la ventana cuando estábamos en nuestro país. Había adquirido costumbres que me resultaban raras. Lo primero que hizo, cuando llegamos, fue pasar el dedo por los bordes de las pantallas de las tres lámparas que teníamos en el departamento, y a veces descolgaba de la pared el retrato enmarcado de su padre y le sacaba la parte de atrás. Luego volvía a colocarlo y limpiaba el vidrio, casi como disculpándose, y untaba de nuevo la frente del padre con *kumkum* y pasta de sándalo, como hacíamos para honrar a nuestros muertos.

—¿Qué estás buscando?

—No, nada. Me consuela.

De hecho parecía consolarse con sus actos: lo aliviaban. Después de la cena, mirábamos el único canal de televisión que pasaba a veces películas en inglés. Cuando estaba sola, empecé a hacer largas caminatas. Quería lograr que mi piel se acostumbrara al frío o incluso se inmunizara. Quería que mi cuerpo aceptara a Alemania, su nuevo país. Era cierto, me había pasado tanto tiempo en el departamento porque me asustaba salir. Tenía la preocupación constante de que quedaría en ridículo. Y a medida que los días se hacían más fríos y más cortos, el departamento parecía hacerse más pequeño y más cerrado, contrayéndose a mi alrededor como un puño. Caminé alrededor de la universidad, que tenía una antigüedad de cientos de años y estaba decorada con estatuas de hombres de nariz seria. Pero, a pesar de toda mi preocupación, casi nadie parecía notarme. Compré café en la cafetería y me senté a tomarlo despacio. Esto es el futuro, pensé, por el que tanto me había preguntado. Era aquí ahora. Podía dejar de preguntarme qué me pasaría.

—¿Anuradha?

Cuando alcé la vista, era el profesor de mi marido, con su comida en una bandeja. Una hora rara para comer, no era en absoluto la hora de una comida, casi las cuatro.

—¿Dónde está Hritish?

Se encogió de hombros.

—Usted se imagina que está siempre conmigo. ¿Iban a encontrarse?

—No. —Luego dije—: ¿Usted come aquí?

—Sí, a veces. No está mal.

—¿Su esposa no le prepara?

—No, no es una buena esposa como usted, que prepara almuerzos. Voy a comer esto en mi oficina, si gusta acompañarme.

Su oficina estaba en un edificio bajo y moderno que miraba al río. El ambiente estaba cálido y él transpiraba mientras comía y se enjugaba la frente con una servilleta. De nuevo lo observé comer. Tenía labios gruesos, sensuales, y ojos inteligentes, color alquitrán y cortantes. Pero en otros tiempos había habido una suavidad que yo podía distinguir en su cara, en sus ojos. Me pareció que podía ver la clase de chico que él había sido, presuntuoso y querido, y feliz. Cuando terminó, eructó en el puño cerrado.

—Su marido va a trasladarse de mi departamento.

—¿Cómo?

—Se va a matemáticas. O está intentándolo, en cualquier caso.

—No me dijo nada.

—Su marido —dijo, meneando la cabeza—. Su marido está proponiendo unas ideas extrañas.

Colocó la bandeja en la pila de bandejas que había acumulado en su oficina. Los libros de los estantes no eran solo de ciencia: pesqué tres volúmenes delgados de poesía urdu.

—¿Habla urdu?

—Ya no. En otros tiempos.

—Yo lo estudié en la universidad.

—Nunca leí poesía más hermosa. Ya no puedo leer esos libros, pero recuerdo cómo eran. He perdido el idioma. —Había algo en la manera en que me miraba. Yo nunca había sentido deseo físico y no estaba segura de sentirlo en ese momento. Era el corazón que se me subía a la boca. Latía fuerte en mis oídos, el corazón.

—¿Está contenta aquí en Alemania?

—Sí —dije, automáticamente— ¿Y usted?

Fue a cerrar la puerta con llave. Luego vino adonde estaba sentada yo y se inclinó para apoyar su boca en la mía. Sentí en la boca el gusto de la carne de su sándwich. Me levanté y apreté mi cuerpo contra el suyo. Estaba con el período, pero él dijo que no le importaba. No hubo nada en el asunto, nada de timidez. No hubo nada de furia. Fue deliberado y casi tierno. En cierto punto, al darse cuenta de que estaríamos a la vista de los estudiantes que estaban abajo, fue a

apagar la luz. Afuera, el río era una lámina de plata plana, tan brillante que hacía mal mirarla, incluso cuando el cielo iba perdiendo luz y las densas nubes grises parecían absorber todo ese brillo. Sin dar nada a cambio.

En casa, me lavé y preparé la cena y esperé hasta pasado el anochecer a mi marido, que tenía horarios irregulares en el laboratorio. No estaba alterada, mi cabello estaba pulcro todavía, mi ropa y mi cara. Me pasmaba, mi pulcritud, mi ausencia de cambio. Pensé: esta no es la mujer en la que me convertí, esta es la mujer que siempre he sido. Cuando por fin llegó Hritish. lo miré fijo, con ganas de sentir dolor. Qué cara cansada tenía mi marido para ser alguien tan joven. Tenía la piel del intenso color de las castañas, pero más oscuro y delicado debajo de los ojos.

—No me contaste que ibas a trasladarte de departamento.

—No me pareció que te interesaría.

—Vi a tu señor profesor en la cafetería.

—Uy, Dios —dijo—, todavía tenemos pendiente invitarlos, ¿te acuerdas? A cenar.

—Mírate. Estás trabajando demasiado.

—Estoy cerca —dijo—. Estoy cerca de algo.

—¿Cerca de qué?

Pero no quería, o no podía, decirlo. Más tarde lo encontré preocupado frente a la ventana, mirando a la calle.

—¿Ves aquel furgón?

Miré. Allí, estacionado al otro lado de la calle, estaba el furgón blanco del reparto de la panadería de a la vuelta.

—¿Qué tiene?

Se quedó allí parado un rato largo. Luego se alejó de la ventana.

—Nada.

A la mañana el furgón había desaparecido. Cuando salía para el trabajo, él dijo:

—Cuéntame si vuelve el furgón.

—¿Quieres que te llame al laboratorio si vuelve el furgón?

—No, no, no llames. Solo anota la hora. —Entonces, al ver la expresión de mi cara, dijo—: Olvídalo. Olvídalo, ¿na? No hagas nada.

Pero de golpe se produjo un milagro afuera: estaba nevando. Yo había visto nevar en películas, pero era nieve falsa, solo espuma de jabón, y tenía un aspecto distinto. La nieve de verdad era muy pequeñita, y venía toda de repente, pero con suavidad, y caía de una manera que yo nunca había visto caer nada, sin nada del peso y la fuerza de la lluvia, con un silencio profundo y sin ninguna prisa. Nos quedamos parados como niños frente a la ventana. La nieve tocaba

todo lo que alcanzábamos a ver, como la luz. Solo teníamos miedo porque no sabíamos cómo la sentiríamos en los dedos y en el pelo y en la cara. Pero al rato Hritish cobró valor y me pasó mi abrigo. Afuera, había una calidad de silencio que yo nunca antes había oído, incluso en este país sosegado. Atrapé una pizca de nieve en un dedo. La lamí. Era una pura gota de agua, sin sabor a nada, agua bendita. Hritish, vi, estaba muy quieto, como yo, mientras el blanco se le acumulaba sin orden en el pelo y las cejas y las pestañas y en los hombros del abrigo. Había algo absurdo en la manera en que estábamos allí de pie. casi sin parpadear, pero yo estaba muy contenta. Él había percibido, como yo, la sacralidad del momento vivo, la calidad sagrada de ese silencio, y se había quedado, como yo, completamente inmóvil.

Con todo, no sentimos ningún resentimiento hacia los niños que irrumpieron en la quietud con sus alaridos y sus bolas de nieve y sus zapateos. Entramos, nos sacudimos la nieve del cabello y nos secamos la cara goteante. Él estaba sonriente, mi marido, tenía una buena sonrisa, la sonrisa de una muchachita tímida.

—Vas a llegar tarde —dije.

—Anu…

—Vas a llegar tarde —dije, empujándolo apenas hacia la puerta. Cuando se fue, me senté en el sofá. Pensé que iba a llorar. Pero no lloré. Solo me quedé allí sentada.

Durante dos semanas, me cuidé. Preparé las comidas, como siempre había hecho, con las tristes sustituciones por verduras y especias alemanas que volvían extraño para mí lo que yo misma cocinaba. La nieve se derritió y el mundo se volvió de nuevo común y corriente, incluso gris, con todo ese barro. Caminé por alrededor de la universidad, pero no vi al profesor, salvo una vez. hablando con un estudiante fuera del edificio de física, y me di vuelta rápido y caminé en sentido contrario antes que él me viera. Mi marido durante ese tiempo se metía cada vez más para adentro. Una vez lo vi a él también, en el campus, a través de la ventana iluminada de un aula donde estaba sentado en la última fila, escribiendo notas furiosamente. En casa, parecía casi pedir disculpas y me hablaba con dulzura, como compensándome por algún mal que me había causado. El asunto del furgón no se mencionó. Algunos días se quedaba estacionado durante horas cuando él estaba en la universidad, pero se iba antes que él volviera a casa. Entonces una nochecita el furgón no se había ido cuando mi marido volvió a casa y él se puso inquieto. Estaba asustado, me di cuenta, y empecé a asustarme yo también. Se la pasaba yendo a la ventana y mirando el furgón. No quería contarme cuál era el problema. Reprimía las lágrimas: le temblaban en los párpados y le humedecían las pestañas. Me senté con él a hablarle con

tranquilidad en nuestra lengua materna, que parecía calmarlo un poco, para hacerle el sufrimiento más soportable. Cuando me quedé sin cosas para decir, me pidió que siguiera hablando, así que recité los poemas que había aprendido en la escuela y luego, cuando se me terminaron, canciones infantiles. Hablé y hablé por lo que parecieron horas, hasta que se me cansaron la garganta y la lengua, incluso los maxilares. A veces caía en un ligero adormilamiento y al despertarme lo veía en un estado de desesperación tan aterrador que me despabilaba por completo y empezaba a hablar otra vez. Entonces llegó el amanecer. Él estaba agotado. Estiró el cuerpo en la cama y se durmió. Yo me lavé la cara en el lavamanos con agua fría, me puse un sari limpio y fui a la oficina de su tutor. Era demasiado temprano y el edificio estaba cerrado: esperé un rato afuera. Hacía frío y era bueno sentir frío. En mi cansancio me apoyé en ese frío, me apreté contra él para mantenerme despierta. De repente sentí amor por mi marido, luminoso como la luz del sol, impactante. Pensé en él el día de nuestro casamiento, su cara sonriente rodeada de flores rojas y blancas. Al cabo de un rato vino un portero a abrir la puerta y fui al tercer piso y me senté enfrente de la oficina del profesor y, con el calor del pasillo, me adormilé hasta que él llegó y me despertó de un sacudón. Entramos en su oficina. Estaba furioso de verme y dijo que "quedaba mal" de mi parte ir allí. Mientras me sermoneaba, empecé a maravillarme de la poca ternura que había sentido por él. Ahora parecía tan satisfecho de sí mismo, con la cara ancha, carnosa, como la cara de una rana. Con su lengua de rana se humedeció los labios. No hizo ninguna alusión a la última vez que nos habíamos visto, como si nuestra conciencia física del otro hubiera regresado a su estado original, vacío. Pero yo me acordaba de él, de sus hombros anchos, su panza suave. Entonces dijo:

—¿Y bien?

—¿Qué está investigando mi marido? ¿Es peligroso?

—¿Peligroso? ¿En qué sentido?

—Algo ha pasado. No sé muy bien qué, él no quiere contarme. ¿Está en alguna clase de problema?

—No, no. No hay nada peligroso en su investigación. Peligroso podría ser para su carrera, nada más. Cree que encontró un error fundamental en los preceptos básicos de las matemáticas que rebate todo lo que vino después. Cree que está a punto de desarrollar un nuevo sistema de números que va a cambiar el modo en que entendemos el mundo.

—¿Cuál es?

—¿Cuál es qué cosa?

—El error.

—Dos más dos no es cuatro.

—¿Dos más dos no es cuatro? ¿Cuánto es, entonces?

—Eso tendrá que preguntárselo a él.

—¿Por qué no me lo dice usted?

—Para ser franco, hace unos días yo no sabía muy bien el alcance del asunto. El jefe del departamento de matemáticas y yo tuvimos una larga conversación.

—Dos más dos no es cuatro. ¿Podría ser cierto?

Me contestó con una mirada.

—¿Usted va a ayudarlo? ¿A mi marido?

—¿Cómo puedo ayudarlo?

—No sé. debe de haber alguna manera…

—Soy un profesor, no un *ayah*. No puedo obligarlo a estudiar esto y no estudiar aquello, a hacer esto pero no hacer aquello. Supliqué.

—Necesita ayuda.

—Vaya a su casa a estar con su marido. Él necesita una buena esposa que le prepare los almuerzos. Así es como usted lo ayuda. Sea buena y dulce y amable con él y hágalo sentir un hombre. —Me clavó la mirada. Un hombre brillante, pero no un buen hombre, ahora lo sabía, demasiado tarde.

LA ARTISTA DE LA RISA

Borracha. Rota casi en dos. Y me encontré frente a la ventana riéndome de la violencia de afuera, un hombre chillándole a una mujer que se alejaba rápido, cruzando por el oscuro, repentino vacío de la calle hacia la vereda opuesta. La violencia era la palabra de él para ella. *puta*, que es su palabra para mí también, aunque yo, por supuesto, era una desconocida no encontrada: solo que la palabra me implicaba. Gritada mientras avanzaba hacia la mujer en fuga, tratando de dominar la distancia entre ambos, avanzando hacia ella como si fuera a agarrarla de la garganta. Sin cuchillo, sin revólver, pero tenía sus armas: los brazos, la verga, la voz. ¿Llamar a la policía? Podía. Tenía el teléfono en la mano. Pero no sabía lo que harían por ella los policías, no podía sentirme segura de que no le harían la vida peor. Y debía, ¿debía?, ¿bajar corriendo con una escoba y espantarlo de al lado de ella, espantarlo lejos de ella? Sí, por supuesto, eso sería lo humano bueno. Lo que hay que hacer cuando una vive aquí, sin embargo, es quedarse frente a la ventana observando con el teléfono en la mano. Al otro lado del camino una puede ver al vecindario en la ventana haciendo lo mismo. Nos quedamos observando frente a nuestras ventanas como un salón de dioses, y yo soy la única que parece alegre, soy la única que se ríe.

Una risa significa. No sólo alegría. Soy una artista de la risa. Artista es sin duda un poco pomposo, aunque en realidad es también mi título oficial. Artista, si es que me lo merezco, porque no tengo solo una única risa buena, sino muchas. Tengo una risa estridente, una risa sibilante, una risa suave, una risa burlona, una risa que es puro goce, un dulce toque de timbre, una risa furiosa. una risa instigadora, una risa infecciosa, una risa educada, una risa consoladora. Estoy desarrollando una risa que incorpora tonos de ladrido con gañidos de perro: es una risa mendiga. Una risa que dice por favor. ¿Se puede decir por favor con una risa?

Sí. Escuchen:
Jak-ja-rauf-jak-jup-up-ja-jak

Él: ¿Quieres esto? Dime, ¿lo quieres? ¿Puta?
Yo: *jak-ja-rauf-jak-jup-up-ja-jak*

No fue así que me reí cuando vi al hombre perseguir a la mujer que cruzaba la calle. La calle vacía porque adelante había luz roja, de lo contrario era bastante transitada, los coches pasaban rápido por allí y en los días de lluvia los neumáticos hacían en el pavimento un ruido que era raramente consolador y se ponían negros lustrosos por el agua. No, no estaba lloviendo, ese día no. Pero estaba oscuro, y había estado oscuro todo el día. La mujer llevaba puesto un buzo rojo sin mangas con la capucha levantada sobre la cabeza, pero aun así la adivinaba mujer. No estoy segura de por qué, pero la mayoría de las mujeres tienen un modo de andar, no pueden evitarlo. No es un pavoneo de caderas, o no es que sea algo delicado. Quizá sea solo una conciencia de cuánto espacio están ocupando en todo momento. Incluso si dan pasos largos para moverse rápido, son conscientes de la cantidad exacta de espacio que usa su cuerpo al expandirse y contraerse. Ella tenía eso. Yo lo tenía. Había visto un video de mí misma en movimiento. Era una obra de teatro en la que estaba cuando intentaba ser actriz y no una artista de la risa. No es que no quisiera ser una artista de la risa, simplemente no sabía que se pudiera. En la obra yo era un mozo y entraba en escena de una manera que me parecía masculina. Me concentraba también en que no se me cayera la bandeja, que era grande y circular y había que sostenerla a la altura de la oreja según me había indicado el director. En la bandeja había una gaseosa en botella de vidrio de la época por razones de realismo, de modo que, si se me caía la bandeja, se derramaría, realista, con gas a través del escenario. No puedo atribuir mi falta de masculinidad a mi concentración, sin embargo, porque de hecho practiqué muchos meses, aunque era un papel pequeño: muy pequeño, para ser franca, una sola escena. Solía sentarme en la parada del bus a observar la manera en que caminaba la gente, la estudiaba de verdad. Hice caminar a todas mis amistades en círculos alrededor de mi departamento con una gran bandeja circular a la altura de la oreja, y a mi marido. Quiero decir, hice caminar también a mi marido, y los filmé. Miré las películas una y otra vez. Allí fue cuando advertí ese asunto de las mujeres y la manera en que caminan. Caminar no es tan sencillo como poner un pie delante del otro, aprendí también. Nuestro equilibro parecía a la vez practicado y precario mientras más lo estudiaba. Sentí lástima por cada uno de nosotros los bípedos al final de eso. En contraste, los movimientos del gato nunca encerraban la clase de peligro que parecía encerrar cada paso de cada persona. Ella además no parecía nunca triste.

El elenco salió a tomar unos tragos después que el espectáculo

terminó y yo estaba hablando con el director. Le conté todo esto. Yo estaba un poco achispada y le pedía disculpas por no ser capaz de dominar una manera de caminar auténticamente masculina. Pero cuando pedí disculpas, él pareció divertido. Dijo:

—Te di ese papel precisamente por esa manera de caminar. —Pronunciaba mal y con acento francés—. ¿Por qué crees que te hice varón cuando podrías haber sido una mujer? Me gustaba ver a una mujer cruzando el escenario, deseando ser varón. —También me dijo —: Tú tienes una forma desaliñada de estar en tu cuerpo. Es raro para una actriz. Las actrices siempre son muy conscientes de su cuerpo. Pero tú, tú pareces encogerte de hombros a ese respecto. Decir: y bueno. —No me gustó mucho eso, aunque tuve la sensación de que él lo decía como cumplido. Creo que lo había dicho casi en tono seductor. Pero estaba casado con la actriz protagónica, a la que yo le servía la gaseosa, de modo que tal vez no lo había dicho como cumplido. Y la mujer dobló la esquina.

Y la mujer dobló la esquina y quedó borrada. El hombre también dobló la esquina y quedó borrado. La calle se llenó de autos, liberados por la luz roja hacia el corral de la cuadra a oscuras como toros. Sus luces traseras eran rojas y sus luces delanteras mojaban la calle, oscureciéndola. Di golpecitos en el vidrio como si fuera un acuario, todavía riéndome, pero esa era una risa franca, mi risa de verdad, que yo solo podía liberar cuando bebía, porque me estaba volviendo demasiado experta. Cada vez que comenzaba a reírme en compañía, sentía como que estaba construyendo el sonido, estaba eligiendo entre sonidos, para darle placer a mi oyente o negárselo. La elección era mía pero seguía siendo una elección. Después de un tiempo, incluso cuando estaba sola me volvía demasiado consciente de la elección y la construcción como para reírme con autenticidad. Dejé mi risa, es lo que digo. Me quedé fuera de ella y la observé dejarme, deslizándose o irrumpiendo a través de mis labios. Era como una vendedora de helados a la que seguía gustándole el helado pero no podía exactamente saborearlo. O era demasiado consciente de eso. Saboreaba crema, grasa, azúcar, las notas ligeras y oscuras de la vainilla. Era demasiado. Pero borracha: ah. Mi risa regresaba. La mente se olvidaba de los labios, la respiración. Se caía de mí. No era una risa que yo pudiera ejecutar bajo mi mando, como todas mis otras risas. Era un sonido fantásticamente feo, chirriante, como un portón oxidado al abrirse sobre sus goznes:

Jaric-jaric-jaric

Tenía una sensación muy buena a lo largo de la garganta y pasando hacia el otro lado de mis dientes a toda velocidad. Varios

minutos más me quedé frente a la ventana. Entonces mi trago estuvo vacío y fui a la cocina a servirme más. Vivo sola en mi departamento ahora y mi marido no es mi marido. Rompimos amistosamente y seguimos viéndonos a veces y abrazándonos. Comencé a susurrarle algo indescifrable en el cuello durante esos abrazos, porque estoy tratando de volver atrás la lenta pero total erosión del misterio producida en los seis años de nuestro matrimonio. La forma de un cuerpo, los ruidos íntimos de un cuerpo, relaciones sexuales, risa, los pedos amortiguados desde el baño, las supuraciones del cuerpo: y había habido veces estando con él en que yo no era para nada distinta de lo que había sido de niña, y sospechaba que él no era para nada distinto conmigo de lo que había sido de niño, estúpidamente felices y jugando, luchando en la cama como criaturas desnudas. Se me caía la cortina en esos momentos sin que yo siquiera me diese cuenta: el terror venía después, cuando notaba que se había caído, cuando trataba de juntarme de a puros puñados, pero era arena derramada por todas partes. No podía explicárselo a él, ni siquiera a mí misma, ese pánico absurdo. Me agarraba cuando estaba preparando la comida, o trataba de leer un libro, o, a veces, inmediatamente después de tener sexo: y él lo percibía, si estaba mirando, lo describía como quedarse en blanco detrás de los ojos. Todavía cocinando. todavía moviendo los ojos a través de la página, todavía acostada al lado de él, suelta y respirando: el cuerpo seguía viviendo. Pero el pánico se expandía hacia fuera, irreprimiblemente hacia fuera. ¿A qué le tenía miedo? Nada. Literalmente nada. La nada. A desaparecer.

Para mi proyecto final en la escuela de la risa, creé una risa de divorciada. Me llevó un tiempo articularla y luego perfeccionarla. Empecé con la risa pura de un bebé y luego la ensucié, le violenté los bordes. Tuve que practicarla delante de mi clase y mi profesora, y mientras la observaban irrumpir desde mi boca, sentí que me convertía en la persona que la risa sugería, deshecha pero fanfarrona, la clase de mujer que deja marcas de lápiz labial en un cigarrillo. Después la profesora me llevó aparte y me pidió si no se la enseñaba, cosa que me alegró hacer, sentada casi rodilla contra rodilla con ella en su pequeña oficina con olor a alcanfor. La aprendió en apenas un par de minutos y la coronó con una floritura amarga de su propio cuño: entonces fue la suya, aunque estaba felizmente casada con un contador. Ella en sí era una risa hermosa, sin costuras, su cara parecía replegar un estrato mientras la reía, de modo que una podía verle la estructura elegante, los huesos. Enseñaba risa como si fuera una lengua extranjera. haciendo una demostración de una risa y luego desglosándola en sus sílabas más claras, que nos proveía de a dos o tres hasta que lográbamos reírla al unísono, entonces estallábamos en nuestro propio ritmo y la risa se hacía añicos a través de la sala.

Sonaba distinta en cada una de nuestras voces: la barítono malbec de Lawrence, la mezzosoprano cremosa de Jessa. la sorprendente tenor de Lilly: Timo la sacaba toda por la nariz, pero en Sandra se podía observar el ascenso de la risa de las tripas al pecho a los hombros, era profundamente atlética, y ella me contó que tenía que ponerse un corpiño deportivo para ir a clase porque le producía tantas sacudidas en el pecho como correr. Ahora yo podía distinguir a mis compañeros en un salón de reidores, y, cuando oigo sus voces en la televisión o en propagandas, recuerdo muy visceralmente el cuerpo que creó los sonidos musicales: es íntima como el tacto su risa. No estamos en contacto ahora, pero a veces nos llamamos y nos reímos por el auricular, reímos y escuchamos, mientras vamos aprendiendo. La escuela de la risa a la que fui es la mejor del país, aunque no otorga título, todo lo que te dan es un certificado. Tengo el mío colgado en la sala de estar y me da orgullo. Me da orgullo, pero me aterró explicarle a mi madre india en hacer qué había empleado mi tiempo y dinero.

Pero cuando le conté de hecho a mi madre que era una artista de la risa, ella dijo:

—¿Reidora profesional? ¿Como una plañidera profesional?

Yo nunca había oído hablar de eso.

—Cuando murió tu tío, contratamos plañideras profesionales, eran mujeres que venían a llorar y lamentarse. Caminaban a nuestro lado en el cortejo fúnebre y lloraban y se lamentaban.

—Pero ¿por qué?

—A veces, cuando pierdes…, cuando la gente muere, es muy difícil producir lágrimas. Sientes que quieres producir lágrimas, pero algo dentro las detiene y te oprimen el pecho. Como algo reprimido allí. Entonces esas mujeres vienen y lloran por ti. Cuando las oyes llorar, tu cuerpo empieza a producir lágrimas, las lágrimas viajan desde el pecho hasta los ojos. Y cuando fluyen de tus ojos, ese peso en el pecho disminuye.

Quise tocar a mi madre. Aquel día fúnebre me había separado de ella un continente y no entendía por qué se había ido. Mis padres trataron de explicarme la muerte, pero no capté; nunca vi a mi tío que vivía en la India, su desaparición me parecía ya un estado fijo; ahora, doblemente desaparecido, era una abstracción imposible de comprender. Pero años más tarde vi una foto de ella que se había sacado para mi padre, que estaba detrás, conmigo. En la foto tenía puesto un sari blanco y la piel de alrededor de los ojos era muy oscura, el pelo cortado hasta casi el cuero cabelludo, pelada como un recién nacido, la boca abierta: la sonrisa estaba irrumpiendo. Se la veía densa y frágil y hermosa como una estrella.

Le dije que había aplicaciones prácticas como en el trabajo de voz en off o el de público presente en un estudio, y que estaba la risa

desarrollada por mí misma, como una artista que hacía dibujos publicitarios pero era también pintora en la década de 1940. Quise enfatizar la utilidad práctica de mi nueva profesión porque podía oír miedo en su voz cuando me contaba de las plañideras. Yo era una chica alocada, ella tenía miedo por mí. No logré borrarle el miedo.

De ella aprendí el miedo, de mi madre.

La calle se despejó y vació muchas veces más y salió la luna. Para entonces, yo había terminado de reírme. Fui a darme una ducha caliente que fue algo breve aunque era la tercera del día. Se me estaba haciendo difícil porque estábamos en una sequía terrible, pero bañarme me daba un alivio intenso y medicinal. Tres grados más y el agua me habría quemado la piel, estaba al filo de la navaja de lo tolerable, y usaba jabón para vajillas, de hecho yo fingía ser un plato y me manipulaba con mucha delicadeza. Venía bañándome de esa manera los últimos tres días y la piel se me había puesto muy… tirante. Ya no parecía calzarme con tanta exactitud como antes, como si hubiera tenido puesto un guante perfecto diseñado para mi mano. Ahora daba la sensación de que mi interior fuera creciendo más rápido que mi exterior y pronto me rompería en dos. La chica interior sería limpia y reluciente. dorada. Había que tener cuidado cuando una estaba borracha y bañándose, podía resbalarse y hacerse añicos. Pero en realidad no sería dorada, bien sabía yo, cuando emergiera. Tendría la horrible piel rosada que quedaba cuando se pelaban las quemaduras de sol: recién nacida, fea e indefensa como un topo bebé. Estaba vistiéndome cuando sonó un rato el teléfono y luego salté ante el sonido del portero eléctrico y fui hasta la ventana: mi exmarido estaba allí con su chaqueta mirando para arriba y agitando la mano para saludarme. Estábamos a demasiada distancia para ver la expresión de las respectivas caras. Lo dejé subir. Parecía querer tocarme, pero se contenía, yo estaba toda erizada, estaba muy tensa. Llevaba dos días sin dormir y era casi la noche del tercero. Él dijo mi nombre, que es Janaki, y jamás voy a cortarlo en Jan, carajo. No se dice el *Jan* de Janaki como el *Jan* de Jan: se estira y se ablanda. Se lo enseñé a mi clase y a mi profesora como mi profesora nos enseñaba risa, desglosándolo en sus aterciopeladas sílabas. Era de mi abuela.

—Hola, Ravi. —Salió casi como un gañido. Tenía la garganta áspera después de toda aquella risa.

—¿Estás bien, camarada?

—¿Qué haces aquí?

Miré hacia él, su cuerpo. Yo me había formado contra él, mi forma se había formado para adecuarse a él. Ahora, separados, parecíamos muy raros. Él llevaba su preocupación en todo el cuerpo, pero no podía hacer nada para serenarse como en otros tiempos.

—¿Janaki?

Estaba quedándome dormida de pie, algo que no hubiera creído posible. Mis ojos se abrieron de golpe. Vértigo. Alargué un brazo y la pared me sostuvo. ¿Qué miércoles?, decía su cara. Yo seguía erizada, así que no intentó acercarse. A mí. Ojalá yo hubiera aprendido antes a tablearme. Una arruga entre las cejas. Qué divorciado buen mozo.

—¿Estás borracha?

—Sí. ¿Y?

—Y nada. Solo quería estar seguro de que no te estaba dando un…, un ACV.

Sonreí.

—No me caigo.

—Bueno, ¿porqué no nos sentamos?

—Bueno. No te pongas condescendiente conmigo.

—No me pareció que estuviera haciendo eso.

—El tono.

Me senté en el piso. Quizás él estuviera sorprendido del orden que había en el departamento, ahora que vivía yo sola. Cuando vivíamos juntos, adopté una postura anti-quehaceres-domésticos surgida de nuestra confusión colectiva sobre lo que era una esposa. Hasta mi propia mierda, mi ropa, se apilaba alrededor de la cómoda y la cama en formaciones que él llamaba banquinas. Ahora, muchas veces ponía la ropa que descartaba en el canasto de la ropa sucia o de vuelta en la percha.

—¿Quieres un poco? ¿Whisky?

—No, gracias.

Se sentó él también, con torpeza. Sus piernas no se doblaban con facilidad para cruzarse, sino que quedaban para arriba como las de una rana. Mi estúpido marido. Ahora estaba enamorado de una mujer llamada Sophie, y tuve la intuición de que Sophie quedaría pronto embarazada: era un poco mayor que nosotros y quería hijos, y sé eso porque me lo contó ella misma durante la cena la primerísima vez que nos vimos. Él había dicho en el auto que era su propia culpa, lo que era vanidoso y exasperante además de no ser cierto. ¿Culpa tuya? Como si él tuviera alguna clase de control sobre mi vida, por no hablar de las cosas que me pasaban. Si no nos hubiéramos divorciado, no habrías salido con ella. Los dos queríamos el divorcio. De hecho, el divorcio fue idea mía. ¿Idea mía, culpa mía? Y entonces se echó atrás, diciendo no es culpa de nadie, no es culpa de nadie. Que incidentalmente es lo que había dicho el Estado de California acerca de nuestro divorcio y diría acerca de mi violación. No es culpa de nadie. No hay pruebas suficientes. Tu palabra contra la de él.

—Vamos a la cama.

—Si tuvieras la oportunidad de ir a la Luna, ¿irías?

—Sí —dijo él.

—¿Y a Marte? De Marte no vuelves.

Sentí que me miraba.

—Mírate, apenas puedes mantener los ojos abiertos.

—La Luna sí, Marte sí. Para mí. En realidad, Luna sí, Marte tal vez.

—Jaan.

—Ya no tienes que hacer esto.

—Dios, alguien tiene que hacerlo. Arriba.

Yo estaba levantándome para ponerme de pie. Sus manos estaban frías y eran familiares. Por un momento recordé mi cuerpo. Luego se puso muy pesado. Ya estaba en la cama. Los viejos tiempos se habían terminado, entendí, los malos tiempos cómodos de vivir con libertad. Lo que se abría por delante lo sentía austero y aterrador. De hecho, no podía mirarlo en plena cara. Cerré los ojos.

Mi profesora me dijo que me había aceptado en el programa porque mi risa era excepcional y perturbadora y le veía potencial. Pero tendría que aprender a combinarla. Me resultó un comentario raro, porque me creía en perpetua combinación, un instinto de hija de inmigrantes que yo estaba trabajando mucho para desaprender, porque me hacía mala actriz. Pero mis instintos siempre habían sido diferentes con la risa: mi profesora de risa me dijo que combinara, pero también dijo que yo tenía una risa que a su parecer sería perfecta para mí. Fui a su oficina con la esperanza de ser su protegida, una esperanza que no me tomé la molestia de disimular, de lo ansiosa que estaba por tener una mentora. De hecho, se convirtió en mentora mía y de todos nosotros. todos lo que quisimos tener mentora, y no ejerció favoritismos. Nos dio a cada cual una risa para aprender que era nuestra.

Aruf-aruf-ec-ec-ec-ec

Llevó un tiempo.

—Más gutural. Escúpelo. Tiene sangre.

Yo no entendía aún que algunas risas no son alegres. Era un ruido oscuro y potente el que hacía ella, un sonido hechizante, apenas controlado, controlable. La risa le cambiaba la cara, esa cara amable, maternal, la hacía gruñona. Los huesos sobresalían. Pasamos mucho tiempo, varias horas, con esas sílabas diminutas, y ella tenía más paciencia que yo: yo tenía hambre. Entonces reí un hilo largo de esa risa, con precisión si no con pericia, cayó de mí como una hebra de seda roja y. en la quietud de esa habitación, me quedé eufórica por mi audacia, mi sangre.

—¿Cómo se llama?

—Ya sabes cómo.

Había una luna diminuta en la ventana de su oficina, diminuta porque estaba sola en la ventana y no había nada con lo que compararla sino consigo misma. Caída

—Risa de la muerte.

—Ah. ¿Cuál?

—¿Hay más de una?

—Por supuesto —dijo ella.

—Risa de cara a —dije yo.

No se sonrió.

—Sí.

DIDI

Cuando volví del almacén, mi esposa estaba sentada en un sillón mirando la lluvia por la ventana. Pareció sobresaltarse al verme y se enjugó las lágrimas con las palmas de las manos, y luego la vi arreglarse la cara con cuidado antes de girarla hacia mí.

—¿De vuelta tan pronto?

—El bus llegó enseguida.

—¿Conseguiste todo?

—Sí, todo —dije yo. Fui a la cocina y dejé sobre la mesada todas las bolsas de provisiones. Me gustaba la carga en los brazos y los hombros y lamenté soltar las bolsas. Se desplomaron. Mi esposa entró detrás de mí en silencio y fue hasta la pileta a lavarse las manos. Tenía puesto un hermoso vestido de un material oscuro y fino, que se ponía a veces cuando salía en raras ocasiones a restaurantes de lujo. Ahora que estaba más cerca de ella, alcanzaba a verle el maquillaje de los párpados y a olerle el perfume. Eran las once y media de la mañana.

—¿Adonde vas?

—¿Adonde voy a irme? —dijo ella. Levantó con cuidado cada artículo de la bolsa de provisiones, haciendo girar cada naranja en sus delgadas manos para inspeccionarlas o bendecirlas. Sacó un cuenco grande de madera y colocó dentro las naranjas, y tenía razón en hacer eso: quedaban hermosas en ese cuenco.

—Son caracara rojas —le dije—. Me comí una en el almacén.

—¿A cuánto estaban?

—Cuatro con cincuenta la libra.

—¿Cuatro con cincuenta? —Parecía disgustada, y yo francamente estaba contento. Quería verle algo en la cara, incluso disgusto.

—Prueba una —dije.

—No tengo hambre ahora.

—Toma —dije. Saqué una del cuenco y la pelé desordenadamente; se me llenaron las manos de jugo. Tenía la ropa todavía húmeda por la lluvia. Le tendí un gajo—. Toma, prueba.

Se quedó de brazos cruzados. Se lo tomó como una especie de juego: esposa enojada, marido estúpido.

—Toma —dije. La fruta era por dentro de un anaranjado rojizo, casi el color de un pomelo rosado. Me acerqué con el gajo en la mano. Se quedó inmóvil. Le llevé la fruta a los labios—. Toma —dije, poniéndole la fruta bien en la boca, mojándole los labios con el jugo. Parecía muy bajita, de pie conmigo en la cocina. Llevaba el pelo moreno peinado con una pulcra raya al costado y recogido en la nuca. Tenía ojos separados y hombros muy angostos. No se me resistió. Abrió la boca. Comió el trozo de fruta que le ofrecía y luego abrió la boca esperando otro. Entonces me quedé allí dándole de comer la naranja. Le estaba agradecido. Cuando terminamos. se enjugó la boca.

Antes en el bus había encontrado lugar para sentarme y poner las bolsas de provisiones en el asiento de al lado. Iba en una especie de trance mientras miraba por la ventanilla. Estaba el ruido de las ruedas en la calle lluviosa y la salpicadura de la lluvia resbalando por la ventanilla. Apenas si sabía dónde estaba. Tuve el impulso de agarrar un paquete de harina de la bolsa de provisiones. Saqué el paquete de harina integral y me lo apoyé en el regazo. Quería sentir en los brazos ese peso y esa carga. Lo rodeé con los brazos y cerré los ojos. Por un momento me dio una buena sensación, su presión en mis muslos, sus rebotes con los movimientos del bus, casi como una criatura viva. Pero al rato empecé a sentirme insatisfecho y lo guardé.

—¿Por qué estás vestida así? —dije ahora.

—Ah —dijo como ausente. Estaba mirando otra vez por la ventana —. Solo quería sentirme bonita.

En esa época mi esposa hacía pan todos los días, demasiado pan para nosotros dos. de modo que los sábados por la mañana salíamos a dar una vuelta y regalábamos hogazas a las personas que vivían en la calle en nuestro vecindario, aunque muchas veces teníamos la sensación de que habrían preferido otra cosa. Pensamos en tener un perro. Mi esposa ocupaba el tiempo libre en aprender hindi por sí sola. Yo tenía mis libros; a veces iba solo a algún bar. Pasamos unos meses tranquilos. Yo la veía seguir a los niños con la vista en los restaurantes o en el parque. Una vez a la salida de una pizzería un chiquillo le aferró las manos con sus deditos y trató de treparse por su pierna, diciendo: “¡Mami, mami!". Fue al verle la cara que él se dio cuenta de su error y se escabulló, y, cuando le apoyé a mi esposa una mano en el hombro, ella se apartó. De nuevo, la vi arreglarse con cuidado. Cuando alzó la vista, vi que trataba de reírse.

A mí se me había dado por contar la historia, cuando no estaba cerca mi esposa, a desconocidos en las fiestas. Después de unas cervezas, tenía una linda sensación en el estómago. Era una furia tibia. Decía:

—La parte peor, quiero decir la parte realmente de mierda, es que

ni siquiera estoy seguro de querer ser padre. De hecho, pienso que es fundamentalmente malo traer vida a este mundo. Uno piensa en las cosas que sabe que tendrá que sufrir el hijo, cualquier hijo, incluso si uno le da la mejor vida a su alcance. Piensen en la muerte, por ejemplo —decía yo—. Piensen en la capacidad de carga de la tierra, por el amor de Dios —decía— Piensen en los pedófilos. —Dejaron de invitarnos a muchas fiestas.

Había una manera en que mi esposa se tocaba la panza uno o dos días antes que me contara. La vi juntando fuerza. Yo también juntaba la mía. Los nueve meses fueron como una única respiración contenida.

Entonces nació nuestra hija Cuando ella era bebé, a mí me gustaba escuchar los fines de semana una canción particular de Echo and the Bunnymen y observarla patear al aire. Para cuando tuvo cinco años, yo ya sabía que nunca sería bonita; tenía todo de mi aspecto. Era robusta, de estructura sólida, morena como yo o más, con cejas tupidas y ojos pequeños y curiosos que escudriñaban desde su cara como un tejón. Se llamaba Diviya: nosotros le decíamos Didi.

—¿Alguna vez se te ocurre pensar —le dije a Didi— que el hecho de que nosotros dos estemos sentados aquí a la mesa solo va a ser relevante para nosotros?

—No —dijo Didi. Era un domingo a la mañana y estaba relamiéndose con un vaso de leche; era una gran comedora y comía siempre con gusto.

—Quiero decir, cuando yo me muera y cuando mueras tú, este momento ya no va a importarle a nadie. No hay nadie más aquí.

—Mami está aquí.

—Mami está en la otra habitación.

—Me va a importar a mí.

—Bueno, pero vas a estar muerta.

—No, yo no. —Entonces sacó su libro de *101 chistes de vacaciones* y leyó en voz alta algunos. Había aprendido a leer a temprana edad y a los seis lidiaba con *Cumbres borrascosas*. A mí me daba miedo de que su idea del mundo de los adultos se estuviera sesgando, pero supuse que ella finalmente solucionaría eso. Estaba sentada a la mesa de la cocina y balanceaba las piernas mientras yo tomaba mi café—. ¿Por qué no me gusta el pepino?

—A ti te gusta el pepino.

—A mí sí, pero a la persona del chiste no le gusta.

—Ah. bueno, ¿por qué?

—Porque no me importa un pepino. —Tenía una forma inexpresiva de hablar.

—Es tan malo que duele físicamente. De todas maneras, ¿qué tiene que ver eso con las vacaciones?

—Ni idea —dijo. Leyó—: Disney y yo tenemos algo en común. A los dos nos gusta el final feliz.

—¿El qué? —dije yo.

—El final feliz. No lo entiendo.

—No —dije— No, no. no. Dame ese libro. —Lo había escrito un imbécil llamado Nicholas Trevor. Se lo mostré a mi esposa. Estaba en el dormitorio, leyendo un libro de poemas en hindi— Tenemos que quemar este libro —dije.

—Me parece que estás exagerando.

—¿Sabes acaso lo que es un final feliz, en un masaje?

—Sí —dijo ella— Sé lo que es un final feliz.

Me senté a su lado en la cama. Algo relativo a la manera en que estábamos situados, ella acostada boca arriba con el libro y yo muy cerca, sin tocarla, me hicieron acordar de cuando estaba embarazada de Didi y yo le apoyé la mano en la panza por primera vez y sentí la patada de una criatura viva. Mi esposa me contó que se le habían aguzado los sentidos. “Es muy extraño”, había dicho. "Puedo oler todo. Me imagino que así debe de ser el mundo para un perro. Aunque la ventana esté cerrada, puedo oler la lluvia de la calle y la hierba y la tierra húmedas." Me dijo que yo olía a ocho cosas distintas y las enumeró todas, la última de las cuales era nerviosismo.

—¿A qué huele el nerviosismo? —le pregunté.

—A una especie de olor agrio. Está en tu transpiración.

—No puedes oler eso.

—¿No estás nervioso? —dijo ella. Me aferró el codo con la mano. Estaba casi furioso de que lo hubiera notado—. Yo también estoy nerviosa —dijo. Pero el embarazo le había dado la calma luminosidad de un Buda y yo no le creía.

—¿Qué le vamos a decir a Didi? —le pregunté ahora.

—¿Acerca de qué? —dijo mi esposa.

—Sexo, muerte, finales felices —dije yo.

—Ah. no sé —dijo ella—. Todo, supongo.

En la escuela secundaria yo hacía lucha libre. Recuerdo que era muy bueno, aunque en cierto momento simplemente abandoné. Puedo recordar con mucha nitidez aquel olor a transpiración y el desodorante y el talco que nos poníamos debajo de los pantalones cortos para evitar la irritación del roce. Más colchoneta abajo estaba el olor a pies, el plástico pegajoso de la colchoneta también, y a mí me encantaba ese olor porque yo no me permitía olerlo si no había ganado.

Hubo un solo combate en particular en el que pienso a menudo. Fue uno de los últimos que tuve, antes de abandonar la lucha libre. Antes de un combate, trataba de poner la mente serena y en blanco. Necesitaba no sentir ninguna emoción hacia mi adversario. Pensaba en mí como en un soldado en ciertos aspectos. Escuchaba la voz de mi entrenador: él me entendía. Él sabía que no se trababa de lo que me decía sino del sonido de su voz, y usaba su voz para hablarme de la manera en que uno usa la voz para hablarle a una criatura o a un animal, con atención al timbre y el tono.

Mi adversario y yo estábamos en la misma categoría de peso, pero él tenía una presencia enorme, la presencia de un toro, y tenía la piel morena como yo, de ascendencia similarmente tropical. Al principio evité el contacto ocular, porque estaba forcejeando por despejar ese espacio en mi mente. Cada vez que sus ojos se encontraban con los míos, yo sentía como si hubiera rozado alguna cosa aguda, espinosa, como una espina de pescado. Pero no quería parecer débil o asustado, de modo que al rato empecé a mirarlo a los ojos. Fijé en mi mente su cara: el mismo contorno chato de los orificios nasales del sur de la India, los labios de color marrón morado: tenía la cabeza afeitada como yo, y como a mí le sobresalían las orejas de una manera casi agradable, y cuando abría la boca, le veía los dientes, de un tinte apenas amarillento y forma irregular, casi relucientes al lado de la piel morena. Bastante cerca como para verle los poros de la cara, empecé a cometer toda clase de errores de novato, dejándole demasiado terreno cuando tendría que haber estado a la ofensiva, muy levantado aunque mi verdadera fuerza está en las piernas. De golpe me atrapó en sus brazos. Estaba parado detrás de mí, atenazándome el vientre y el pecho hasta dejarme sin respiración. Al principio sentí puro pánico y luego vino otra emoción. La emoción fue casi un sonido que oí, repicando en mis oídos. Estaba recostado en brazos de mi adversario.

Me desperté con el timbre del teléfono. Didi estaba en una fiesta de pijamas; ya estaba demasiado avanzada la noche para que fueran buenas noticias. Corrí al teléfono.

—¿Hola?

—¿Papá?

—¿Didi?

—Hola, papá. —Estaba susurrando.

—¿Qué pasa? ¿Qué problema hay? ¿Estás bien?

Mis ojos empezaban a acomodarse. Me llevé el teléfono de vuelta al dormitorio, donde entraba por las ventanas la luz de la calle, y me senté en la cama.

—Didi —le dije a mi esposa, que se frotaba los ojos con las manos,

con aspecto de niña por un momento. Tomé en mi mano su pie tibio.

—¿Me vienes a buscar?

—Didi. ¿qué pasó?

—¿Mi cama sigue allá?

—Claro que sí. ¿Pasó algo? —Pero no pude obtener una respuesta de su parte. Casi nunca la había oído asustada. Era su primera fiesta de pijamas. Tapé con la mano el micrófono del teléfono y le expliqué la situación a mi esposa, que dijo que iría a buscarla ella por la mañana.

—Te dije que era demasiado pequeña para una fiesta de pijamas —no pudo evitar añadir. Había parado de llover y empecé a ponerme los pantalones y los zapatos—. Querido, son las dos de la mañana —dijo ella, y luego, suspirando—: Tómate un taxi, por lo menos.

Pero fui caminando. Afuera estaba más cálido de lo que me esperaba. El cielo estaba de ese color morado moretón que tenía de madrugada antes de la lluvia, casi rojo, un rojo fantasmagórico. Después de cruzar Valencia me encontré con calles vacías. De joven caminaba así, antes del amanecer por las calles de la ciudad, cuando no podía dormirme. La gente me decía que era peligroso, pero yo veía toda clase de cosas. Me gustaba quedarme parado en la esquina observando el cambio de las luces de los semáforos aunque no hubiera autos. Era el último hombre sobre la tierra, pero las luces todavía cambiaban. Esperaría mi tumo.

Didi estaba sentada en el escalón de arriba fuera del departamento de la amiga con la mochila a cuestas. Tenía puestos pantalones amarillos y un buzo rosa que ya le quedaba chico pero insistía en seguir poniéndose.

—¿Qué miércoles estás haciendo, *guddu*? —le dije. Era extraño verla ahí. Ladeó la cabeza en mi dirección de modo tal que se le bañó de luz. Nadie tendrá esa imagen de ella: ni su madre ni el hombre que se la lleve, pues va a morir conmigo. La cara marrón de mi hija a la luz de la calle, el fulgor de sus ojos negros.

—No quería despertar a nadie —dijo.

—Baja de ahí —dije yo. Descendió los escalones con mucho cuidado, agarrándose de la baranda. Empezamos a caminar—. ¿Estás cansada?

—No —dijo ella. Me tomó la mano por costumbre. Su otro brazo se balanceaba en libertad. Iba creciendo rápido; podría llegarme a la cintura, daba la sensación, en cuestión de semanas.

—¿Qué pasó? —dije—. ¿Te asustó algo? ¿Tuviste una pelea?

—Pensé que ustedes iban a regalar mi cama.

—Eso es absurdo, Didi, jamás regalaríamos tu cama.

—Bueno, eso es lo que pensé. —Esperamos los dos en el semáforo,

aunque no venía nadie. Todos los gatos del vecindario habían salido, los tímidos que se escabullían si llegaban a vernos durante el día. pero de noche estaban en libertad y bufaban si nos acercábamos demasiado —. ¿Alguna vez te sientes triste cuando vas a la biblioteca?

—¿Y tú?

—Sí —dijo—. Siento que hay tantos libros allí y nunca voy a poder leerlos todos.

—Un montón de esos libros ni siquiera son buenos. Son tipo libros de cocina y libros sobre programación de computadoras.

—Ah, entonces, ¿tú no te sientes triste en la biblioteca?

—A veces sí.

Yo venía caminando rápido y ella se rezagaba un poco, de modo que reduje la velocidad. Era un gran placer observarla moverse. Recogía las manos en puños y marchaba, llena de destino.

—¿Por qué te preocupaba que regaláramos tu cama?

—Bueno, están todos esos amigos que duermen afuera. Mami se pone muy triste cuando ve a todos esos amigos afuera. Así que yo pensé que tal vez, como yo no estaba usando mi cama, ella se la daría a alguno de esos. No me importa por una noche, pero mañana yo necesitaría de nuevo mi cama y ¿qué pasaría si él no quiere dejarla? ¿Tendríamos que compartirla? ¿Por qué esos amigos tienen que dormir afuera, de todos modos?

Era una pregunta que hacía ella a menudo y nunca parecía satisfecha con la respuesta. Así que solo me encogí de hombros.

—No sé. Didi. Algunos amigos duermen afuera, algunos amigos duermen adentro. Pero nosotros no vamos a regalar tu cama nunca.

—Ya sé que tú no. pero ¿y si mami quisiera?

—Mami sabe que tu cama es tu cama, incluso cuando no estás usándola, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella. A veces no lograba interpretarla.

—Didi. hay algo que quiero contarte. Tuviste un hermano mayor.

—¿De veras? —dijo ella—. ¿Dónde está?

—Murió, antes de nacer.

—¿Qué clase de persona era?

—No sé —dije yo. La miré. Desde arriba podía ver moverse por su cerebro el pensamiento de un hermano. La empujé más todavía— No tenía el cerebro formado del todo, entonces se murió.

—¿Se murió? —dijo Didi. Luego dijo—: Como todas esas personas en Japón.

—Más o menos así —dije yo. Cruzamos la calle Valencia, un extraño apiñamiento de personas porque todos los bares estaban cerrando, y parecían impactadas de ver a Didi. de pie tan pequeña e intrépida entre ellas. Las personas borrachas tienen su propia lógica,

supongo. La alcé. Era ese viejo mito, el padre de Krishna cargando a hombros al bebé Krishna. las aguas elevándose para tocar los pies del niño. La agarré de las canillas, sus pies golpeaban contra mi pecho: ella me rodeó el cuello con los brazos y se inclinó hacia delante de modo que su pecho se apoyaba en mi cabeza. Entonces cruzamos Valencia y las calles estuvieron vacías.

—Papá, ¿qué les pasó a esas personas de Japón?

—Murieron, Didi.

—Ya sé, quiero decir: ¿qué les pasó?

—Se ahogaron —dije yo—. O les cayó algo encima. O tal vez algunas personas tuvieron un ataque al corazón.

—Pero ¿qué *pasó*?

Estaba al borde. La aferré. Empezaron a dolerme los hombros.

—No sé —dije— ¿Qué pasó?

—No sé —dijo ella.

La cuesta hasta nuestra casa era empinada.

—Didi. ¿puedo bajarte? —dije.

—Está bien —dijo ella.

Me arrodillé para que pudiera bajarse. Pensé en su hermano. Por un momento lo vi con mucha claridad, de pie a su lado en la vereda. Tenía la cara de aquel luchador de la escuela secundaria al que me rendí, lo que es decir, mi propia cara. Los brazos le colgaban a los costados. Era con terrible furia y amor que había luchado contra mí hacía todos esos años. Didi avanzaba a mi lado con dificultad. Luego llegamos a casa. La alcé y la llevé a la cama. Le saqué los zapatos y las medias y le puse el camisón que seguía en su mochila junto con el cepillo de dientes y su libro de chistes y su ejemplar de *Cumbres borrascosas*. Me senté con ella en la oscuridad de su cuarto diminuto hasta que se quedó dormida, lo cual no tardó mucho en suceder. El aire nocturno me había mantenido despierto: ahora aquí en la casa tibia me sentí viejo y somnoliento. Sentí que el sueño empezaba a aferrarme. como me imagino que haría la muerte, de la cintura con delicadeza. Por un momento, lo lamenté. Luego me recosté en él.

UNA CASA ES UN CUERPO

No el aroma del humo, sino verlo, no el hecho en sí de verlo, sino la pantalla a través de la cual alteraba la luz del sol: no lograba articular el cambio con exactitud, como la luz agria de una pesadilla. Se había quedado dormida. Estaba acostumbrada a despertarse con el sonido de la alarma. Levantada aturdida y pestañeando hacia este día raro, la mañana fresca y amarilla. Antes de despertar a la niña, estuvo en la terraza. Tengo el uso de mis extremidades, pensó, sin saber por qué pensaba eso. Y entró de vuelta en la casa. Vistió a la hija y la peinó, y le sirvió cereales en un cuenco: la hija parecía no advertir nada de nada, todavía dócil por el sueño, y comió sin hablar pero con una concentración desenfocada que aplicaba a la mayoría de las tareas, que aplicaba incluso a sus sueños, la cara concentrada incluso en la tarea de su soñar, reflejando quizá la cara de un sueño que rara vez sonreía. Ya era demasiado tarde para apurarse. Y la niña comía despacio. La madre tuvo el impulso de darle una bofetada. Dirigió la vista al tazón de café y tomó un sorbo. Sin leche ni azúcar solo tenía gusto a ácido. Bebió. Estaba despertándose.

¿Dónde está papi hoy? A mitad de camino del cuenco remojado.

Se fue a trabajar temprano. Tal vez esta noche vuelva a casa tarde. Después que te acuestes.

Me siento rara, dijo la niña.

Rara cómo.

Se encogió de hombros.

La madre le apoyó una mano comprobatoria en la sedosa frente. Estás bien.

Me siento rara.

No, no estaba bien, tenía la frente caliente. Pero Dios, Jesús, un momento solo, por una vez en la vida. Los hijos hacían ruido, le habían dicho a la mujer, pero nadie le había contado nunca que el ruido que hacían los hijos sería intolerable. El ruido que hacían, las toses y cantos y alaridos y chillidos —nada malo, cuando corrió a la otra habitación, la hija estaba chillando de placer— y llantos, llantos, una rodilla raspada, una muñeca rota, y los choques de juguetes y muebles y cuerpos, ese ruido era casi constante, en lento ascenso a

través de las horas de vigilia, en aumento durante la tarde hacia un crescendo nocturno, el ruido debajo de todo, reductor de todo puro pensamiento y acción, el ruido que ella no podía bloquear del todo sino que tenía que monitorear atenta a señales de peligro cierto. Aun sola, una única niña: ¡Cristo, imagínate dos!, mirando desde arriba a la hija enferma. Era pequeña, tenía seis años, muy pequeña, pero volviéndose, ya. o debería decir al fin, humana, con pensamientos propios. Morena como el padre, más morena que él, la madre no le había dejado ninguna marca.

Está bien. Quédate hoy conmigo en casa. Voy a llamar a la escuela. Vuelve a la cama.

No quiero.

O vas a la escuela o vas de vuelta a la cama.

No.

No me busques justo ahora. La furia en su voz le dio miedo. La niña huyó. ¡Anika!

Llamó a la escuela. Algo daba vueltas. Estaba temblando. La furia en su voz sonaba como la de su madre.

¿Anika?

Estaba acostada en la cama, todavía con la ropa de la escuela, y apretaba la cara contra la almohada. Ahora la madre era dulce y le devolvía la caricia. La estructura de su caja torácica parecía un par de manos, las costillas tenían una afinidad con los dedos delgados. El cuerpecito contenía un alma. No lloraba, pero tenía la cara enrojecida.

Vamos a buscarte…

¡No!

Vamos…, ¡Anika!… *quieta*…

Porque se retorcía, luego temblaba, mientras la mujer le sacaba el vestido por arriba de la cabeza y le bajaba las calzas. Su cuerpo de bebé enflaquecido, las costillas, el pecho moreno, pezones diminutos. Su pijama era rosado, con botones. Se lo puso a la niña, luego la tapó con las mantas.

¿Frío todavía?

Asintió.

Ya te vas a calentar.

¿Me lees?

El mismo libro, ese que las dos podían fácilmente recitar de memoria (el padre también). La madre se obligó a ser paciente. *Una mañana de invierno, Peter se despertó y miró por la ventana*. Sintió incandescente el cuerpo que tenía al lado. Podría haber estado enferma el día anterior y la madre no haberse dado cuenta. Tal vez incluso dos días. ¿Había estado? Tres páginas y ya estaba dormitando. La madre cerró las cortinas y salió del cuarto. Al otro lado de la

ventana el cielo centelleaba: resplandeciente, al parecer, desde una fuente difusa, y salió a la terraza para mirarlo. Sintió seco el aire en la garganta. La cuesta descendía desde la casa, pelada por una milla y luego árboles, todavía no tan altos como para bloquear la vista, pero de a poco crecían y un día llegarían a bloquearla. La mujer estaba recordando la ladera cuando estaba verde y enjoyada de tritones bisecados de morado y naranja. con ojos a los costados, fríos en la palma, sus movimientos lentos por el terror. La niña los había atrapado. Encantada. Perdían la cola, le contó a la madre. Si los atrapaban. ¿Duele? La madre no sabía. ¿Qué le pasa a la cola, se convierte en un tritón entero nuevo? La madre dijo que tal vez. Y entonces los ojos de la niña se iluminaron de entendimiento: ¿Así es *como se Pacen los humanos también*? Bebé, le había preguntado la madre, ¿tenemos cola? Pero hacía meses que no llegaba lluvia y la ladera se había amarronado; algunas personas decían que se había vuelto dorada, pero ella decía marrón y no era por encono, porque sentía así desde hacía muchos años, firme en su odio al verano.

La luz era dorada. Como debería ser la luz pero nunca es. Entonces captó el primer aroma oscuro. Ah, *¿y ahora qué?* Pero el sentimiento parecía asombro. ¿Humo? Era un cuerpo en el aire, ella. Mientras él hablaba, la noche anterior, ella oía el agua en la boca de él, su saliva, oía los sonidos de la boca que sucedían en torno a las palabras, de los labios que se abrían y cerraban, de la lengua que se deslizaba, y en ocasiones, el choque de los dientes. Bajo el sonido de las palabras estaba el sonido del aliento, el aliento que transportaba esas palabras, de modo que al principio era difícil oírlas, a las palabras, y cuando ella las oía. tenían tanto espacio alrededor que pensó: "Bueno, estoy bien". Pero más tarde, apenas un poco más tarde, se dio cuenta de que había sido conmoción. No había admitido las palabras en su cuerpo. Era como si se hubiera colocado una píldora en la lengua, podía sentirle el peso pero todavía no el gusto. Sola, en la casa casi vacía —porque era noche avanzada y la niña estaba durmiendo—, las palabras de él empezaron a entrar en ella: les sintió el gusto, el ardor al tragarlas, las sintió ingresar en su corriente sanguínea. Se quedó parada delante del espejo. Él la había cambiado, quería ver cómo. Sus facciones eran las mismas, pero ahora tenían un significado distinto, parecía mayor, y agriada, y se vio las arrugas a ambos lados de la boca, y las recorrió con el dedo. Las arrugas de su madre, lo agriado de su madre. Ay, Dios. Y entonces se apartó del espejo con una contracción, un ovillarse, porque una vez que las lágrimas empezaran a formarse, no sería capaz de frenarlas, durante días viviría en una mente aturdidamente roja e hinchada, taponada como por el frío, y los ojos siempre goteantes para delatarla.

Ya adentro encendió el televisor en busca de noticias, pero no

había nada. Solo telenovelas. Entraron tres canales, y un canal en castellano, y un canal cristiano. Lo apagó. Desasosegada. Fue al cuarto de la hija. Enferma, la niña era dócil, suya, era de la madre pero no de sí misma, demasiado dócil, sufriente, pero la cara mientras dormía era angélica. Se había olvidado como una mala madre de tomarle la temperatura, como una mala madre no le había dado ningún remedio. ¿Debía despertarla? Pero el cuerpo, ¿no necesitaba ante todo dormir? Había pensado en el trayecto en auto con la hija hasta la escuela, estacionar junto al cordón y observarla entrar caminando en el edificio de piedra. Más allá de eso no había pensado, pero probablemente habría terminado en el océano. Caminando, caminando, o sentada en el auto nomás, seca, observando el plegarse del mar. Dónde estaba él. Trabajo, o.

Sobresaltada por un golpe a la puerta, miró por la ventana de la cocina y vio a un hombre uniformado. Empezó a hablar ni bien ella abrió la puerta, educado pero con poco preámbulo: la cuesta estaba en llamas. Lejos pero incontenible, en aumento hacia la otra dirección: todavía. ¿Ustedes están bien?

Ella asintió. No estaba segura que cara había puesto para motivarlo a preguntar.

No va a llegar tan cerca. Se lo juro.

Entonces, ¿por qué tenemos que irnos? Se oyó hablar como una niña. El hombre tenía una cara, notó ella, una cara joven, oscurecida de barba incipiente, la clase de hombre que no podía conservar el mentón limpio. Los ojos del hombre estaban ambarinos de lástima bajo la gorra.

Por precaución nomás. De veras. No hay que asustarse.

¿Tenemos agua suficiente?

¿Cómo?

Para apagar el fuego.

Helicópteros, dijo él, vienen desde el lago.

¿Hay agua suficiente en el lago?

No hay que preocuparse. Solo estamos teniendo cuidado extra.

No llores ahora, se dijo a sí misma. Luego no se detendrá. Lo observó girar en la entrada con el Jeep y lo saludó agitando la mano.

Se quedó mirando muda las posesiones que habían juntado y organizado. Cada cosa estaba en su lugar con poca mengua; él había traído solo unas camisas y pantalones y un suéter amado que a veces le tomaba prestado ella y dos libros (no leía mucho y no eran más que ediciones baratas fáciles de remplazar). Cada cosa estaba en su sitio y limpia porque ella acababa de limpiar. Le gustaba fregar el piso de la cocina en cuatro patas: a él también le gustaba. Ella fue a la cocina y

abrió el cajón de los cubiertos y miró las cucharas. ¿Cuáles debería llevarse? ¿Se derretirían? Empezó a sacarlas del cajón y a ponerlas en una bolsa de papel con manijas. Y luego los tenedores. No los cuchillos de verdad con serrucho sino los delicados cuchillos para manteca, hechos para untar. Luego sacó el portacubiertos y lo puso también en la bolsa. Desnudo, el cajón parecía perturbador. Se sacó el anillo de bodas y lo puso en el cajón y lo cerró, con fuerza, oyó el choque del oro contra la madera.

Mami.

En el vano de la puerta de su habitación como en el marco de un retrato: pero quién pintaría a una niña así, flaca y recelosa: los ojos raramente amarillos. Su bebé.

Vuelve a la cama, Ani.

Me descompuse en la cama.

¿Cómo?

Me descompuse.

Había vomitado, como un bebé, el desayuno, agrio en las sábanas, y en su ropa de dormir. La madre la desnudó y arrancó la ropa sucia de la cama. Salía calor del cuerpo de la niña como si fuera un radiador. Ahora la madre sería una buena madre, alzando a la hija, que tenía olor dulce en el pelo, y llevándola al baño, y preparándole un baño, mientras ella esperaba, envuelta en una toalla para mantenerse abrigada. La madre vertió una cucharada de remedio azul por la garganta de la niña, amargo, pero le contó a la hija del heroísmo de Shiva, cuando chupó el veneno del océano mientras lo agitaban los dioses en lugar de néctar y reteniéndolo en su oscura garganta para que no le hiciera daño al resto. ¿Voy a ponerme azul?

No, mi amor. ¿Por qué tan tierna? Y las lágrimas subiendo de repente. Métete.

¿Hice algo malo?

No.

Entonces, ¿por qué estás llorando?

Estás enferma. A veces cuando la gente está enferma vomita. Está bien.

Le lavó el pelo a la hija. La niña tenía dificultades para mantenerse erguida y quería acostarse. Su cabeza burbujeó unos segundos bajo el agua al seguir su propio peso. Casi, dijo la madre, secándole el cuerpo a palmaditas. Trajo una camiseta demasiado grande para la niña y le hizo pasar por dentro los brazos y el cuello. Obligar a las lágrimas a meterse de vuelta en los ojos le llevó todo su esfuerzo. Pero se enjugó la cara y se volvió hacia la niña y sonrió. Bueno, Ani, de vuelta a la cama.

En la cama de los padres, la niña parecía diminuta.

El hombre pareció frustrado cuando ella le abrió la puerta. La puerta abierta dejó entrar el amistoso olor a humo, de la clase que perfuma el pelo de quienes acampan.

¡Me quedé dormida!, dijo.

El asunto es que el fuego giró. Ahora estamos evacuando a todo el mundo.

¿El lago está seco?

Se frotó el mentón. Están echando barro.

Tengo que empacar.

Ya no hay mucho tiempo.

¿No hay tiempo para empacar?

Diez minutos, dijo él, ¿está bien?

¿Quince?

No, diez. Cinco. Pero no puedo volver para asegurarme de que usted haya salido, ya debería haber salido. ¿Va a salir en diez minutos?

Como una niña le hizo un juramento solemne. ¿Veía él que por debajo el cráneo de ella chispeaba de risa? Pero se enderezó: era una mujer seria. Puso un reloj para huevos. El coche de él levantó polvo al girar.

Una casa es un cuerpo, un cuerpo es una casa de almas. Tres almas pero ahora había solo dos. La casa no delataba dolor. De haber sido por ella, dejaría que las fotografías se quemaran, pero algún día la niña las querría. ¿Qué querría la niña? Era hora, más que hora, de llamarlo a él, pero aun así no lo llamó. Llenó de libros una bolsa de papel y cuando la alzó por las manijas se le rasgó por la mitad. En otros tiempos fui hermosa. No todo el tiempo sino un día cada tanto. Y ahora…

Afuera el amarillo del aire se había intensificado, la luz se había espesado de dorada en algo más. No había tiempo, pero fue de todas maneras a la terraza y alargó un brazo, había cambiado de color. Su piel parecía fantasmagórica, arruinada. No alcanzaba a ver el fuego desde donde estaba, pero el olor en el aire se había profundizado, ese buen olor, el olor limpio de la madera al liberar el carbono. Y los aviones que acarreaban agua desde el lago metiendo ruido en la mañana. Eran pequeños como insectos.

¿Anika?

Estaba dormida con la boca abierta, no logró abrirle los ojos, transpiraba la transpiración de la hija en la frente, el tipo suave de transpiración que olía a arcilla. La mala madre se había olvidado de tomarle la temperatura a la hija, pero para tomársela ahora tendría que despertarla, y no podía recordar si debería; había pasado por lo

menos un año desde que la niña estuvo muy enferma, tal vez más, sus resfríos eran leves y casi dulces, curados, al parecer, con un día de reposo, té caliente, aspirinas infantiles y una madre o un padre sentado en la cama y cantando, mal (madre) o hermoso (padre). Ella no confiaba en internet, pero el doctor Spock sabría, fue hasta la biblioteca y recordó que la había vaciado en la bolsa, vació la bolsa desparramada y lo encontró, lo abrió en el índice, fiebre, fiebre, y luego a la página allí indicada. Era buena señal que la criatura durmiera, si podía dormir entonces la fiebre no era tan severa y no había que despertarla. Con todo, era alarmante apoyar la mano en la mejilla o en la frente de la pequeña: sin duda no había estado nunca así de caliente. En el cuello, la piel de la niña hormigueaba en forma de continente, levantada y ligeramente morada. Hizo una mueca de dolor cuando la tocaron los dedos suaves de la madre y la piel de debajo de los dedos: más caliente todavía. ¿Spock? Ahora no te pongas histérica. Él solo se había llevado una valija, de modo que ella todavía podía empacar, nada de esas bolsas de papel que se rasgaban. Y entonces irían en el coche directo al hospital y lo llamaría desde allí. Sonó el reloj para huevos, volvió a ponerlo, otorgándose generosamente más tiempo como si tuviera el poder de otorgarlo.

¿Qué debía llevarse de la casa, solo los retratos? Y la ropa del cuarto de la niña que bajó de las perchas y apoyó sobre la cama. Quizá… ¿comida? El aire proveniente de los pulmones de la niña tenía un gusto raro. Spock te daba la sensación de que estaba todo bajo control, había escrito un libro entero sobre todas las posibilidades, estaban todas explicadas. Las joyas no se quemarían, pero quizá se derretirían, las joyas nupciales que venía guardando para la niña: una masa de joyas para el cuello y los brazos y una estructura de oro compleja y delicada para el cabello y los lóbulos de las orejas y la nariz, aunque sin perforaciones. Y la novia envuelta en seda y encordada en oro y joyas alzando tímida la vista hasta los ojos del nuevo marido, a quien ha amado y con quien se ha acostado ya. pero tímida aún, representando su papel ritual, y él también tímido, representando su papel ritual, aunque ambos se rieron cuando el sacerdote los hizo jurar que él la había mirado solo con los ojos de la amistad hasta ese momento y cada cual había pensado en un rincón secreto de la otra parte: un pezón moreno retenido entre los dientes, una verga morena aferrada por una mano pálida. Bajo el turbante, tres pelos grises en la coronilla, sabía ella, y la manchita de color sutil en el iris del ojo izquierdo. Y él respecto a ella: las curvas, la ubicación de varios lunares. Las joyas estaban guardadas en una cámara de aire del techo de la cocina, que requería una escalera de mano, y ella se subió y bajó la caja que las contenía, a punto de perder el equilibrio y volcarlas, y dónde estaría ella, pero encontrando dónde hacer pie y

mareada al tocar con los pies la baldosa de la cocina. Pero era la caja equivocada, llena de cartas, yesca, difícil de mirar. Vio la letra de él. Trazaba tinta sobre la página con pulcritud, su escritura era angular y precisa, una mano de arquitecto, mientras que los largos garabatos de ella imbuían cada palabra de varios significados posibles; él les echaba un vistazo, los meses que ella pasó en Kenia haciendo trabajo de campo y no habían podido enviar nada por correo electrónico porque ella estaba demasiado lejos. Y habían hablado una sola vez, la voz de él corriendo hacia ella desde otro continente, ella había llorado después, echándolo en falta. Ese echarlo en falta lo había sentido como un dolor, pero era dulzura, sabía ahora, que venía con certeza. Volvió a subirse. En la cima de la escalera vio ceniza negra en la claraboya. La luz había vuelto a cambiar. Extrajo la caja pero la niña estaba gritando.

¡Mal

Bajó. Arriba gruñía una bandada de helicópteros. Alzó a la niña. Se podría leer un libro a la luz de ese cuerpo, fláccido en sus brazos, con tenue olor a huevos.

¡Ma, vi una cosa viscosa! Con dientes… y… Se quedó sin aliento.

No hay ninguna cosa viscosa Estás soñando. Voy a tomarte la temperatura, ¿de acuerdo?

No estaba soñando. Tenía los ojos abiertos igual que ahora.

No hay ninguna cosa viscosa. Corrió al baño y volvió con el termómetro. Abierto.

La lengua de la hija tenía una saburra blanca. El reloj para huevos sonaba otra vez. Espera.

Giró esa cosa para silenciarla. El termómetro decía cuarenta grados. La niña se acostó en la enorme cama. Dios, pequeña.

Mamá, mira, la cosa viscosa está ahí. La madre se estremeció ante el “mamá”, la palabra que la criatura había perdido con la edad, ahora volviéndole a hurtadillas a la boca.

Está bien, dijo ella, hablando para sí, voy a agarrar las fotografías y a agarrar las joyas y nos vamos. Nos vamos.

¿Adonde vamos?

A la doctora.

La niña empezó a lloriquear. Mamá, odio a la doctora. Mamá, la odio, me da inyecciones. Mamá, por favor no me obligues a ir.

No me llames así. Odiaba esa palabra. La hacía pensar en un suéter manchado. Mamá. Una vaca con tetas enormes. La niña estaba preparándose para un berrinche, pero en cambio parecía que estuvieran chupándole la energía, el cuerpo se le ablandó y cerró los ojos. ¿A qué huele la muerte? Pero no entres en pánico, se decía a sí misma Demasiado tarde para entrar en pánico. La erupción en el

cuello de la criatura parecía ajena, a diferencia del resto de la criatura, que, aun caliente, producía una sensación sedosa y familiar. Un animal conoce a sus crías. ¿Podría quitarle la fiebre a lengüetazos, o sorberle del cuello el veneno para retenerlo en su propia garganta? No estaba pensando con claridad.

Anika. ahora nos vamos, pero los ojos semicerrados de la niña solo mostraban el blanco. ¿Ani?

A través de la ventana, su ojo captó el borde: del fuego. Entonces, levantando a la niña, salió de nuevo a la terraza, en trance. Mira. Ani, pero la niña no miraba. La luz del día se ennegreció y se rehízo. Oleadas de aire negro soplando hacia la casa, subiendo en un torrente desde más allá de los árboles como si el océano mismo estuviera en llamas. Sintió intensamente los cuerpos de ambas en el aire, en el aire que tenía el tono fuerte, lechoso del atardecer. Iluminado. Estaba casi boqueando. Mira. Ani, dijo de nuevo, levantándole la cabeza a la hija. Mira qué hermoso.

JARDÍN NOCTURNO

Oí los ladridos a las seis y media o siete. Había sido un día largo, caluroso, y el atardecer era un alivio. Estaba preparando la cena. Conocía bien la voz de Neela, los radiantes ladridos de felicidad que soltaba como saludo, los aullidos suplicantes de un premio o de un buen masaje y los raros gruñidos, asentados bien hondo y recelosos en la garganta cuando venía el lechero: era un perro amistoso. Este sonido era distinto de cualquiera de esos. Era alto y contenía una nota mineral de pánico. Fui a la ventana de la cocina que daba al patio, donde teníamos un jardín. Había un granado, un naranjo y unas plantas tupidas, en flor, jazmines y Jacarandas y algunas que no conocía, plantadas por mi marido años antes. Pero era yo quien las mantenía con vida. Neela estaba en punto muerto, en la tierra roja Tenía la cola tensa y la cabeza al ras de la columna, las orejas clavadas en el cráneo, de modo que su cuerpo estaba estirado en una línea recta, casi con destellos de una cualidad de atención. No era un perro grande, rojizo y tierno y zorruno, a veces tímido, de patas y hocico oscuros. Enfrente de él había una serpiente negra, una cobra, con la cabeza levantada, la capucha desplegada.

Yo misma solté un grito. La cobra había elevado el frente de su cuerpo por lo menos dos pies desde el suelo. Nunca había visto una de tan cerca, aunque separada por cuatro paredes fuertes y un vidrio. Alcanzaba a verle, incluso, la delicada lengua, lanzada entre los labios negros. Tenía los ojos fijos en el perro, y él en los de ella. Sus miradas no vacilaban. También el cuerpo de ella estaba tenso de atención, el lomo brillante reluciente de la luz baja del atardecer. El cielo, vi ahora, estaba rojo, bajo y rojo, y el sol era un círculo anaranjado vacilante en el cielo.

Por supuesto, mi primer instinto fue salir gritando para espantar a esa criatura. Pero algo me detuvo. Me quedé parada un minuto entero frente a la pileta, temblando toda. Luego aspiré hondo y llamé a mi hermana.

—Afuera hay una cobra con Neela.

Exhaló. Era mi hermana mayor y últimamente se había visto sometida a muchas emergencias mías.

—No pasa nada. Llama al doctor Ramanathan. Él sabe de serpientes. ¿Tienes el número? Sí, lo tenía.

—¿Estás llorando?

—No.

—No pasa nada. Viji.

—No puedo… —Allí me frené.

—¿No puedes qué? —Mi hermana tiene una voz que puede suavizar o endurecer según las circunstancias. Ahora la mantenía suave, como si le hablara a una niña. Me enjugué la cara, como una niña, con la punta de la camisa.

—Después te llamo de nuevo —dije.

Fui otra vez hasta la ventana. Los animales seguían allí, exactamente donde estaban cuando los miré la última vez. El perro había dejado de ladrar y la cobra parecía una línea de petróleo derramado. Disqué el número del doctor Ramanathan.

—Doctor, afuera hay una serpiente con mi perro. Una cobra. En el patio.

—¿Es una cobra? —Me lo figuraba en su oficina, con el pelo blanco y las orejas peludas. Tenía la brusquedad de un doctor, informal en las más serias circunstancias, y había visto a mis hijos en incontables fiebres, malestares estomacales y huesos rotos—. ¿Lo picó?

—No, no se han tocado. Ni siquiera se mueven. Solo se miran fijo.

—No haga nada. Obsérvelos nomás. Quédese adentro.

—¿No hago nada? Lo va a matar —dije—. Sé que lo va a matar.

—Si usted se queda dentro de la casa, no lo va a matar. La serpiente estaba tratando de entrar en la casa y él la detuvo. Ahora está prestándole toda su atención a la serpiente. Si usted interrumpe esa concentración, la serpiente lo mata, y es muy peligroso para usted también.

—¿Está seguro?

—No tiene que entrar nadie hasta que se haya ido la serpiente. Dígale a su marido que se quede afuera hasta que se haya ido la serpiente.

Después de colgar con el doctor Ramanathan, tomé una silla y la instalé junto a la ventana, de modo de poder estar sentada mientras vigilaba al perro y la serpiente. Era una danza extraña, más extraña todavía por su insonoridad. La serpiente avanzaba, el perro retrocedía unos pasos. Tenía el pelo de la nuca erizado, como un gato, y ahora la cola apuntaba para arriba. Alcancé a ver miedo en su cara, con los ojos entrecerrados y mostrando los dientes. La serpiente en comparación parecía casi pacífica. No la oía sisear. El símbolo blanco resplandecía en su lomo. Ambos estaban totalmente enfocados en el

otro. Me pregunté si estaban comunicándose de alguna manera que yo no podía oír ni entender. Entonces el perro se mantuvo firme y la serpiente paró de avanzar. Pareció levantarse más. Había algo demasiado perfecto en sus movimientos, que eran curvos y agraciados. Medio enamorada de los dos, pensé, y me quedé helada El atardecer descendía pesado, el inmenso cielo rojo se oscureció a morado.

Sonó el teléfono. Era mi hermana.

—¿Y?

—Ahí siguen. Apenas se han movido.

—Viji, ¿comiste? Se está haciendo tarde.

Me habían interrumpido en medio de la preparación de una cena sencilla para mí sola y por supuesto me había olvidado. El arroz estaba a medio lavar en un cuenco al lado de la pileta, la cebolla estaba picada y cruda. No sentía hambre, menos incluso de lo habitual: no me gusta comer sola. En cambio, me sentía vacía, como una cazuela de barro a la espera de agua. Era agradable, casi un dolor.

—¿Qué hora es?

—Nueve y media, querida; come algo. ¿Voy para allá?

—¡No! El doctor Ramanathan dice que no puede entrar ni salir nadie.

—¿Llamaste a Susheel?

—¿Para qué?

—¿Y si llega a la casa?

—No va a venir.

—Es el perro de él también.

—*Mi* perro —dije, demasiado fuerte—. Es mi perro.

Entonces de vuelta a la ventana. Había oscurecido. Dudé si encender la luz de la casa, por si los sobresaltaba. Nuestros ojos se aguzaron todos a medida que se iba la luz. Entraba un poco de luz desde la calle, desde las otras casas, aunque filtrada por las hojas y las ramas de los árboles frutales y las flores. Con esa luz, alcanzaba a ver los ojos de mi perro, brillantes como ascuas. Hay una profundidad en los ojos de los perros, de la que carecen los ojos de las serpientes. Los ojos de las serpientes son chatos e inflexibles, y nada revelan de inteligencia animada. Tal vez podría aprender algo de eso. A veces creo que hay en mí demasiada perrosidad.

Ahora, sin hacer ruido, alcancé a oír el siseo de la serpiente. Había crispación allí. El perro avanzó. La serpiente pareció chasquear las mandíbulas. Yo había visto una serpiente muerta, partida al medio al costado del camino. Su sangre era roja y la carne parecía carne, cubierta de moscas. La gente dijo que era un mal presagio para mí, una novia, verla en ese momento.

Imagínate la boda de la novia de Orissa, que se casó con la cobra

que vivía cerca del hormiguero y fue bendecida por la aldea. La gente hacía chistes sobre la noche de bodas, pero el casamiento de cualquiera es incognoscible desde afuera. Vi un retrato de ella en el periódico, cabello negro, ojos sobresaltados, y la bendije yo también, ¿quién no la bendeciría? Esa misma comunión, eso debe de haber habido, dos pares de ojos inextricablemente trabados, durante horas. El *kumkum* untado en la parte de ella como sangre. El perro ganaba terreno. Se plantaba orgulloso y erguido, todavía concentrado pero ahora perruno, lleno de la rectitud de un niño. Paró las orejas. Pero entonces, sin ninguna razón que yo pudiera discernir, el clima entre ellos cambió y fue la serpiente la que nos tuvo a los dos, inmensa y dominante, en su infinito poder.

Vaya a saber cuánto tiempo pasó. Yo seguía allí sentada junto a la ventana. Estábamos los tres en una especie de trance. Una vez me desperté con la cabeza en mis brazos, me había quedado dormida allí mismo en el borde de la pileta. Parpadeé una vez, tratando de encontrarle sentido a las formas oscuras de la cocina Parecía como si yo hubiera tenido un sueño con una serpiente y Neela. comprometidos en una batalla sin derramamiento de sangre, sin fin, y cuando miré afuera, allí estaban los dos, manteniendo su larga vigilia. Sus cuerpos estaban perfilados por la luz de la luna. A esta hora, parecían sobrenaturales, dioses que hubieran adoptado la forma de animales para una guerra cósmica. Pero yo veía la fatiga en mi perro. Una la ve en la gente parada durante horas, aun cuando tratan de ocultarlo, hombros caídos, los hombros flojos de los muertos. Ninguna diferencia con mi perro. Iba a morir, estaba segura de eso. Presioné ese pensamiento contra mí. La casa vacía. Dejaría amarillear las plantas en el patio. Me mudaría.

Descubro que por la noche una puede mirar su vida desde una gran distancia, como si fuera una niña sentada en un árbol, escuchando la charla sin sentido de los adultos. Me paré en la cocina. Hacía años que no me quedaba levantada hasta tan tarde. Despacio, infinitamente despacio, las criaturas se movían poco a poco, hacia el galpón del costado de la casa, el perro en retirada, la serpiente avanzando. Sus movimientos eran como esas nubes enormes que parecen inmóviles en el cielo y una solo nota su avance en referencia al paisaje. Los seguí, de una ventana a la otra. Me puse muy furiosa con Neela. ¿Qué arrogancia o estupidez lo había impulsado a asumir esa tarea? Es más fácil ser el héroe, irse y dejar que sufran las consecuencias los demás. Correr ladrando hasta dentro de la casa era todo lo que necesitaba hacer, mostrarme la serpiente para que yo cerrara bien las puertas.

Me paré. La serpiente siseó y realizó un movimiento de zambullida hacia delante, hacia Neela. que gruñó, mostrando los dientes amarillos, haciendo una maniobra delicada con las patas, las arrastró

hacia atrás, zigzagueando como un boxeador. Lanzó tres aullidos agudos, pura furia, y chasqueó las mandíbulas, y la serpiente se elevó más todavía, ensanchando la capucha, siseando, podía oírla, sonoramente, como una rociada de agua. Luego se bajó. De acá para allá por el suelo mientras se escabullía, dejando la huella de su vientre en el polvo.

Salí. El aire estaba limpio y fresco, rarificado, como había estado todo el día. casi como si hubiera llovido. Neela estaba cansado. Gimió al verme, con las orejas paradas, y apretó el hocico húmedo contra mi mano cuando me acerqué. Estaba radiante. Con la boca se apretó más contra mis manos, sus ojos me miraban por toda la cara, felices y humildes, como son los perros, llenos de alegría. De pie se tambaleaba de fatiga, luego se desplomó sobre las rodillas en una especie de desmayo muerto, con la lengua colgante. Su respiración salía lenta y fácil.

¿En busca de quién había venido la muerte, del perro o de mí? Alcé en brazos a la criatura dormida. No era más pesado que cualquiera de mis hijos cuando eran pequeños y los llevaba en brazos a la cama. El aire estaba muy quieto afuera a esa hora de la noche, o de la mañana. Apenas si llegaba de la calle algún ruido y todas las luces estaban apagadas en las casas vecinas. El aire entraba y salía veloz por el cuerpo de Neela, sus pulmones y hocico. Lo que dejaste es lo que tienes. Lo cargué hasta la casa.

AGRADECIMIENTOS

Mi más profundo agradecimiento:

A la extraordinaria Samantha Shea. A Betsy Gleick y el maravilloso equipo de Algonquin. A las instituciones que han apoyado mi trabajo: Vassar College. San Francisco State University, la Millay Colony for the Arts, Hedgebrook, Blue Mountain Center, el San José State Center for Steinbeck Studies, la Elizabeth George Foundation, la San Francisco Arts Commission y Kundiman. A The Ruby y Rachel Khong. A la Biblioteca Pública de San Francisco y sus Amigos.

A Laura Furman.

A mis maestros: Josh Harmon, Maxine Chernoff, Kiese Laymon, Candice Lowe Swift y Peter Orner. Traci y Jay de la California State Summer School for the Arts. Melissa Sanders-Self.

A queridos lectores y amistades: Meng Jin, Rebekah Pickard, Marco Lean, Adam Gardener, Chris Freimuth, Catherine Epstein.

A mi familia, en especial a: Asha Pandya. Sanjay Iyer, Merylee Smith Bingham, Ed Bingham, Josh Bingham. Hansa Bhaskar, Beena Sharma y BY Swamy.

A Shamala Gallagher.

Sobre todo, a Abe y Kavita. La alegría de ustedes dos me pasma.

Shruti Swamy es escritora. Sus cuentos han aparecido en *París Review* y en *McSweeney's*. Ha ganado dos veces el Premio O'Henry, el lauro más importante de los Estados Unidos para ficciones breves. *Una casa es un cuerpo* es su primer libro. Actualmente vive en San Francisco.